EL LIBRO EGIPCIO DE LOS MUERTOS

Versión y notas de
ALBERT CHAMPDOR

ARCA DE SABIDURÍA

EL LIBRO EGIPCIO DE LOS MUERTOS

VERSIÓN Y NOTAS DE
ALBERT CHAMPDOR

ARCA DE SABIDURÍA

LE LIVRE DES MORTS

Traducción de:
M.ª LUZ GONZÁLEZ

© 1963, EDITIONS ALBIN MICHEL.
© Para la lengua española, Editorial EDAF, S. A.
Jorge Juan, 30. Madrid, 1982, por acuerdo con EDITIONS ALBIN MICHEL, París (Francia).

Dirección en Internet: http://www.arrakis.es/~edaf
Correo electrónico: edaf@edaf.net

Edaf y Morales, S. A.
Oriente, 180, n.º 279. Colonia Moctezuma, 2da. Sec.
C.P. 15530, México D.F.
www.edaf-y-morales.com.mx
edaf@edaf-y-morales.com.mx

Edaf y Albatros, S. A.
San Martín, 969, 3.º, Oficina 5.
1004 Buenos Aires, Argentina.
Edafal3@interar.com.mx

Edición revisada por NACHO ARES, Licenciado en Historia Antigua.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Depósito legal: M- 19.390-2000
ISBN: 84-414-0727-4

PRINTED IN SPAIN IMPRESO EN ESPAÑA
Closas-Orcoyen, S. L. - Pol. Ind. Igarsa - Paracuellos de Jarama (Madrid)

Índice

Págs.

Prólogo a la presente edición, por Nacho Ares . . 11

AQUÍ COMIENZA LA HISTORIA DE LOS HOMBRES, LA DE LOS DIOSES Y LA DE LOS MUERTOS 17

I. EL UNIVERSO SE PRODUCE A SÍ MISMO Y LO DIVINO ESTÁ EN TODO 29

Ptah 30
Anubis 31
Osiris 32
Seth 36
Horus 37
«Alabanza a ti, ojo de Horus...» 39
El símbolo del círculo 41
Las criptas de la iniciación 42

Págs.

II. PARA LA DURACIÓN DE TODA LA ETERNIDAD, ISIS INVENTA EL REMEDIO QUE HACE INMORTALES A LOS HOMBRES 45

El segundo nacimiento del hombre ... 47
Los muertos «se remontan con el viento». 51
Quinientos cuarenta dioses y genios funerarios en la tumba de Thutmés III .. 53
El universo de las necrópolis tebanas .. 54

III. «TAL VEZ FUE A LA VISTA DE LA MUERTE CUANDO EL HOMBRE TUVO POR PRIMERA VEZ LA IDEA DE LO SOBRENATURAL...» 59

El *Libro de los Muertos* es un libro de oraciones 62
Las letanías y las rúbricas 64

IV. LOS MUERTOS TIENEN UN NOMBRE DE ETERNIDAD Y DEBEN CONOCER LAS PALABRAS «QUE ABREN LAS PUERTAS» 77

La escena de la psicostasia y la confesión negativa 80
El peso del corazón del difunto y el de la pluma de Maat 85
Saber lo que son «las cosas de Sekhem». 89

Págs.

V. «VER QUE, CONTINUAMENTE, TODOS LOS SERES YA SIDOS VUELVEN A SER» 95

El *Libro de los Muertos* nos aporta la revelación de la lucha que opone al bien y al mal a través de los dioses y de los hombres .. 103
La apertura de la boca, de los ojos y de las orejas 105
El ritual de un ceremonial en once puntos ante las «estatuas vivientes de los Serdabs». 108
«Llevo tu corazón a tu vientre» 112
Los monumentos figurativos que nos describen las escenas de purificación .. 114
La vuelta del muerto al estado embrionario y el arreglo de sus huesos 115
«Ra hizo la carne del hombre con el llanto de su ojo» 117

VI. LOS INICIADOS SABÍAN QUE EL HOMBRE SE COMPONE DE SEIS ELEMENTOS... 119

Así como el pájaro Bennu lleva el alma de Osiris, el alma-pájaro del muerto lleva su rostro 124
Geografía del mundo de los muertos .. 125
Las doce horas del libro de la Duat ... 127
...Y los muertos llegarán a ser la luz de Osiris 131

Págs.

En busca de los símbolos, de las claves y de los poderes en los palacios funerarios de los faraones 133
Un pueblo de artesanos y de servidores que viven de los muertos y de su mantenimiento 136
El «ropaje de luz» y la barba osiríaca .. 139
Cuando los muertos se van «hacia el bello Occidente» 140

VII. LO QUE LOS ARQUEÓLOGOS HAN DESCUBIERTO EN LAS «MORADAS DE ETERNIDAD» 151

El embalsamamiento de los cadáveres .. 156
Para la gente humilde, una piel de buey... para los pobres, un agujero de arena en el desierto líbico 163
El santuario de Hermópolis 164
Los malos soplos, el sacerdote «Ker-Heb» y el «Disco de calor» 166
La maldición del faraón 168

VIII. LA MEDITACIÓN EN EL TEMPLO DE AMÓN 175

BIBLIOGRAFÍA 189

Prólogo a la presente edición

Dentro del amplio repertorio de textos religiosos que se extiende por la dilatada historia de la antigua literatura egipcia, el *Libro de los Muertos* es, sin duda, el más popular de todos. En él, a lo largo de casi 190 declaraciones, letanías o sentencias, se recogen las fórmulas y oraciones que el difunto debía manifestar si quería superar con éxito las numerosas trabas que se le presentaban en el camino que llevaba hasta los Campos de Ialu, gobernados por el dios Osiris en el Más Allá.

La semilla de este documento milenario está en los no menos conocidos *Textos de las Pirámides;* un texto que data de los albores de la historia de Egipto, el Imperio Antiguo (*c.* 2500 a. de C.), y que, como su propio nombre indica, fue grabado sobre las paredes de algunas cámaras de las pirámides más antiguas. El uso de estos documentos mágicos, en un principio exclusivo de los reyes, se divulgó con el paso del tiempo al resto de clases sociales por medio de otro libro sagrado, los *Textos de los sarcófagos;* el antecedente más

inmediato al documento que aquí se trata, y que fue grabado sobre la superficie de los sarcófagos del Imperio Medio, hacia el año 2000 a. de C.

Aunque conservemos varios ejemplos del *Libro de los Muertos* ya de este mismo periodo, el momento de apogeo del texto es el Imperio Nuevo (a partir del 1500 a. de C.). Especialmente de las dinastías XVIII y XIX nos han llegado magníficos ejemplos escritos sobre grandes rollos de papiro y decorados con viñetas de primorosos colores. Precisamente, uno de ellos, el Papiro Ani, conservado en el Museo Británico de Londres, es el empleado por Albert Champdor para la confección de este libro.

El *Libro de los Muertos* refleja la evolución lógica de un texto religioso de indudable valía entre los antiguos egipcios. A lo largo de los siglos se le fueron añadiendo diferentes fórmulas o declaraciones, como varios himnos a divinidades solares, si bien siempre conservó su sentido primitivo de herramienta mágica indispensable para atravesar las diferentes puertas que llevaban al Más Allá.

Durante el mismo periodo de la historia de Egipto, el Imperio Nuevo, este libro sagrado es testigo de la creación de otros textos religiosos, nacidos de la especulación sacerdotal, como el *Libro de los dos Caminos,* el *Libro del Am Duat* o el *Libro de las Puertas.* En ellos se detallaba con más precisión la fascinante geografía del inframundo egipcio, aportando una información adicional a la lectura de las fórmulas mágicas contenidas en el *Libro de los Muertos.*

La versión mejor conservada del texto que aquí estudiamos data de la época ptolemaica (250 a. de C.). Se trata de un manuscrito que recoge casi 150 fórmulas. Hasta ese momento, los papiros solamente hacían alusión a un número variado de sentencias, circunstancia que convierte a este «libro» en una sucesión de hechos desconectados y de difícil interpretación. Por ello, el texto que nosotros conocemos no deja de ser la recopilación de diferentes sentencias recogidas y reagrupadas por los egiptólogos modernos.

En un principio, el *Libro de los Muertos* fue escrito en jeroglífico cursivo, más tarde en hierático, y decorado con algunas viñetas que hacían alusión al contenido del texto. En casi ninguno de ellos solía faltar la famosísima representación de la pesada del alma ante el tribunal de Osiris y la confesión negativa ante los cuarenta y dos jueces del Inframundo, momento del viaje del difunto que se desarrolla en el pasaje CXXV.

A nadie se le escapa que, aun siendo un texto ampliamente divulgado a todas las clases sociales, solamente los más adinerados podían permitirse el lujo de hacerse con una buena copia del documento. Otros se conformaban con poseer algunas fórmulas copiadas de una manera burda sobre un viejo trozo de papiro o de cuero, colocado más tarde entre las vendas de su momia. Los menos afortunados solían hacerse enterrar cerca de la tumba de un adinerado, con el fin de que después de la muerte, su *ka* o doble vital pudiera participar, de alguna manera, de las riquezas que se encontraban en la tumba de su vecino.

No debemos dejar pasar por alto que, en sí mismo, el título de *Libro de los Muertos* es un extendido error que se aleja totalmente del pensamiento egipcio. Como hemos mencionado más arriba, el texto presenta una recopilación de fórmulas mágicas con poca conexión entre sí. Y esta es la razón principal por la que sus sentencias o fórmulas no deben llamarse capítulos. El error se debe al egiptólogo alemán Karl Richard Lepsius (1810-1884), quien en 1842 publicó en Leipzig su *Das Todtenbuch der Ägypter nach dem hieroglyphischen Papyrus in Turin,* literalmente, *El libro de los Muertos de los egipcios del papiro jeroglífico de Turín,* y que era la traducción de una copia de este documento conservada en dicha ciudad italiana. Si seguimos escrupulosamente el texto egipcio, el significado del título también es erróneo, ya que el manuscrito original hace referencia al *Libro de la salida al día;* una alusión clara a la verdadera finalidad que perseguían estas fórmulas mágicas.

Otros autores, debido a la extensa difusión de este texto en papiros o sobre los relieves y pinturas de varias tumbas de la época ramésida, como las de Merneptah o de Ramsés VI, lo han identificado con una suerte de Biblia de los antiguos egipcios, si bien solamente servía una vez que el portador había fallecido.

En cualquier caso, no debemos olvidar que nos encontramos ante uno de los textos religiosos más antiguos de la Humanidad y que, en esencia, recoge gran parte del pensamiento de los antiguos egipcios.

La presente edición de *El Libro de los Muertos,* del orientalista francés Albert Champdor, es todo un clásico en la literatura del antiguo Egipto. En ella proporciona una sugestiva interpretación de este texto y en especial de la visión que del Más Allá se tenía en esta milenaria civilización. A esta valoración habría que añadir la abundancia de textos que nos acercan aún más al pensamiento egipcio, lo que convierte la edición de Champdor en un libro casi esencial, enfocado tanto al principiante de la historia de Egipto como al estudioso más exigente.

Nacho ARES

Aquí comienza la historia de los hombres, la de los dioses y la de los muertos

EL ETERNO EGIPTO... Cuando la mayor parte de los imperios de otro tiempo, y cuando las más antiguas civilizaciones que se conocen aún no nos han descubierto más que unos pocos documentos sobre sus técnicas, sus artes, sus actividades y sus formas sociales; cuando los arqueólogos se ven obligados a excavar pacientemente los desiertos mesopotámicos o las junglas mexicanas para encontrar las huellas de sus ciudades superpuestas, enterradas bajo las arenas o perdidas en el inmenso e inextricable pulular de las lianas o la podredumbre, basta con acercarse a Egipto para reconocer al punto la presencia de una maravillosa civilización y recibirla como un don de las generaciones que se fueron. Es este un Egipto de seis mil años de antigüedad que os acoge y os encanta de buenas a primeras. A su contacto, volvemos a encontrarnos con una parcela de esta vida anónima que fluye sin comenzar ni terminar jamás, como los Nilos celestes, para el placer de aquellos para quienes la eternidad no tiene espera y la momia es intocable. Algo del calor y de la vida del eterno Egipto os

penetra el cuerpo y la razón antes de que, para conseguir pruebas, vuestras manos puedan tocar las auténticas columnas de los templos soñados, antes de que podáis descubrir las misteriosas profundidades de la Duat, *las Doce Puertas de la Noche, la Gran Comedora de boca de cocodrilo que mendiga el alma de los muertos, y la Víbora del Valle, así como el bullicio de los monstruos entre los planetas errantes, en los espacios privados de los dioses. Porque el eterno Egipto también es, sobre todo, el de las necrópolis esparcidas por la montaña líbica a todo lo largo del Nilo azul. Los templos son libros secretos, y detrás de sus pilones, a la sombra de las columnas de sus colosales salas hipostilas, el milagro de la presencia de los siglos muertos es exaltante como exaltante es la larga caricia del* dios-río *endulzada por la pureza y el brillo de un cielo incomparable. La historia de Egipto está asociada a los trastornos cósmicos de la creación del mundo, y a los furores fratricidas de los dioses que, asimismo, fueron los primeros faraones. Entre el advenimiento de los reyes tinitas, alrededor de 3.100 años a. de C., y las decadentes dinastías assaítas —24 siglos más tarde—, que los famosos* Anales *de Asurbanipal, el destructor de Tebas, se dignan mencionar, la historia del antiguo Egipto podría ser resumida como el más asombroso logro, tanto en el plano material como en el cultural, de todos los pueblos civilizados, y sin duda permanecerá hasta que este universo no sea más que un recuerdo en la memoria del tiempo y en el frío del espacio. Sabemos que, en sus orígenes, el clan florece bajo la protección del tótem tribal, el* ka *de los textos rituales de la*

época menfita, que confiere a quien lo posee el soplo que mantiene la vida, la potencia genital y terroríficos poderes mágicos que solo los iniciados conocen. Este tótem llegará a ser más tarde el dios del mismo nombre, y el más hábil de entre los dioses será el dios nacional. Las Tablas Reales de Abidos *nos revelan que las dinastías tinitas escogieron para residencia el sitio de Tinis, ubicado cerca de Abidos. Esta fue la cuna de la primera civilización del antiguo Egipto. Alrededor del año 3100 a. de C., el faraón Menes funda la «Ciudad de Realeza» en el centro de Egipto, en el punto donde «las tierras del Norte y las del Sur se equilibran», y llama a esta capital «Men nefer», Menfis. En Menfis es donde sus sucesores iban a recibir, en lo sucesivo, de manos de su padre divino, la doble corona y los símbolos mágicos de sus poderes, y a identificarse con Horus, con Ra, con Osiris, y a convertirse en los propietarios de los continentes, de la vida de sus súbditos, de las vegetaciones; en adelante serán la faz de los dioses, los servidores de los dioses, los Grandes Magos, los déspotas más absolutos; serán* ankh, onza, senb, *es decir, vida, salud y fuerza... Con los grandes edificadores menfitas vemos florecer la* era de las Pirámides, *fastuosa época dominada por la personalidad del faraón Zoser, fundador de la III dinastía, asociado de Ra y, por tanto, de su ministro, arquitecto y jefe de los Secretos de la Magia real, Imhotep. Es entonces cuando se edifica la curiosa pirámide escalonada de Saqqara, que se yergue, indestructible y colosal monumento que testimonia el esplendor de un reino sin igual y la inmortalidad osiriaca, sobre el alto acantilado líbico erosionado por los*

vientos de los desiertos de Arabia. Los sucesores de Zoser, envidiando esta tumba, se hicieron edificar otras más gigantescas; fueron las Grandes Pirámides. Estas masas arquitectónicas habían sido concebidas para impresionar a los pueblos, y proteger la minúscula cámara mortuoria que venía a ser como su insignificante alma, y en la cual, ante el cadáver momificado del faraón, se llevaban a cabo en las profundidades de un inviolable misterio los ritos de la resurrección osiriaca. La Esfinge vela siempre sobre estas necrópolis gigantes; su faz pintada de rojo tiene la vista fija en el punto del horizonte por donde sale el sol. Es la guardiana de los umbrales prohibidos y de las momias reales; escucha el canto de los planetas; al borde de las eternidades, vela sobre todo lo que fue y sobre todo lo que será; ve deslizarse a lo lejos los Nilos celestes donde navegan las barcas solares. Ella es Harmakhis; es el «Horus del Horizonte oriental»; es el propio rostro de los dioses imaginados. Más tarde, con los piadosos faraones de la V dinastía (2494-2345 a. de C.), Egipto se cubre de templos solares, de obeliscos, de observatorios para los sacerdotes-astrónomos, de capillas para los sumos sacerdotes de Ra, llamados también los «Grandes Observa-dores»; el faraón, que hasta entonces personificaba a la divinidad, se humaniza; por supuesto sigue siendo igual que Ra y emanado de él, pero suaviza el régimen de la realeza absoluta que sus autócratas antepasados habían impuesto a su pueblo. Mientras tanto, lo que él pierde en prestigio y en poder, lo ganan los sacerdotes y los monarcas; estos últimos se emancipan, se conciertan, asocian a sus proyectos a los directores de

las caravanas que trafican y expolian en Nubia y en el Sudán, y descienden hasta las «Terrazas del Incienso», trayendo de esas lejanas comarcas las fabulosas riquezas que sostienen el lujo insólito de los faraones, y les permiten fundar nuevas ciudades y templos inmensos, así como rodearse de multitudes de funcionarios. Los bajorrelieves de la reina Hatshepsut, en Deir-el-Bahari, nos cuentan la historia de una de las famosas incursiones de estos caravaneros mercantiles y piratas, que precedieron a los de las tropas egipcias. En efecto, los faraones, que se habían hecho insaciables, enviaron a sus generales a «desfondar los países de Uauat y los cráneos de los nubios». Nos ahorraremos la monótona relación de masacres, conquistas y glorias de todo tipo que marcaron este periodo de expansión colonial. Estando en el poder Pepi II, que reina durante noventa y cinco años —y este reinado es el más largo de toda la historia universal después del de los faraones-dioses— es cuando los sacerdotes, que guardaban los temibles secretos de los misterios de Osiris, llegan a ser los privilegiados del régimen, exentos de todo impuesto y depositarios de un poder más real que el del faraón. De este modo, en vísperas del Imperio Medio, se establecía una lamentable confusión entre los derechos políticos y religiosos. Una oligarquía de privilegiados iba a manifestar su presencia impacientemente, y a exigir una participación cada vez más activa en la dirección de los asuntos del Estado. No obstante, apenas doscientos años después de que fuese reconocido lo bien fundado de las exigencias de la casta sacerdotal, un trastorno social sin precedentes en la historia de la anti-

güedad arruina hasta sus cimientos a todo el país. El largo exceso de abusos, la insolente injusticia de la repartición de las cargas, la brutalidad de los recaudadores de impuestos, la indiferencia de los poderosos, el paro, el hambre, las epidemias, la notoria incapacidad del faraón oculto en sus esferas invisibles, habían creado una situación anárquica que, al no ser controlada de ningún modo, se iba degradando rápidamente de una a otra década, asegurando el triunfo final de una auténtica revolución comunista. *Estos acontecimientos se desarrollaron durante el reinado de los faraones ilegítimos heracleopolitanos, cuyo fundador, loco desde su infancia, fue tragado por un cocodrilo que sin duda se engañó acerca del gusto y la calidad de su presa. Así el antiguo Egipto, con sus rigores implacables, con las graduaciones de sus excesos dogmáticos, con sus sangrantes guerras civiles, conoció el advenimiento del proletariado exactamente 4.000 años antes del primer disparo de la revolución bolchevique. Y Egipto está a punto de desaparecer en este caos, al mismo tiempo que el último de los faraones heracleopolitanos. Hacia el año 2000 a. de C., los tebanos consiguieron poner diques al flujo revolucionario que, contrariamente al de la Inundación bienhechora, descendía hacia el sur. Restauraron en su propio beneficio el poder central y reconocieron una nueva dinastía de faraones legistas y liberales, que orientaron su política interior hacia una especie de socialismo de Estado, permitiendo a los egipcios de condición modesta acceder a los cargos religiosos y a los empleos del Estado. Así el pueblo tenía la impresión de conservar, pese a*

todo, algo de sus feroces conquistas. En cuanto al país, iba recobrando poco a poco su equilibrio económico y social. Pero, al igual que es evidente que ningún grano de arena se queda en su sitio, ninguna nación, desde tiempos inmemoriales, puede pretender gozar en paz del fruto de sus trabajos. Y apenas remitidas las consecuencias de la tormenta revolucionaria que estuvo a punto de destruirlo, una nueva y más aterradora catástrofe se abatió sobre el Valle del Nilo: la invasión de los jinetes hicsos, empujados por otras hordas apátridas, precipitándose desde las salvajes planicies del Asia Menor, desde las estepas de la Rusia del sur y desde las soledades pedregosas de Mesopotamia.

Pero pese a la dominación extranjera, los egipcios no perdieron de ningún modo la confianza en el destino de su patria. Los fuegos sagrados fueron mantenidos, y cuando la XVIII dinastía tebana (1580-1320 a. de C.) se empeñó en una lucha obstinada, confusa y difícil, para arrojar a los asiáticos del Valle del Nilo, encontró a todo un pueblo intrépido, valeroso y exaltado para sostenerla. Thutmés III fue un feliz conquistador. Las tablillas de Tel el Amarna relatan sus triunfos; su imperio se extendía desde los oasis líbicos hasta los desiertos de Siria. Sus escribas son babilonios que conocen las lenguas orientales. Es esta la más bella época de la historia de Egipto, la del apogeo de su civilización y la de su hegemonía política, sobre todo el Oriente Próximo. Y Tebas, gracias a que el asiático fue expulsado, se convierte en la metrópoli más rica y más populosa del mundo. Por todas partes, en la ciudad de Amón se alzan parejas de obe-

liscos ante los colosales pilonos de los santuarios, que, en determinados momentos, llegan a ser tumbas. La famosa reina Hatshepsut, la única mujer que reina sobre el antiguo Egipto —y cuya prodigiosa historia siempre está por escribir— explica a la posteridad —posteridad que mancillará su nombre— que ha hecho construir obeliscos solares por centenas en Tebas, porque «Tebas es la colina divina donde, en el comienzo del mundo, el dios se situó para separar el cielo de la tierra». Flotas de adornadas proas surcan el Nilo; millares de esfinges, con cabezas de carneros criocéfalos, sentadas sobre sus talones, protegen los dromos que conducen hacia los templos, y las monumentales efigies de los faraones, de 20 metros de alto y de 500 toneladas de peso, montan una guardia solitaria en los patios de los santuarios. Conviene señalar el reinado del faraón ario Akenatón (alrededor del 1364 a. de C.), que impuso la Reforma atoniana, *es decir, el culto de un dios único y universal, al poderoso clero tebano. Durante veinte años, Akenatón hizo amartillar las imágenes de los dioses de los orígenes en los templos y en las tumbas. Este faraón, hábil en el juego de las construcciones metafísicas, tenía el alma devorada por un juego interior, así como su cuerpo estaba corroído por un implacable mal sifilítico. Sufría y soñaba con la misma violencia, e imaginaba una humanidad nueva y purificada, que no adoraba más que a un dios, un dios universal y bueno, un dios cuyos rasgos terminaban en manos acariciadoras. Era sincero este místico apasionado, este solitario dolorido que deseaba arrancar Egipto a la influencia, nefasta para el poder*

real, de los riquísimos sacerdotes de Amón, que no eran en suma más que simples funcionarios al servicio de innumerables dioses, y que no eran en absoluto ni inspirados ni puros. Quería que por todas partes solo el nombre de Atón fuese pronunciado con fervor, porque Atón era el dios de calor y de luz, comunicando su calor y su luz a los cuerpos y a los espíritus. Proclamaba que solo Atón es a un tiempo la forma definitiva y la matriz del universo. Al igual que Jesucristo, fue la palabra de dios y tuvo sus discípulos. Dejó Tebas, hormigueante de ídolos y de sacerdotes todopoderosos, y fundó, allí donde hoy se encuentra Tel el Amarna, una capital nueva de la que no queda nada, salvo esas sorprendentes pinturas llamadas de Tel el Amarna, que en la actualidad pueden admirarse en una de las salas del museo de El Cairo, y que revelan la originalidad y el frescor de un arte nuevo, familiar y nada hierático. El reinado de este faraón austero y fanático —el «Rey ebrio de Dios», como lo ha denominado Daniel-Rops con bellas palabras—, nos parece como un cuento de hadas resplandeciente, lejano e incomprensible. Su sucesor fue su yerno Tutankhamen. Este renunció a Atón, el dios de su infancia, el mismo día de su coronación; reinstaló la corte y los negociados en Tebas, y en el 1348 a. de C. promulgaba el célebre decreto restableciendo en todo Egipto el culto de Amón y el de la tríada tebana, así como los privilegios y los poderes de los sacerdotes expulsados y expoliados por su suegro. Tutankhamen murió muy joven, y en los santuarios de Tebas incluso se cuchichea que fue asesinado. Sea como fuere, la sepultura del suce-

sor del reformador fue escondida voluntariamente en el Valle de los Reyes. Esto hay que admitirlo, puesto que su tumba fue cavada fuera de los emplazamientos oficiales reservados a los faraones en la necrópolis tebana. Y hay que subrayar que se la ocultó realmente bien, ya que durante 32 siglos escapó a esos conocedores avisados y siempre al corriente de la topografía de las necrópolis que eran los rateros y los violadores de tumbas reales. Fue gracias al azar como llegó a ser descubierta en 1922 por Howard Carter. Ya se sabe lo que fue este sensacional descubrimiento y su repercusión... Se van sucediendo los siglos... Bajo los Ramésidas (1310-1080 a. de C.), Egipto es una nación siempre escuchada y poderosa, siendo intenso su prestigio cultural y político. Ramsés II y sus sucesores inmediatos edificaron construcciones cuyas ruinas son colosales aun hoy: la sala hipostila del Gran Templo de Amón, en Karnak, para la que se necesitaron 30.000 toneladas de piedras talladas; el templo funerario de Seti I en Gurnab y sus cientos de columnas fasciculadas; el de Abidos consagrado a Osiris, a Isis y a Horus, y sus siete santuarios paralelos que nos cuentan, como en el día en que este trabajo quedó consagrado, y gracias a sus maravillosas esculturas pintadas en relieve pulimentado, lo que era el ritual cotidiano del culto osiriaco solar; el santuario de Abu Simbel cavado en el acantilado líbico; el Ramesseum donde se elevaba la estatua en granito rosa de Ramsés II, la «más grande de todas las de Egipto» (Heródoto), y la más pesada también, puesto que su peso era de ¡1.200 toneladas!... Pero esta fiebre repentina de los constructores ramésidas,

esta precipitación con que los últimos grandes faraones de la XIX dinastía hacen edificar monumentos más gigantescos los unos que los otros, esta especie de sobresalto de aquellos que presienten que van a morir y que quieren arrojar como un fulgurante y último resplandor que atraviese los siglos, este inmenso y populoso taller de cantería en que se ha convertido Egipto, es el canto del cisne del legendario país del Nilo. Porque los tiempos de la gloria han concluido y los de la decadencia están próximos. Vuelve el invasor; el enemigo reaparece bajo diferentes nombres, pero el mal es siempre el mismo. Y las visiones de desastres se siguen unas a otras; se escucha por todas partes, en esta tierra que fue durante tanto tiempo el alma de la civilización humana, ese ruido terrible, ese ruido que se prolonga hasta el fin de los tiempos, de templos que se derrumban y de dioses cuyo rostro se destroza a golpes de martillo. Los pueblos enemigos acuden de todas partes. A lo largo del Nilo arden las magníficas ciudades. Te son ofrecidas, oh Moloch de los ejércitos, estas poblaciones saqueadas por los héroes, buscadores de goces, de los descendientes de Asur; por los feudales libios nacidos en junglas desconocidas; por los etíopes que hacen del Amón tebano un dios de Etiopía, «el país que dio origen a la humanidad»; por los ninivitas de Asurbanipal que aparecen en el 661 a. de C., cuarenta días después de haber depredado Menfis, delante de Tebas, la de las Cien Puertas... Aquí se detiene la historia del antiguo Egipto, porque la destrucción de Tebas, donde se ensañaron los asirios con ese rigor, ese método y esa ferocidad que les caracterizaban, conmovió a los

pueblos de Oriente aun cuando habían padecido, hasta el hastío, múltiples experiencias de este género. A. Moret ha señalado que excavando en las ruinas de Tebas, que están tal y como hace dos mil seiscientos años, a veces se han encontrado aún cascos de punta asirios que nos traen a la memoria el horror y la duración de la destrucción de la ciudad. El estupor y el espanto de los pueblos mediterráneos fueron memorables hasta tal punto que cuando el profeta Nahum, cincuenta años más tarde, denostaba contra la insolente y cruel Nínive jamás saciada ni satisfecha y profetizaba su próxima ruina, todavía estaba presente en su espíritu la terrorífica suerte de la ciudad real de Amón, y gritaba, con ese tono y esa presciencia de los acontecimientos, propios de los profetas: «¡Acuérdate, oh Nínive! ¿Acaso eres tú más fuerte que Tebas, que en otro tiempo se asentaba en medio de los Nilos? Acuérdate, oh Nínive, de Tebas, que fue el eje del mundo, su orgullo, su gloria y su aspecto favorable durante una larga serie de siglos. Acuérdate, oh Nínive, de que sus dioses ya no habitan sus templos, de que sus sacerdotes y sus nobles han sido encadenados, de que su población ha desaparecido; acuérdate también de que los niños tebanos han sido aplastados en las esquinas de todas las calles y que decenas de noches tebanas se han convertido en noches de horror».

I

El universo se produce a sí mismo y lo divino está en todo

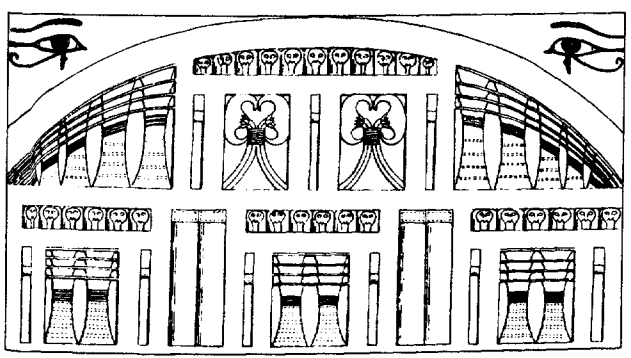
Todo está escrito en el Libro de los Muertos... En tiempos remotos, mucho antes de que fuesen edificadas las pirámides de caras lisas de Kéops o de Sakkara, los antiguos egipcios iniciados en los misterios de la creación sabían que el sol salía del vientre de Nût cada mañana, y volvían a entrar en su boca cada tarde, cuando los últimos fuegos del poniente iluminan la tierra marcando el límite del universo de los vivos. Y, reunidos en el otro mundo, el mundo que se encuentra bajo nuestros pasos, los muertos podían contemplar las metamorfosis del sol en el curso de su viaje nocturno por las Doce regiones de la *Duat*. Y ellos, los muertos que habían vuelto a sentir el soplo de vida en sus narices, podían regocijarse viendo pasar la Barca solar, con sus cinocéfalos adoradores, sus remos mágicos y su sol en forma de escarabajo, es decir, de Khépra, «Dios que se transforma».

Antes de penetrar en el mundo de los muertos de los antiguos habitantes del Valle del Nilo, y antes de abrir las páginas del LIBRO DE LOS CONOCIMIENTOS,

hemos de aprender a conocer a algunos de los dioses que esperan a los difuntos cuando se abren ante ellos las puertas del extraño universo que habrá de ser el de su eternidad.

PTAH

PTAH ha creado todo lo que existe. Antes de él, como está escrito en los Vedas, «no existía el ser ni existía el no-ser. Más allá no existía espacio ni firmamento. ¿Qué es lo que se movía? ¿Dónde, y bajo la custodia de quién? ¿Acaso existía el agua profunda, el agua sin fondo? En aquel tiempo no existía ni la muerte ni la no-muerte, y ningún signo distinguía el día de la noche. Lo Uno respiraba sin soplo, mudo de sí mismo. No existía nada más allá. En los orígenes, las tinieblas cubrían a las tinieblas. Encerrado en el vacío, lo Uno, accediendo al ser, tomó entonces nacimiento



por el poder del calor.» *(Rigveda,* X, 129, traducción de Louis Renou.) Ptah creó los dioses y Egipto, que es el país «que ha emergido de las aguas primordiales». Gracias a él las palabras divinas fueron pronunciadas al comienzo del mundo y los dioses conocieron la existencia, porque Ptah «es el corazón y la lengua», que son órganos de procreación según la teología menfita. Ya tenía el cetro simbolizando los millones de años de vida —los jubileos— prometidos a los futuros muertos cuando apenas acababan de formarse las aguas y las tierras en el caos inicial.

ANUBIS

ANUBIS, personaje principal del tribunal de los dioses que juzga a las almas, determina el puesto de cada uno el día de la creación del universo, y lo determina de forma que cada puesto quede marcado para cada uno hasta el fin de los tiempos, en este mundo y en el otro. Anubis es un dios protector de los muertos y de sus almas, y su protección, escribe S. Mayassis, «consiste en redimirlos y en purificarlos». *(El Libro de los Muertos del antiguo Egipto es un Libro de Iniciación,* Atenas, 1955.) Se le denomina también el Reparador de huesos, y El que Abre las Puertas de abajo; es él quien viene al encuentro del difunto y lo toma de la mano para conducirle ante Osiris, a fin de que se cumplan los ritos de la psicostasia. Es el responsable de los movimientos, de los espacios, de las formas, de

los números y de los planetas. También es el guardián de los textos mágicos, el protector de la luna a la que los monstruos quieren devorar todos los meses y a la que se tragan en cuanto aparece Thot a través de las constelaciones. Es el escriba amado de los otros dioses, porque él es quien escribe en las hojas del árbol sagrado de Heliópolis los nombres de los faraones que aún están por nacer y que reinarán en Tebas, la de los cien pilonos. En oposición a la luz de Seth, «que es la luz de las tinieblas», es decir la del cono que forma la sombra de la tierra al proyectarse en el espacio, y de la que se impregnarán todas las almas antes de embeberse en la luz solar, en oposición con esta luz zodiacal que las almas atraviesan inmediatamente después de su salida de los cuerpos, la luz de Anubis es fulgurante y favorable a las almas de aquellos que fueron «justificados» después de su comparecencia ante Osiris. Es una *escalera de luz*. Constituyó la primera claridad de la creación antes de ser el sol de la creación. El globo cósmico recibió el resplandor de la luz de Anubis. Significa para el muerto lo que la luz de la aurora para los vivos, es la luz que le permite «salir al día». «La luz de Anubis, escribe S. Mayassis, es la entrada del otro mundo, o la salida hacia el mundo de las ánimas.»

OSIRIS

Osiris es, así mismo, un dios protector de los muertos. Es el símbolo de todo aquello que nace, por

lo que está bien situado en su puesto junto a los muertos, ya que estos deben nacer una segunda vez antes de vagar eternamente a la orilla de los ríos celestes que ponen en movimiento las galaxias, antes de evolucionar en el tiempo que ya no guarda memoria, entre los espíritus luminosos que tal vez son el origen y «el devenir» de lo que llamamos el universo. Hasta el instante en que este mundo no sea más que un mundo muerto, una célula muerta en el incognoscible cuerpo del espacio, Osiris renacerá multiplicándose en cada grano de trigo que brote de la tierra, en cada partícula de vida, por elemental que sea, en cada atención prestada a los muertos cuando estos estén «abiertos de corazón y de semblante», en cada gota de agua que fluye de los dedos de sus pies y de sus manos bañadas en sudor durante la época de la Inundación. Osiris es la actividad vital universal, ya sea espacial o terrestre, y, bajo la forma visible de un dios, desciende al mundo de los muertos para prometerles la regeneración y, finalmente, la resurrección en la gloria osiriaca, porque todo muerto justificado es un germen de vida en las profundidades del cosmos, lo mismo que un grano de trigo lo es en el seno de la tierra. Que la gloria de Osiris, primer faraón de los tiempos legendarios, resplandezca aún más en Abidos, su ciudad santa, y que el dios protector de los muertos sustente el hálito de los hombres a perpetuidad... Que siempre, en sus sarcófagos iluminados, cuando los muertos estén entre los brazos de la diosa Nût, la «Madre del Cielo», el fluido osiriaco reanime sus miembros, reajuste sus huesos, y

que los muertos adornados con cintillas cruzadas según los ritos mágicos se identifiquen con Osiris, multiplicándole al renacer, y que su *Ka* —su doble esotérico, su alma-pájaro—, se desvanezca en el esplendor de los campos de Ialu. Y que llore también la esposa de Osiris, Isis la maga, Isis que reveló a los hombres la forma de ingeniárselas para que sus cuerpos no se pudriesen y fuesen embalsamados, vaciados de sus vísceras recogidas en los vasos canopes, Isis que recreó a su bienamado, asesinado por su hermano Seth, después de haber recuperado trece de los pedazos de su cadáver dispersado por todo Egipto, salvo el falo, que fue tragado por un pez voraz del Nilo, el oxirinco. En Abidos, cuya célebre mecrópolis contiene la tumba de Osiris, «el premier de los occidentales», hay un extraordinario bajo relieve que representa una escena de resurrección. El artista ha expresado admirablemente en la materia lo que está escrito en el *Libro de los Muertos*. Asistimos a la resurrección del faraón Seti I. El rey está extendido sobre su tumba. Isis permanece en pie a su derecha y Horus a su izquierda. El buitre Mut, símbolo de los dioses que planean por encima de la cabeza de los faraones como Asur sobre la cabeza de Asurbanipal, ha replegado sus alas y mira fijamente el rostro del rey... Porque, en la noche de Abidos, el faraón va a hacerse eterno. Se despertará, como lo hizo en otro tiempo Osiris, «no bajo el aspecto de un espíritu-fantasma, escribe A. Erman, sino en medio de una total resurrección del cuerpo, porque los dioses han reparado los miembros de Osiris, sujetado su cabeza a sus huesos, y han vuelto a colocar su corazón en su pecho». Lo mismo ocurrirá con el muerto que renacerá en Osiris como el faraón hijo de Ra. Y, tal como está escrito en los Textos de las Pirámides, y como podemos ver en el bajo relieve que representa la resurrección de Seti I, Isis y Horus bendecirán al muerto y le dirán: «¡Levántate y reanímate!» Y los muertos dejarán la tierra, *no como se van los muertos, sino que partirán como vivos.* Estos faraones muertos irán hacia Osiris y recordarán las palabras que tantas veces escucharon en boca del sacerdote: «Osiris, me elevo hacia ti... y mi purificación está en mis manos. He pasado ante la diosa Tefnut y la diosa Tefnut me ha purificado... Soy un sacerdote e hijo de un sacerdote de este templo...» Se acordarán de aquello que han escuchado tantas veces: «El lazo está desatado y el puño está desligado para atravesar esta puerta. He arrojado a tierra todo el mal que había sobre mí.» Todos irán hacia Osiris. Su rostro volverá a hallar la vida y la fuerza; sus narices descubrirán el frescor de los vientos del norte. Verán crecer los trigos en los campos celestes de Ialu. Y los vivos a quienes dejaron ante las Puertas de la Noche vendrán a depositar las ofrendas a ambos lados de los espíritus santificados y les rociarán con agua lustral. Sí, todos, unos detrás de otros, serán resucitados y estarán por toda la eternidad ante Osiris, cuyo corazón no palpita. Podrán sentarse, si quieren y si están justificados, en la Barca sagrada que, todas la noches, navega por las Doce Regiones del mundo inferior y verán el Gato divino hendiendo el

árbol sagrado de Heliópolis, y sus entrañas ante los espectros luminosos, Khepré el Escarabajo y las Jerarquías Soberanas, y entonces gritarán: «¡Oh, Osiris poderoso! ¡Acabo de nacer! ¡Mírame, acabo de nacer!».

SETH

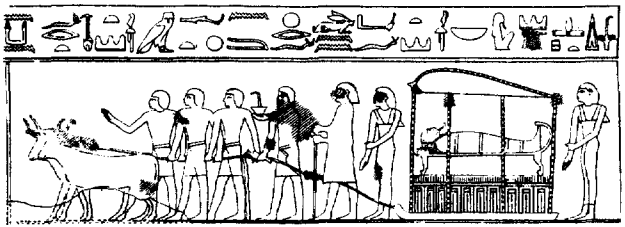
SETH, príncipe del mal con cabeza de animal tifónico, personifica la fabulosa agitación de las tinieblas y todo aquello que se corrompe en esas zonas de destrucción que puedan imaginarse bajo la tierra que nos soporta. Debido a que había lanzado «inmundicias» a Horus, este le arranca los testículos, quitándole de este modo, como recuerda Plutarco, su fuerza y su actividad. «Es por esta razón, precisa Plutarco, por lo que los egipcios elevaron en Coptos una estatua de Horus que representaba al dios con el miembro viril de Seth en sus manos. Seth, cuya silueta no se puede evocar sin estremecerse, es invocado a menudo en las maldiciones célebres. No obstante, Ramsés II el Edificador hará escribir sobre el pilono de un templo que él, el gran faraón vencedor de tantas naciones, es «el Amigo de Seth», de Seth el puerco negro que devora la luna todos los meses porque el alma de Osiris se refugia allí. Este conflicto Horus-Seth, este mito cósmico, es el eterno combate del Bien y del Mal que se mantiene desde los orígenes del mundo bajo formas diversas, apagándose aquí, reavivándose allá, es el eterno dualismo que hace surgir en la noche de los

tiempos ya idos y de los tiempos por venir la llama a veces impura de los dioses que hacen los hombres.

HORUS

Bajo veinte formas diferentes, HORUS es uno de los más grandes dioses del panteón egipcio. Es el Horus hieracocéfalo que puede contemplarse en el Museo del Louvre, repitiendo ante el faraón el admirable gesto de la purificación. Asimismo, puede verse en Edfu, cuyo sanctasanctórum está protegido por los catorce pisos de las torres del pilono, el Horus cruel de cabeza de halcón, el Hor-Behudit llamado también El Que Abre los cuerpos, el gran protector de la cámara nupcial de los dioses o de los monstruos apareados, cuyo símbolo, el disco solar con alas de gavilán, fue reverenciado durante milenios en la mayor parte de los templos de Egipto. Pero cuán cruel parece este Horus de Edfu con la mirada segura de escuadriñaros el alma, cuán inquietante resulta a la dorada luz del patio del templo, hierático ante las puertas de un universo que solo conocen los muertos...

En los Textos de las Pirámides se encuentra la narración del terrible combate que enfrentó a Seth y a Horus, y asimismo se hace saber cómo Seth fue castrado por Horus, quien a su vez perdió un ojo en esta lucha. Este Horus que acosa, mutila y persigue al Mal es particularmente venerado por los muertos, porque este Horus de luz les ha «abierto el ojo». De este



El muerto es conducido hacia su palacio funerario.

modo los muertos podrán «ver por él» y dirigir sus pasos en la eternidad con la misma facilidad que cuando caminaban en vida a lo largo de las orillas del Nilo. «Isis, al haber resucitado a Osiris en Horus, escribe S. Mayassis en la obra que ya hemos citado, le conduce al cielo, ante los dioses, hacia nuevas formas... Parece ser que los antiguos egipcios llamaban *niño* a toda forma *transformada* por evolución de una forma precedente y de la que era el resultado. Un joven es el niño de sí mismo, *es el hijo de su infancia* (y el adulto es el hijo joven como el viejo lo es del adulto). Así, mediante su victoria sobre su forma precedente, ha adquirido nuevas cualidades. Horus es una nueva forma de vida de Osiris... La evolución, la ascensión del alma y su transformación por la purificación consiste en llegar a ser un niño surgido de su naturaleza y de su forma precedentes...» La simiente que sale de Osiris muerto y que fecunda a Isis es un Horus-Sothis, un Horus luminoso: «Tu hermana Isis viene a ti regocijada de tu amor; tú la colocas sobre tu falo y tu

simiente penetra en ella.» (Textos de las Pirámides 632, 1635-1636, traducción de S. Mayassis.) De forma que la simiente que sale del cadáver del muerto-Osiris es un «Horus provisto de lo necesario», es penetrante como Sothis, es decir, como la luz sothiaca que sale del cadáver, que es también la luz de la Vía Láctea, primer peldaño de la *Escalera luminosa* que permitirá al muerto esperar, al mismo tiempo que sus millones de años de existencia futura, la última y la más eterna de las luces, la luz solar ardiente en el seno del globo cósmico...

«ALABANZA A TI, OJO DE HORUS EL BLANCO, EL GRANDE, QUE DELEITA POR SU BELLEZA LA REUNIÓN DE LOS NUEVE DIOSES CUANDO SALE POR EL ORIENTE DEL CIELO»

(Traducción de Jean Capart)

Horus es también, y es sobre todo Harmakhis, «el Horus en el Horizonte», la famosa Esfinge de Gizeh, tantas veces sepultada en las arenas y tantas veces resucitada gracias a la labor de los hombres. Con la faz vuelta hacia levante es realmente «Horus en el Horizonte», colosal en su inmovilidad y en su gloria matinal. Es Horus-Kefren que vela sobre la inmensa ciudad de los muertos inviolada alrededor de las pirámides.

Es Horus-Harmakhis determinando el punto del horizonte donde debe nacer en la luz su doble celeste, el Sol, rojo en la roja arena como rojo es todo nacimiento. Esta Esfinge de Gizeh es Horus en la infinita dulzura de su rostro destrozado... Es Horus que vio nacer en el horizonte dos millones de soles a lo largo de más de cinco mil años y perfilarse el apocalíptico fragor de los cataclismos y de los hundimientos prehistóricos. Es Horus, el alma de Ra que se mutila para que las gotas de su sangre se conviertan en dioses. Es, bajo su aspecto ilusorio de faraón-dios, el dios poseedor de todos los poderes de creación. Se considera impasible a este superviviente de los Atlantes que vio a un faraón desviar el curso del Nilo y a Moisés abandonar una patria ingrata, que sintió los tumultos de Sumer y de Akkad y los clamores de espanto de tantos pueblos desapareciendo en las llamas de Nínive, de Ur, de Babilonia y de Jersusalén, antes de que Asurbanipal el cruel ninivita viniese a devastar desde Egipto hasta Tebas... Cleopatra, amorosa, le interroga, a él «el Horus del Horizonte», obsesivo, firme, indiferente a los triunfos o a los desastres que iluminan o arruinan las civilizaciones humanas. Hasta el fin de los tiempos, y cualquiera que sea su forma mutilada, incluso si los vivos no pueden volver a verla en ese desierto de arena que tal vez van a vitrificar, estará siempre presente en cada noche de Egipto, en cada aurora, será siempre Horus vivo y velará, en tanto que la tierra reciba el calor del sol, sobre las mecrópolis superpuestas que están en el país de los muertos.

EL SÍMBOLO DEL CÍRCULO

En el pequeño templo de Khonsu, en Karnak, cerca del sanctasanctórum, hay una notable serie de bajorrelieves. Puede verse allí a Horus, coronado por el sol y por la serpiente —que simboliza el doble de la vida de los dioses— detrás de la Esfinge, aquella que vigila ante las tumbas colosales constituidas por las pirámides. Ramsés IV ofrece una estatuilla a la diosa Ament, equivalente femenina de Amón «el Oculto»; la diosa apunta con una cruz ansada (o de anillo) entre los ojos del faraón. Esta cruz es el *símbolo de millones de años de vida futura.* Su círculo es la imagen perfecta de aquello que no tiene principio ni fin: representa el alma, que es eterna porque es el resultado de la sustancia espiritual de los dioses; la cruz figura el estado de ansiedad en que se debatía el iniciado, y más exactamente representa el *estado de muerte,* la crucifixión del elegido e incluso, en algunos templos, el iniciado era tendido por los sacerdotes sobre una cama en *forma de cruz.* Hemos dicho que la diosa Ament coloca el extremo de esta cruz ansada entre los ojos del faraón. Este gesto mágico tiene su significación. Efectivamente, Paul Brunton la ha señalado pertinentemente en su libro *L'Egypte secrète:* «El punto marcado entre las cejas indica la posición de la glándula pineal, glándula cuyas complejas funciones aún no han sido esclarecidas. En los primeros grados de la iniciación, el hierofante provocaba una cierta actividad de esta glándula para permitir al candidato que viese

apariciones psíquicas o seres espirituales cerca de él. El método empleado a este efecto era en parte mesmérico y en parte dependiente de ciertos inciensos muy potentes». Por consiguiente, cuando la diosa pone su cruz entre los ojos de Ramsés, asegura al faraón que tendrá una visión clarividente de los misterios verdaderos, pero que le será prohibido revelar lo que haya visto y experimentado en el curso de las diferentes fases de su iniciación. Es por esto por lo que Horus está detrás de él, «Horus del Horizonte», el Guardián de los Secretos, y le indica que guarde silencio llevándose un dedo a los labios... Y también está presente la Esfinge, porque ella es quien guarda las proximidades del templo más colosal de la iniciación: el de la Gran Pirámide... Es por esto por lo que los rostros de los personajes que aparecen grabados en los muros del templo de Khonsu, en Karnak, tienen un sentido preciso para los iniciados; quienquiera que poseía la clave geométrica de los misterios esotéricos, cuyo símbolo era precisamente esta cruz ansada, sabía abrir las puertas del mundo de los muertos y podía penetrar el sentido oculto de la Vida eterna.

LAS CRIPTAS DE LA INICIACIÓN

Los ritos secretos de la inciación se practicaba en criptas sombrías y desnudas, auténticas tumbas, en las que los sujetos eran dormidos por los sacerdotes hipnotizadores, arrancados a la luz, aislados de los vivos,

sumidos en secreto en las profundidades de las tinieblas, de las que a veces salían muertos, muertos en su carne y muertos en su alma. Pero aquellos que habían superado las pruebas de la separación simbólica del cuerpo y del espíritu se sentían lentamente invadidos por un calor sobrenatural, y cuando regresaban del fondo de estos abismos, donde habían avistado tan de cerca la muerte que libera, exalta y purifica, donde habían recibido misteriosos sacramentos, *sabían como nadie podía saber* que la luz de abajo, que la evocación de las doce horas de la noche, que el alma-pájaro que revolotea en los pozos de las mastabas, y que su larga vigilia en la cámara más secreta del santuario, les habían permitido entrever los temibles misterios de la resurrección. Sabrían, cuando llegase la hora, desparecer de un estado del ser y reaparecer en otro, reunir sus miembros disgregados como reunidos fueron los disgregados miembros de Osiris asesinado por su hermano (... siempre Caín y Abel...). *Sabían como nadie podía saber* lo que significaba el bamboleo de su alma en el extremo de un hilo mágico cuando se encontraban extendidos en el cartonaje iluminado de momias, y que aquello que sentían como un estallido de su cuerpo, durante los pases magnéticos de los sacerdotes de rango superior, tal vez podía destruir su carne, pero de ningún modo afectaría al alma de luz que ya estaba en ellos desde antes de su nacimiento.

II

Para la duración de toda la eternidad, Isis inventa el remedio que hace inmortales a los hombres...

El pueblo del Valle del Nilo, cuya elite sacerdotal todopoderosa había realizado su formación en centros iniciáticos muy numerosos, se distingue de otros pueblos de la antigüedad no solo por la civilización más extraordinaria que el mundo haya conocido jamás, sino también por la solicitud con la que rodeaban a sus muertos. Su vida social, política y religiosa está dominada por imperativos precisos y regulada en función de la otra vida que espera a cada ser viviente después de su segundo nacimiento en el umbral de las puertas de la muerte. Los antiguos egipcios se sintieron auténticamente fascinados por el misterio del más allá, cuyo universo se representaban, nos dice Kolpaktchy, «como un inmenso sarcófago cósmico». Creían que Osiris ocupaba el centro del mismo y que su país era una proyección de una parte del universo celeste sobre la tierra. Sus iniciadores les habían enseñado que, después de la muerte, participarían en los ritmos y en las radiaciones cósmicos, que el fenómeno

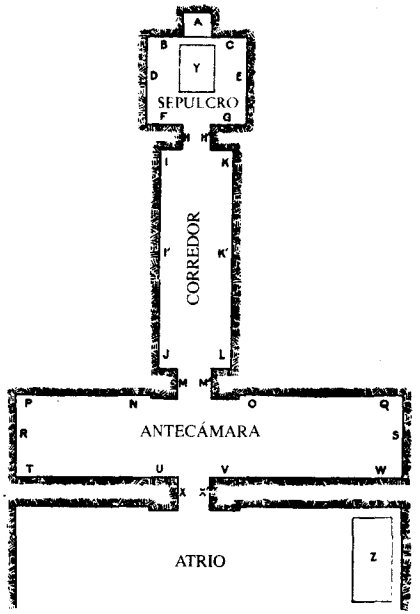
de la muerte física no era más que uno de los aspectos de la transformación de la consciencia, lo desconocido y lo invisible que nos habita, un estado más perfecto que cada uno experimentaría en el instante de su nuevo nacimiento en la tumba. Para el iniciado que había aprendido a conocer mucho mejor el mundo de los muertos que el de los vivos, el más allá, del que se preocupaba en todo momento, veía a ser el ideal de una existencia que le constaba ilusoria. En el momento oportuno, sabría conciliarse la buena voluntad de los dioses y ofrecerles en estado de pureza su vida sobre la tierra, que en definitiva sería muy poca cosa comparada con los millones de años de su eternidad. Las fórmulas mágicas, una para cada caso, le ayudarían a controlar su evolución póstuma y a escapar de los maleficios de los genios inferiores que pululaban como larvas en torno a las mastabas. Respondería a los dioses justicieros, sin traicionarse, en el instante temible de «pesar el alma» ante el Devorador excitado por el juego de la Balanza. No, para aquel a quien los sacerdotes habían instruido pacientemente revelándole poco a poco los misterios, la muerte no era un fin sino un comienzo. Lo visible se confunde con lo invisible en el tiempo y en el espacio. Esto es lo que tal vez nos permite comprender por qué, cuando el difunto habla de sí mismo en el *Libro de los Muertos,* es a la vez el viejo y el recién nacido, lo increado y el devenir, la oscura potencia de las savias vegetales o la lejana radiación cósmica que se desvanece al fondo de la Vía Láctea... Sí, tras su muerte y su resurrección, al

igual que Osiris, estará renaciendo eternamente en el formidable y cíclico chorro de las fuerzas y las formas de la Vida...

EL SEGUNDO NACIMIENTO DEL HOMBRE

La Eternidad es inmutable y una, y el movimiento perpetuo de las galaxias garantiza su materialidad. Todo lo que contiene la eternidad, todo cuanto ha sido, cuanto es y cuanto llegará a ser, lo es por vibración, y *todo es doble en todo.* La muerte no es más que un estado de crisis, durante el cual aquel «que lleva un nombre» no está ni muerto ni vivo, durante el cual lo que ya era eterno en él antes de ser concebido, su *Ka,* deja el cuerpo aparente de la carne «justamente antes, escribe Mayassis, de que el ritual de las exequias haya consagrado la resurrección en el más allá», justamente antes «de arrojar su putrefacción», justamente antes de que los ritos de la apertura de la boca y de los ojos permitan al difunto volver a encontrar el hálito y la vida en el Nun primordial, en el que se elaboran y se equilibran los perpetuos movimientos de nacimiento y de muerte, exactamente igual que en la materia se agita y se opone un colosal movimiento de átomos que son universos a escala infinitamente pequeña. Ciertamente, el tiempo, que no podría medirse con relación a la eternidad, modifica y destruye rápidamente la apariencia física del hombre y su comporta-

miento, pero no altera en absoluto su alma. El tiempo no envejece. El valor de una fracción de tiempo, que los egipcios habrían denominado vibración, puede calcularse en segundos o en su equivalencia, es decir, en millones de años. El tiempo y la muerte no son sino opciones provisionales, signos convencionales que facilitan los juegos del pensamiento. Para los antiguos habitantes del venturoso Valle del Nilo, la muerte no tenía nada de horroroso ni de especulativo: marcaba un tiempo de espera en una evolución normal sin principio ni fin, anunciaba un verdadero nacimiento, aquel que llevaría al difunto a la vida eterna, y le pondría en situación de purificarse de sus pasiones, de las «inmundicias» que hubiese en su corazón, aquel que le prepararía para el bautismo, *porque el muerto debe ser bautizado* en el Lago de la Oca antes de presentarse ante los dioses; sí, para presentarse en el otro mundo en el que será igual a los dioses, el muerto, que habrá sido justificado según las fórmulas que estudiaremos más adelante, debe ser purificado, a fin de que su alma resplandezca después de haber sido lavada de sus impurezas. Para los iniciados, a quienes había sido revelado que el Sol «agregaba su simiente a su cuerpo para crear su globo en su ser secreto» *(Himno a Amón,* traducción de Gardiner), el nacimiento en la tierra no era más que la lógica consecuencia de la muerte en el más allá, al igual que la muerte en la tierra no era sino el signo natural del nacimiento en el más allá. Se trata de ideas que Heráclito resumió muy bien: «Los hombres viven su muerte y mueren su



Plano típico de una tumba tebana. Las letras de la A a la Z representan el emplazamiento de las pinturas funerarias. (Tumba de Nakht, en Tebas.)

vida». Así se comprende por qué era tan natural para el egipcio desembarazarse de su cuerpo terrestre y revestir a continuación un cuerpo de luz para poder evolucionar en el espacio tan fácilmente como cuando se encontraba sobre la tierra que bordea el Nilo, abrazar cualquier forma a su elección, ser igual al infinito en la pequeña parte que le corresponde, ser bajo el

aspecto de un espíritu luminoso un estremecimiento de tiempos inmemoriales. Ciertamente, tales creencias pueden sorprendernos e inquietarnos, porque no concebimos cómo puede llegarse a esta identificación final del hombre con el universo, porque no conseguimos dejarnos seducir por la irradiante presencia, en lo más secreto de nuestro ser, de aquello que los egipcios denominaban el *ka*, elemento absolutamente extraño a nuestra naturaleza, símbolo del yo eterno, que todo ser vivo recibe en depósito, ya lo hemos dicho, desde antes de su nacimiento, porque su nombre está impreso en la eternidad incluso antes de que llegue a ser pronunciado por su madre. Y si nos resistimos a dejarnos introducir en sendas tan abstractas porque parecen no conectar con nada fundamental, podría entenderse asimismo que no conocemos en nosotros lo invisible, lo que se perpetúa o se deteriora sin que los procesos evolutivos o destructivos se registren en nuestra razón o en nuestra sensibilidad. Nuestro ser invisible existe no obstante. Es aquel cuya esencia es incorruptible e inmortal. Es ese ser invisible, ese doble de nosotros mismos al que los egipcios van a hacer vivir, uno para cada muerto de los tiempos pasados y futuros, todo lo que dure la eternidad... Y cada muerto resucitará, como el sol resucita cada mañana, «portador y distribuidor de una infinita vitalidad». (Mayassis, *op. cit.*)

LOS MUERTOS «SE REMONTAN CON EL VIENTO»

(Papiro de Turín)

Resumamos. Para los antiguos egipcios, la muerte no existía. Cada uno podía estar seguro de encontrar del otro lado de la tierra una nueva existencia bastante semejante a la que había conocido aquí abajo, y podía regocijarse con esta eternidad que le era prometida sin que para alcanzarla tuviese que abandonar el menor signo de sus riquezas materiales cuando llegase a ser un Justificado entre los planetas. Evidentemente, aquí es donde parece que la solicitud de los súbditos del faraón para con sus muertos no era ni mucho menos tan desinteresada como suponíamos. Hay que decir que los vivos, tan olvidadizos e influenciables, temen el retorno de los difuntos y sus iras si no están satisfechos de los cuidados materiales y espirituales a que tienen derecho. Los parientes y los más caros amigos del difunto saben que este sabrá exigir lo que se le debe y que, si es malintencionado, podrá volver a la casa de los vivos para atormentarles, pese a los amuletos de los mercaderes de Tebas, las letanías mágicas de los sacerdotes o los mensajes a los muertos redactados por escribas especializados en esta clase de escrituras. El *Papiro de Turín* evoca esa posible maleficencia de los muertos que «se remontan con el viento». Se han señalado sórdidos regateos entre los muertos y sus parientes próximos. Viudas y huérfanos

suplican a su difunto marido o padre que no les apunte con su mala voluntad ni acreciente la miseria en que les ha dejado. Erman señala el caso de aquel funcionario de Menfis cuya mujer falleció aunque «él le había procurado los cuidados de un médico» cuando se encontraba realizando una misión lejos de su casa. Experimentó tal pena con su luto «que perdió su alegría durante tres años», y sufrió de tal manera por haber perdido su alegría durante tanto tiempo que acusó a la muerta de impedirle volverla a encontrar, y escribió el siguiente billete, que fue depositado sobre la tumba de su esposa: «Al espíritu excelente de Ankh-iri. ¿Qué mal he cometido con respecto a ti para ser convertido en el pobre hombre que soy? ¿Por qué te ensañas hundiéndome, a mí que soy siempre tu fiel esposo? Desde que te tomé cuando era un muchacho, te he dado mi pan, mis ropas y mis aromas. Jamás te he desatendido ni entré nunca en la casa de otra mujer. Cuando moriste lloré con mis gentes y te hice cubrir con vestiduras de fino lino. Y después de tres años que hace que te encuentras en el mundo de la "Duat", me atormentas y me impides recuperar mi alegría de antaño. ¿Qué te he hecho, pues, para convertirme en el que soy? ¿Es necesario que intente una acción en justicia contra ti si no dejas que mi corazón se alegre?» Por supuesto, todas estas consideraciones quizá no están muy en armonía con lo que se enseñaba a aquellos que seguían los cursos de iniciación, pero la salvaguarda de vulgares intereses materiales, y hasta de su tranquilidad, jamás impidió a alguien preocuparse de la suerte de su alma.

QUINIENTOS CUARENTA DIOSES Y GENIOS FUNERARIOS EN LA TUMBA DE THUTMÉS III

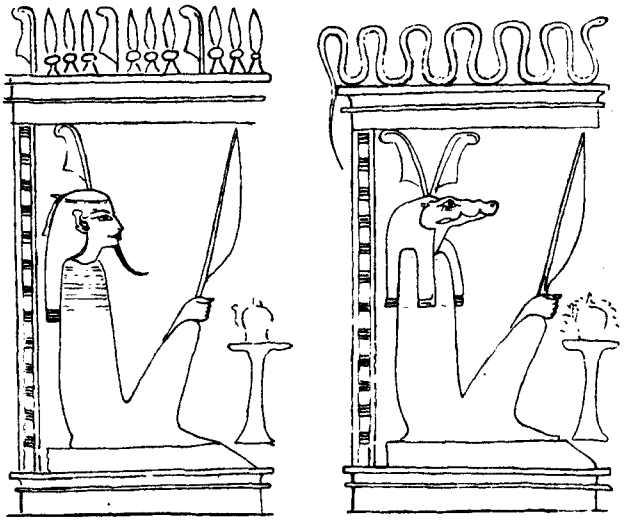
Los antiguos egipcios evocaban los misterios de la muerte sin ninguna inquietud, y sin embargo los dioses con cara de monstruo que les esperaban ante las puertas de la «Duat» eran más bien temibles. Sabían que toda vida se desvanece en un universo terrible en cuyas profundidades se elaboran las resurrecciones y en el cual reinan quinientos cuarenta dioses y genios cuidadosamente enumerados, como se puede ver sobre la tumba de Thutmés III. «Piensa en el día en que te encontrarás extendido en tu tumba —puede leerse en un papiro de cuatro mil años de antigüedad—. Una noche te será consagrada, así como el óleo de cedro y las tirillas tejidas por la diosa. Bellas plañideras precederán tu cortejo fúnebre el día de tu inhumación y derramarán sobre ellas la fina arena del Valle de Occidente. Tu momia será de oro y el cielo de tu cofre funerario estará encima de ti cuando viajes en el carro de los muertos tirado por bueyes. Se ejecutarán las danzas sagradas ante la puerta de tu tumba y los sacerdotes dirán palabras que regocijarán tu corazón.»

EL UNIVERSO DE LAS NECRÓPOLIS TEBANAS

Los egipcios han inventado bajo sus pies un universo verdaderamente extraño, poblado de divinidades cuyo aspecto es aún más inquietante que pueda serlo su presencia o su poder, y de genios meláficos que simbolizan el mal bajo sus eternas formas. Basta haber visto una sola vez los largos corredores de las necrópolis tebanas para experimentar un auténtico malestar en el umbral de esas tinieblas de la «Duat» que uno imagina detrás de cada puerta de las tumbas. Pese a todas las promesas y a todos los artificios ¿acaso el alma de los muertos no se encuentra desesperadamente sola en un universo que parece sin piedad y sin calor? ¿Se conservaría tal recuerdo de esos lugares y sufriríamos verdaderamente si no se experimentase la sensación de desaparecer en algo indefinible, de sentir huir el tiempo y el espacio en torno a sí, de estar a cien millones de años de la tierra donde se hallan los vivos? Yo he recorrido esos pasadizos y esas salas de los palacios funerarios del Valle de los Reyes y, subiendo de las profundidades de la noche llena de dioses y de signos, al volverme a encontrar, como un borracho, con la insoportable claridad del cielo de Egipto, no he podido escapar al sortilegio de las sombras cuyo reposo había osado turbar. No podía olvidar lo que había descubierto en ese mundo de los muertos de los antiguos egipcios, esas extrañas visiones de dioses acusadores; esas momias de faraones cubiertas de talismanes; esos

enemigos de Osiris decapitados errando en un mundo del revés; esas formas de aspecto incierto modificándose en las tinieblas. En las necrópolis de Biban el Moluk, he comprendido, al dejar el mundo de la luz viviente, lo que podía ser el horrible silencio de las necrópolis tebanas, después de tantos millares de años de olvido o de indiferencia. He sentido el horror enervante, en el curso de este descenso hacia las Doce Regiones del mundo inferior, hacia los paraísos de la muerte explicados por los setecientos textos de las pirámides. Porque hay algo de insólito y de insoportable en la población y la inmovilidad de las noches eternas... No, yo no olvidaré jamás que un día he abierto una puerta detrás de la que he visto agitarse los monstruos enemigos de la luz, y después otras puertas tras las que vi a los Justificados de las nuevas resurrecciones; los faraones recibiendo millones de años de jubileos acordados por los dioses hieracocéfalos; escarabajos haciendo rodar enormes soles entre sus finas patas... He contemplado las «Salas de Oro», la más bella de las cuales, así como la más vasta, es la de Seti I, con su techo estrellado, sus tablas astronómicas, sus altos frescos murales relatando como las imágenes de un libro de geografía lo que son las regiones de ultratumba y el esplendor de los campos de Ialu, que serán cultivados por los elegidos hasta el instante en que el espíritu y la materia desaparezcan en el frío del espacio... He visto las setenta y cinco formas de Ra, sin poder comprender su significación; he visto la «Duat», río sagrado sobre cuyas aguas navega cada

noche la barca del sol jalada, por los muertos que le aclaman, con la ayuda de una cuerda que es una larga serpiente... Me acuerdo de los muertos ordinarios resucitados y no sabiendo qué hacer de su eternidad; de las almas-pájaro buscadoras de fórmulas mágicas y nutridas por los sacerdotes de otro mundo con pequeños panes rituales y cervezas muy dulces; de los Osiris momiformes; de las constelaciones pintadas en el círculo más secreto de los infiernos; de los condenados sin su doble, sin el *ka* que recibieron en el vientre de su madre; de las diosas colocadas en las cuatro esquinas de los sarcófagos, rodeando con sus alas, como para protegerla, la momia extendida en el fondo de su tumba... Escuchad bien esto: he visto entrar por la boca de la Víbora del Valle muertos, fajados como Ptah, que salían por su cola en forma de escarabajo. A lo largo de los corredores iluminados que conducen hacia los *Het nub,* las «Salas de Oro», yo apenas osaba reconocer las extravagantes caras de las diosas; algunas de ellas tenían el vientre liso de los cocodrilos. Y después hasta he creído ver los platillos de la terrible Balanza de los ritos de la psicostasia oscilando en aquellas salas de espanto, como si mi aliento y mi mirada fuesen impuros, como si el color de mi carne, que no era en absoluto verdosa como la de Isis al conducir a la reina Nefertiti a la tumba, perteneciese a la carne de un demonio de arriba... He visto los corazones de los difuntos desafortunados caer en las fauces abiertas del Gran Devorador, siempre atento a los decretos de los dioses justicieros. Mi razón vacila... Yo



Dioses, armados de cuchillos, guardianes de las Puertas de la Duat. (*Papiro Anhäi* del British Museum. LETANÍA CXLVI.)

percibía por todas partes a mi alrededor a Anubis con las orejas de chacal hediondo, a Mentu taurocéfalo, a Thot con la cabeza de ibis acerada como un dardo; veía caer una lluvia de cruces anilladas y poco a poco me extraviaba en la locura de los Jueces y de los Muertos. Miraba cómo huían de todos los lados esas alucinantes perspectivas de la «Duat», y me preguntaba si estaba vivo, yo que había venido de otra era para penetrar los secretos de un pasado tan lejano y buscar lo que pudiese haber de real en esta misteriosa pobla-

ción de las necrópolis tebanas. No podía apartarme del alucinante espectáculo de aquella escena del juicio con el acto de pesar las almas, pintada en todos los muros: porque por todas partes, yo veía pulular jueces y muertos y oía elevarse como un inmenso clamor los últimos gritos de los muertos, las últimas justificaciones, y el desesperado canto de las «Confesiones negativas».

III

«Tal vez fue a la vista de la muerte cuando el hombre tuvo por primera vez la idea de lo sobrenatural y cuando comenzó a esperar algo más allá de lo que veía. La muerte fue el primer misterio. Puso al hombre en el camino de otros misterios. Elevó su pensamiento de lo visible a lo invisible, de lo pasajero a lo eterno, de lo humano a lo divino»

(FUSTEL DE COULANGES, *La ciudad antigua*)

El *Libro de los Muertos* es la obra de los dioses y es «probablemente la más antigua producción del espíritu humano», ha escrito Amélineau. Hace poco más de un siglo solamente que se han descubierto en el Valle del Nilo papiros procedentes de Menfis, de Tebas, y de Heliópolis, de los cuales los más importantes son

los de las XVIII, XXI, XXVI y XXXI dinastías. Conviene señalar los nombres de los eminentes sabios que fueron los primeros en descifrar estos textos iniciáticos: W. Pleyte, W. Budge, L. Speleers, A. Erman, J. Vandier, A. Moret, Nina G. Davies, Jéquier, Samuel A. B. Mercer, E. Naville, H. Grapow, P. Le Page Renouf. Los griegos que fueron iniciados en los santuarios del antiguo Egipto no nos han revelado nada de lo que aprendieron en el mayor secreto. En un excelente trabajo recientemente aparecido en Atenas, *El Libro de los Muertos del Antiguo Egipto es un Libro de Iniciación*, S. Mayassis enumera los griegos que recibieron la iniciación en los más célebres templos del Valle del Nilo: Orfeo conocía los misterios de Osiris. Recibió el «Manto de luz» en la Divina Menfis, y «las fórmulas del *Libro de los Muertos* —escribe P. Foucart— proporcionaron a los órficos la materia de sus más importantes misterios» *(Recherches sur la nature et l'origine des Mystères d'Eleusis)*. Homero sabía leer los jeroglíficos. «En el Papiro de Oxirincos —escribe S. Mayassis— se conserva una seudoplegaria de Ulises, pronunciada en el umbral de los Infiernos para invocar las sombras de Anubis, de Isis, de Osiris, de Ptah y de otras divinidades egipcias.» Ciertos autores de la antigüedad pretenden que el poeta de la *Ilíada* vivió en Egipto, y otros que nació en Tebas, la ciudad de las Cien Puertas. Asimismo, podemos citar a Tales, que «midió las Pirámides calculando la relación entre su sombra y la de nuestro cuerpo»; Solón, que residió en Saïs; Pitágoras, a quien el faraón Amasis recomendó a los

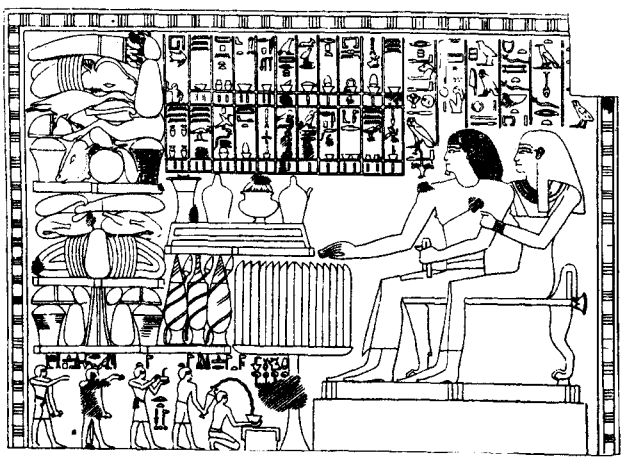
sacerdotes de Menfis. «Pitágoras, leemos en Laërce, ha penetrado en el sanctasanctórum de los templos, en el aditon, y fue iniciado por los sacerdotes; conoció cosas inefables concernientes a los dioses y a la inmortalidad del alma; bajo el sello del secreto, supo lo que había sido la creación del mundo.» Y, por su parte, Jámblico escribe en su *Vida de Pitágoras* (Traducción de S. Mayassis): «Pitágoras, en Egipto, frecuentó los templos con un gran fervor, admirado y amado por los sacerdotes con los que tenía relaciones, instruyéndose en cada materia con aplicación, sin olvidar ninguna enseñanza oral... De manera que visitó a todos los sacerdotes, aprovechando y embebiéndose de la sabiduría que poseía cada uno de ellos. Permaneció veinte años en los aditones de Egipto, iniciándose en todas las ceremonias sagradas de los dioses, hasta el día en que fue hecho prisionero por el ejército de Cambises». Entre tantos otros filósofos griegos que moraron en el doble reino de los faraones, y que asimismo fueron admitidos a participar en ceremonias a las que solo los iniciados podían asistir, citamos también a Demócrito de Abdera, a Platón, que vivió trece años entre los sacerdotes egipcios; a Eudoxio de Cnido; a Hermes Trismegisto, que tradujo en su lengua natal la literatura hermética egipcia. Citemos finalmente a Plutarco, gran sacerdote de Apolo, iniciado —escribe E. Guimet— en los misterios de Dionisos y en los de Osiris; a Plotino, que sabía traducir los jeroglíficos y conocía su sentido oculto, a Jámblico, que —anota E. de Rougé— «nos enseña que el sacerdote egipcio,

en su plegaria, se tocaba de la divinidad y revestía el carácter de un dios; instruido por la iniciación, se servía de las palabras sagradas que contenían los misterios de los atributos divinos. De ahí la constante apelación de *Osiris un semejante...». (Ritual funerario.)*

EL LIBRO DE LOS MUERTOS ES UN LIBRO DE ORACIONES

Para ayudar al alma del muerto, o a su «doble», en su viaje a lo desconocido, el oficiante deposita un papiro iniciático al lado de la momia, antes de que sea sellada la última puerta de su tumba. Este papiro se llama *El Libro de los Muertos,* como también estaban: *Libro de las Letanías del Sol,* o *Libro de la Morada oculta,* o *Libro de las Puertas,* o *Libro de las Respiraciones,* o *Libro de Aquello que está en la Duat.* Sobre este papiro están copiadas las plegarias que deben recitarse al principio de la noche, cuando Ra queda vencedor de sus innumerables enemigos del mundo inferior, así como fórmulas mágicas y redentoras. El primer «Libro de los Muertos» que conocemos es el texto grabado en las pirámides, que comprende como mínimo 759 fórmulas, que fueron codificados mucho más tarde en 165, en el siglo VII a. de C., bajo el reinado de los Psammético. El mejor ejemplar de esta recensión es un papiro de 20 metros de largo, actualmente conservado en el Museo Egiptológico de Turín, publicado por vez primer por Lepsius, que explora, con Bunsen,

Egipto y Nubia en 1842, y redacta numerosas obras siempre llenas de autoridad. Lepsius tradujo también un gran número de «textos de sarcófagos» que adornaban las paredes interiores de los féretros. «Estos escritos —evoca Jean Capart, de la Fundación Egiptológica Reina Elizabeth de Bruselas— no han sido compuestos de una vez. Son la obra de teólogos que han tratado de combinar doctrinas provenientes de diversas partes de Egipto y de diversas escuelas sacerdotales, y corresponden, verosímilmente, a alumbramientos muy distantes uno de otro del pensamiento religioso de los primitivos egipcios.» Citemos asimismo los trabajos de G. Maspero, que sucedió a Mariette en



La comida diaria en la tumba. (Tumba de Puyemré, en Tebas.)

calidad de director de Excavaciones y Antigüedades de Egipto, y a quien debemos la apertura de la pirámide de Unas, en Saqqarah, pirámide cuyas cámaras secretas han dado los más antiguos textos religiosos egipcios conocidos, y el rimbombante hallazgo de un escondrijo de momias reales en el templo funerario de la reina Hatshepsut, en Deir el Bahari, al otro lado del Nilo, frente a la Tebas de los vivos.

LAS LETANÍAS Y LAS RÚBRICAS

El *Libro de los Muertos* comprende cerca de doscientos sortilegios o «Capítulos», para emplear la palabra de los egiptólogos —algunos muy largos y antiguos y otros que caben en unas pocas líneas—, cuyo conocimiento permitirá al difunto orientarse en el mundo inferior que deberá recorrer en el curso de su atrevido viaje por las Doce Regiones de la Duat, reconocer a los dioses que le serán favorables y a los guardianes de los pilonos y de las ciudades, saber despertar su benevolencia mediante plegarias, algunas de las cuales son sumamente bellas, como por ejemplo la *Plegaria a Osiris* (sortilegio CXVIII), y sobre todo no dejarse maltratar de ningún modo por los espíritus maléficos, que son numerosos, voraces y socarrones, ni dejarse sorprender por los demonios-serpientes que os devoran el nombre, la memoria o las entrañas y viven continuamente a la sombra de las divinidades del universo de los muertos. La lectura de las letanías

del *Libro de los Muertos* era hecha por los sacerdotes-lectores en estado de pureza ritual; vueltos hacia la momia del difunto durante toda la duración de las ceremonias funerarias, recitaban los textos sagrados. «Esta lectura —escribe S. Mayassis en *Mystere e Initiation*— constituía un simulacro de iniciación prematura en el momento supremo en que el alma no iniciada dejaba la tierra.» Ciertas letanías aparecen seguidas de «Rúbricas», es decir, de cortas reseñas precisando cómo había que recitar tal o cual plegaria, utilizando objetos mágicos dotados de poderes que nos resultan extraordinarios y cuyo auténtico sentido sin duda jamás nos será revelado.

Las primeras letanías del *Libro de los Muertos,* del I al XIV, preparan a los difuntos para las ceremonias funerarias durante las cuales las «momias iluminadas» penetrarán en el otro mundo.

Declaración para salir al día y vivir después de la muerte

¡Oh, tú Único que brillas en la Luna! ¡Oh, tú Único que resplandeces en el Sol! Haz que (el difunto) salga de entre aquellas multitudes tuyas que están afuera. Haz que aquellos que están en el brillo del Sol le liberen. Haz que el Más Allá se abra para él cuando (el difunto) salga hacia el día para hacer lo que él desea (hacer) sobre la tierra entre los vivos.

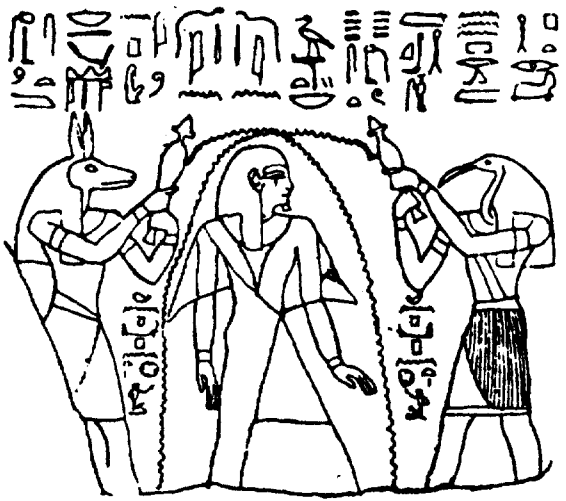
Los difuntos se inquietan por su porvenir, así como por los trabajos y los gozos que les esperan, y tienen

buen cuidado de hacer depositar cerca de ellos, por sus parientes o por sus amigos, las figurillas mágicas untadas con aceite de cedro que trabajaban en su nombre y en su lugar en los Campos de los Bienaventurados donde es preciso sembrar el grano y cosechar la cebada y el mijo para vivir, como se hace en el Valle del Nilo, ¿Resultaría inconveniente subrayar que los alimentos tienen su importancia en el más allá? Recordemos que Howard Carta descubrió en un almacén del palacio funerario de Tutankhamen, junto a la famosa Sala de los Sarcófagos de Oro, treinta y seis grandes jarras de vino de las propiedades de Amón de Tebas, trescientos cincuenta litros de aceite, de ungüentos y de perfumes en cuarenta vasos de alabastro translúcido, y ciento dieciséis canastas de frutos diversos, todo lo cual le dejó maravillado. ¡Y, probablemente, debía haber allí enormes cantidades de panes blancos, de panes *psen,* de panes *shens,* de panes *Khenfu* y de panes *hbennu,* con objeto de aplacar el hambre faraónico! Hay que reconocer, con el debido asombro, que los muertos se preocupaban mucho, cuando aún estaban vivos, de no dejarse poner a régimen de ningún modo en el momento en que estuviesen, para toda la eternidad, y real y continuamente, «muertos y renacientes en Osiris». Y, para probar lo bien fundado de esta vulgar preocupación, bastaría con señalar que los difuntos se regocijaban al escuchar repetir, veces y veces, al recitador vestido con piel de pantera, que serían «luminosos y saciados», «saciados por las ofrendas sepulcrales de Osiris», «saciados de

pan, de cerveza y de aves asadas en la barca de Ra», que podrían «tomar sus alimentos y calmar su sed en presencia de Osiris, todos los días, realmente, continuamente, eternamente»; se regocijaban al escuchar al sacerdote-lector salmodiarles que detrás de las cuatro aberturas del cielo, en las Regiones de la Felicidad, del Nilo Celeste y de los Espíritus luminosos, «es bueno, con un poco de carne de ave, sentirse fortalecido entre los dioses que han creado los mundos, y entre los faraones que reinaron cien mil años en Egipto». ¿No es ciertamente respetable este cuidado de vivir bien cuando se trata de vivir toda una eternidad? Sabiendo perfectamente que se llegará a ser un espíritu luminoso, hay que comprender que hasta el menos goloso o el menos voraz de los difuntos se sintiese igualmente a sus anchas cuando el sacerdote evocaba los millones de años de su existencia futura y abundancia de alimentos sólidos y líquidos que se encuentran entre los Bienaventurados... En fin, estas eran las creencias de los antiguos egipcios.

Después de haber reconocido los cuidados alimenticios y los del viaje por las regiones del Amenti, los difuntos se preocupan de la forma en que deberán ingeniárselas «para expulsar las inmundicias de su corazón», lo que lograrán gracias a los encantamientos apropiados. Glorificarán a Ra (letanía XV). La letanía XVI del *Libro de los Muertos* evoca —según J. Capart— la creación del mundo. A continuación, en las letanías XXI a XXX, se exponen los medios y fórmulas que permitirán al difunto adquirir una nueva

memoria, que no será jamás «ni corrompida ni hedionda», encontrar los «poderes de su boca en la Divina Región Inferior», y escapar a los sortilegios de los dioses de Heliópolis que disputan entre sí por «arrancarle el corazón del fondo de sus entrañas».



Anubis, *a la izquierda,* y Thot, el escriba de los dioses, *a la derecha,* purifican con agua, en medio de las abluciones divinas, al faraón difunto en la Sala de Adoración de la Tumba, a la que los egipcios llamaban *Pa-duaït.* Esta Sala de Adoración se encontraba, asimismo, en los templos. Allí era purificado el faraón reinante en calidad de «Hijo de los Dioses» por un sacerdote *kher-heb,* cuyo carácter era sagrado hasta tal punto, que había ciertos misterios que solo él conocía.
(Según A. MONTET, *Ritual del Culto cotidiano.*)

Declaración para hacer que el difunto sea recordado en el reino de la muerte

Me ha sido entregado un nombre en la Gran Casa. Mi nombre ha sido recordado en la Casa del Fuego, en aquella noche del recuento de los días y de los meses. Soy este constructor, y estoy sentado en el lado oriental del cielo. ¡Declararé a los que van a ser (mis descendientes) el nombre de cualquier dios que no venga tras de mí!

Recordará la letanía XXVI que hay que recitar ante las Puertas del Cielo «para que Anubis afirme sus piernas» (traducción de G. Kolpaktchy). La letanía XXX evoca lo que será un primer juicio, que hallará su total desarrollo en la CXXV. En cierto modo, esto viene a ser una repetición de la gran escena de la psicostasia. Las letanías XXXI a XLI serán recitados por el sacerdote para que el difunto sepa luchar contra los ocho demonios de cabeza de cocodrilo que se alimentan de deyecciones y escupen fuegos devastadores. Es absolutamente necesario que el difunto pueda conservar los hechizos mágicos de que ha sido provisto, y debe gritar sus plegarias para espantar a los espíritus maléficos que le acechan. Debe saber resistirse y prometer vengarse. Las letanías XLII al XLVII tienen por objeto la «divinización de los miembros del difunto: *Mi columna vertebral —dice este— será la de Seth; mi falo, el falo de Osiris* (traducción de Kol-paktchy). Es importante que el difunto conozca bien las letanías que le explicarán que su cadáver no habrá de pudrirse ni será des-

plazado como lo fue el cuerpo de Osiris, sino que se convertirá en *un cuerpo espiritual capaz de elevarse hacia la luz.* Las letanías XLVIII y XLIX repiten las letanías X y XI. Las letanías L a LXIII son los sortilegios gracias a los cuales el alma vuelve a encontrar «el soplo de la vida».

Declaración para dar aliento en el reino de la muerte

> Soy el chacal de los chacales. Soy Shu, el que atrae el aliento en presencia del Sol (llevándolo) hasta los límites del cielo, hasta los límites de la tierra, hasta los límites de la (última) pluma del pájaro *nebeh.* ¡Qué el aliento sea dado a aquellos jóvenes que abren mi boca para que pueda ver con mis ojos!

Y ve abrirse ante ella las puertas de la tierra y del cielo, y también las aguas de los Nilos celestes que son la morada de Osiris: *Haz que yo esté en posesión del agua,* dice. Las letanías LXIV a LXXV cuentan cómo el alma «se elevará hacia el sol».

Declaración para tener los pies ligeros cuando se abandona la tierra

> Puedes hacer lo que desees hacer, ¡Oh, Sokar que está en tu mansión; (Oh, Sokar) que posees un pie en el mundo de la muerte! Yo brillo en el cielo, ascendo hasta el cielo; aunque soy inerte, subo por entre los rayos del sol; aunque soy inerte, camino entre los bancales... en el reino de la muerte.

Cómo se rejuvenecerá en el seno de Isis, cómo renacerá en el espacio celeste «que es su madre» (S. Mayassis, *op. cit.),* y cómo será admitida a residir con los dioses en Heliópolis que está en el cielo. A continuación, letanías LXXVI a. de C, se recomienda al difunto que escoja las «fórmulas de transformación» que le permitirán metamorfosearse. Podrá ser el Halcón de Horus o el Espíritu luminoso de las Regiones frías. Será calor o luz y será vibración en la eterna vibración cósmica. Las «fórmulas de transformación» serán salmodiadas por el recitador para que el alma del difunto sea capaz de adquirir una nueva sabiduría; para que sepa presentarse ante del Tribunal que la justificará entre los Bienaventurados o la arrojará en el universo de los réprobos; para que pueda ocupar un sitio en la barca solar de Ra, porque, según nos dice Jámblico en sus *Misterios de los egipcios:* «Aquel que ocupa un sitio y navega en una barca solar representa un aspecto de las fuerzas que gobiernan el mundo»; para que sepa pasar a través de la serpiente que simboliza «el Doble de la Vida de los dioses» (G. Maspéro), y que doce mujeres remolcan en el mundo inferior:

> El alma penetrará en el cuerpo de la serpiente por la cola, que apunta hacia el lado de las tinieblas, y saldrá por su boca, que está siempre del lado de la luz.

De este modo, después de haber «atravesado» la serpiente, símbolo de la eternidad y de la reencarnación, podrá adquirir nuevos poderes mágicos. Cuando

En la Sala del Sarcófago de Ramsés VI, Osiris, «Toro del Occidente», da origen a su hijo Horus en el interior de una Pelotilla de Escarabajo, que es a la vez símbolo y matriz de la Resurrección. Isis y Nephtys sostienen la Pelotilla de Escarabajo. Así renacerá el alma de cada muerto, fecundada espiritualmente gracias al misterio de su naturaleza isiaca, con el fin de que pueda vivir eternamente en el cielo, donde llegará a ser el alma-Horus y brillará con su propia luz sotiaca, que es la «Luz de la Vía Láctea». (Cf. MAYASSIS, *op. cit.*, y PIANKOFF, *Ramses VI.*)

el difunto penetre en el otro mundo, verá por todas partes las huellas de los «cataclismos de otro tiempo». A menudo se trata, en el *Libro de los Muertos*, de las «guerras en el cielo», que precedieron «al hundimiento de los mundos». ¿Acaso la persistencia de esta tradición no confirma de algún modo que hubo «al borde de los tiempos» espantosas convulsiones terrestres? Las revelaciones del *Libro de los Muertos* corresponden a las del relato del diluvio babilónico, a las de la epopeya de Gilgamés, y a lo que aparece escrito en la Biblia a propósito de Sodoma y Gomorra. ¿Quiénes fueron aquellos Titanes destructores del universo?

¿Seres venidos de otro planeta o tal vez hombres de este que ya conocían la existencia y el empleo de la bomba atómica?

Los Sortilegios de las letanías CI a CXXIV serán dichos para facilitar al difunto el conocimiento de los Libros secretos de Thot, escriba de los dioses, y el de los misterios del Occidente; para que pueda atravesar los «Siete Peldaños de la Luz» antes de encontrarse ante la Puerta de Rosetau, que es el reino de Osiris.

Declaración para llegar a Rosetau

> Soy uno que nació en Rosetau y que ha obtenido beneficios de aquellos que están entre los difuntos nobles, con las cosas puras de Osiris. Recibo oraciones en Rosetau cuando conduje a Osiris hacia los montículos de Osiris. Soy único al haberles conducido hasta los montículos de Osiris.

Las letanías CXXV es el famoso capítulo del juicio y del acto de pesar el alma, así como el de su confesión purificadora, de su resurrección oficial y de su ascensión. Hasta entonces el alma del difunto, su *ka*, o su doble, se había limitado a entrever los Campos Elíseos. Nunca había podido penetrar allí. En adelante, y después de su justificación ante el Tribunal de los dioses, podrá ser integrada en el universo celeste, el de los Bienaventurados, y ser llamada por su nombre de eternidad, el único auténticamente suyo, y su naturaleza será igual a la naturaleza de los dioses. Pero, para la inteligencia de nuestro texto, más adelante hablaremos

más ampliamente de esta letanía CXXV. Las letanías CXXVI a CXXXIX recuerdan las fórmulas que deben decirse en el momento de la purificación del alma, cuando se convierte en Osiris, cuando alcanza la perfección definitiva, aquella que será eterna en el tiempo y en el espacio cuando se fusione con la luz en la luz creadora, cuando «se regocije en el seno de su propia luz» y sea encorruptible, y cuando por ella el difunto «resplandezca en el cielo en la Morada de Osiris».

Declaración para entrar en Abydos y estar en la comitiva de Osiris

> ¡Oh, dioses que moráis en Abydos, todos los miembros de la asamblea al completo, venid jubilosos a mi encuentro y ved a mi padre Osiris al que yo he reconocido y de quien provengo. Soy este Horus, Señor de la Tierra Negra y de la Tierra Roja. He tomado posesión enteramente de Él, quien no puede ser conquistado, cuyo ojo es victorioso entre los enemigos, quien protege a su padre, que ha sido salvado de la inundación, y también a su madre. Soy el que golpea a los enemigos, el que rechaza al raptor, que ahoga la fuerza del Tenebroso. Soy soberano de multitudes, señor de las Dos Tierras, quien ha tomado posesión fácilmente de la casa de su padre. He sido juzgado y reconocido justo, tuve poder sobre mis enemigos y me sobrepuse de aquellos que querían dañarme. Mi fuerza es mi protección. Soy el hijo de Osiris, mi padre está en su propio lugar.

Finalmente, para dar conclusión a este breve informe del *Libro de los Muertos* —del que una o varias letanías eran depositadas en el sarcófago de la momia al mismo tiempo que los amuletos—, citaremos íntegra la letanía CXC, que es el último, según una traducción de G. Kolpaktchy: «Este libro trata del perfeccionamiento del Espíritu divinizado en el seno de Ra y lo magnifica cerca de Osiris, lo hace poderoso cerca del Señor del Amenti y digno de veneración cerca de las Jerarquías de los dioses... Este Libro revela los secretos de las Moradas misteriosas de la Duat; sirve como guía de iniciación a los misterios del mundo inferior... Al recitar este Libro, no te dejes ver por ningún ser humano, salvo por aquellos que te son queridos y por el sacerdote Kher-Heb... Enciérrate en una pieza tapizada de tejidos estrellados. Entonces el Alma de todo aquel difunto por quien hayan sido recitados estos textos podrá circular entre los vivos, a plena luz del día; será poderosa cerca de los dioses... y los dioses, después de examinarla, reconocerán en el difunto a su igual... En verdad, este Libro es un misterio muy grande y muy profundo...». EN VERDAD, ESTE LIBRO ES UN MISTERIO MUY GRANDE Y MUY PROFUNDO... Entonces, ¿quién podrá saber jamás lo que era realmente el *Libro de los Muertos*? ¿Quién nos revelará finalmente la auténtica significación de tantos símbolos? Numerosos han sido aquellos que fueron iniciados en los templos del Egipto de los faraones, y no obstante ninguno repitió lo que había aprendido. Escuchemos a Pseudo Cipriano: «Llegado a la edad de veinte años, conocí en Menfis, con los egipcios, cosas impenetrables, sagradas» *(Confessio,* 1758).

Releamos a Jámblico, que escribía en los *Misterios de los Egipcios,* traducción de P. Quillard: «Aparta de tu espíritu la representación de los símbolos que podría venirte de la imaginación o de aquello que has oído decir, y no te aferres sino a la verdad intelectual.» Citemos también a Luciano, que señala, en la *Asamblea de los Dioses,* traducción de E. Chambry, que «la religión de los Egipcios está llena de enigmas, y de ningún modo debe uno burlarse de ella, cuando no se está iniciado. En efecto, es totalmente necesario conocer estos misterios para saber que los dioses son dioses y los cinocéfalos cinocéfalos». Sí, en verdad, el *Libro de los Muertos* constituye un misterio muy grande y muy profundo.

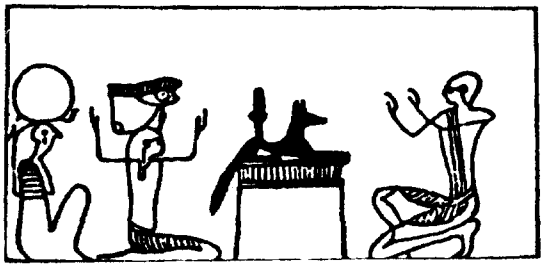
IV

Los muertos tienen un nombre de eternidad y deben conocer las palabras «que abren las puertas»

Gracias al *Libro de los Muertos,* repertorio de sentencias, los difuntos, o más exactamente su doble, su *ka,* que ya estaba en ellos en el momento de su nacimiento y que les abandona inmediatamente después de su muerte, tienen a su disposición fórmulas mágicas para chasquear las argucias de los espíritus maléficos. Gracias a este papiro jamás olvidarán su segundo nombre, *su nombre de eternidad,* su nombre mágico sin la posesión del cual nadie sobreviviría en el más allá y sin el cual ningún dios querría reconocerles entre los Justificados. Gracias al *Libro de los Muertos* les era fácil nombrar los cuatro cántaros de la diosa de los torbellinos de Elefantina, identificar el aliento de la Víbora del Valle y las treinta y siete formas que tomaba el sol todas las noches en el mundo inferior antes de resucitar bajo la apariencia de un escarabajo al filo del horizonte, mientras que en la inmensa Tebas se iluminan centenas de obeliscos con las agujas recubiertas de hojas de oro, y los grandes pilonos de los templos edificados para glorificar la resurrección cotidiana de Ra

que distribuye la vida sobre la tierra haciéndola eterna... Los muertos deben saber tan bien como los vivos honrar al sol de cabeza de carnero que abre las tinieblas y hace cantar al Nilo en la luz de cada día. Cuando la barca solar pasa ante ellos en el reino de Sokaris, los muertos se regocijan en compañía de los dioses elementales por la maravillosa aventura cosmogónica de Amón-Ra, en el umbral de cada crepúsculo continuamente recomenzado desde que el universo emergió del caos primordial. Por su presencia en las orillas del río subterráneo, juntos se asocian al acto misterioso que Amón-Ra celebra cada noche en la Región del Oeste... Sí, mediante la virtud y los poderes de las plegarias caligrafiadas por el artista, en adelante están bajo la protección de las palabras mágicas que impiden que los cuerpos se corrompan, y su «*ka*» podrá recitar ante los dioses justos las letanías de las confesiones negativas, pronunciar las palabras «que abren puertas», escapar de las divinidades solapadas armadas de cuchillos que aprietan sobre los vientres para hacer estallar sus vísceras repletas, o que, como tan a menudo hace Shesmu, «devoran el poder mágico de las palabras» y se introducen en la nariz de las momias como un fétido aliento... Sí, si conocen bien las sentencias del *Libro de los Muertos,* podrán no temer en absoluto a los dioses que osan desafiar a los *Grandes del cielo*. Y sobre todo, gracias a la letanía CXXV, comparecerán sin miedo ante los Señores de la Justicia y de la Verdad del divino Tribunal, ante los Siete Luminosos, los Siete Espíritus, ante Osiris, el

gran Juez, ante los cuatro hijos de Horus, ante los dioses protectores del Amenti, ante los jueces que ocupan un asiento detrás de Osiris, tal como Hétep-Sekhus que protege o que quema, «forma femenina de la llama solar, de la que Sebek es la forma masculina» (S. Mayassis, *op. cit.)*. Sabrán presentar su defensa, como debe hacerlo todo difunto desde el principio del mundo, en el curso de esta terrible prueba que les espera y que no es otra que la del Peso del Alma. Sabrán lavar su alma de toda mancha, después de haber besado la tierra ante Osiris, asistido por los cuatro hijos de Horus. Porque el alma está manchada desde su nacimiento, «ya que ha salido del vientre de una mujer», y porque ha experimentado en el curso de su breve existencia pasiones indignas de ella. En su *Ritual funerario,* Rougé insiste sobre el hecho de que el alma del muerto conocía su impureza. Sentía las faltas cometidas por la carne en que había estado encarnada. Pero gracias a los sacerdotes y a las fórmulas de la letanía CXXV no temerá comparecer ante los cuarenta y dos jueces nomarcas, ante los Gloriosos, ante los Luminosos, ante las santas Faces de las Tinieblas que quizá la justificarán y la vestirán de luz antes de que se abrace a Ra, y de que se funda con él en el esplendor del cielo...



El difunto, *a la derecha,* se halla en adoración ante las Tres Luces. La primera es la Luz Anubiana, simbolizada por el chacal Anubis, «Señor de los difuntos que ve en la noche», tendido sobre un sarcófago. Esta Luz Anubiana es la que el alma recibe, asimismo, después de la ceremonia de «la apertura de los ojos». Las otras dos figuras representan la Luz de los Rayos del Sol y la Luz de Ra, del que Anubis fue hijo en otro tiempo. (Viñeta del LETANÍA CXL del *Libro de los Muertos.*)

LA ESCENA DE LA PSICOSTASIA Y LA CONFESIÓN NEGATIVA

Porque, antes de ser dirigido hacia el infierno o hacia el paraíso, el corazón del difunto, es decir su conciencia, era depositado en la balanza de los dioses, donde se le pesaba y juzgaba. Un monstruo con boca de cocodrilo y vientre de hipopótamo, denominado por los textos como la «Bestia disforme», el «Devorador de almas», esperaba ávidamente junto a la balanza. Suavizaba su mirada del lado de Osiris, el dios de los muertos que pronunciaba la sentencia irrevocable. Cuarenta y dos dioses justicieros, agachados sobre sus talones, representando cada uno una provincia del doble reino del Loto y del Papiro que era el antiguo Egipto, y representando asimismo cada uno uno de los cuarenta y dos pecados regulares que cometen los hombres, interrogaban al muerto que debía justificarse ante el tribunal. Esta es la célebre escena de la psicostasia pintada en todos los papiros funerarios. El difunto debía pronunciar entonces lo que se llama la *Confesión negativa* ante Thot, simbolizado por el ibis y el babuino por razones que ningún egiptólogo ha podido descubrir, poseedor de los Libros Secretos, quien decretó que su propia vida debía durar millones de siglos (Letanía CLXXV), Thot que da caza al puerco, que es el símbolo de Seth, enemigo de Osiris en la tierra de los vivos igual que la serpiente Apofis es el enemigo de Ra en la tierra de los muertos. Sí, ante Thot y ante Anubis con cabeza de chacal, atentos a la balanza, el muerto debía justificarse de:

> No haber cometido pecado contra los hombres, de no haber hecho nunca nada que pudiese disgustar a los dioses, de haber respetado las jerarquías, de no haber matado ni ordenado matar, así como de no haber causado sufrimiento a nadie, ni haber dado pruebas de avaricia midiendo a escondidas la comida y el incienso que es conveniente depositar en los templos, ni haber hurtado los alimentos o las jarras de bebida de los muertos, ni haber fornicado en los lugares puros, ni reducido el codo para robar la tierra del vecino, ni falseado las medidas, ni entorpeci-

do los pesos de la balanza, ni robado los pájaros de los dioses o los peces de los lagos sagrados, ni causado daño a los rebaños del Amón tebano, ni contado mal los lingotes de plata que debían dedicarse al tesoro de los santuarios.

Ante los cuarenta y dos dioses armados de cuchillos, y ante Thot y ante Anubis, el difunto se golpeaba el pecho:

Puedo asegurar, decía, que he dedicado mi vida a realizar el bien, y sin mentiros, oh dioses eternos y bienamados, puedo pronunciar mi elogio, porque he sido el mejor entre los mejores. He alimentado a los escuálidos, dado agua a aquellos que tenían sed en medio de la jornada; he prestado mi barco de pesca a los que no tenían nada.

¡Qué buenos y justos son todos estos muertos que se dan golpes de pecho ante Osiris, ante Thot y ante Anubis! ¡A juzgar por lo que decían en el más allá, todos fueron el padre del huérfano, el sostén de la viuda y la providencia de los infortunados!

¡Por Heliópolis, no he pecado en absoluto! ¡Por el portador de las llamas de Kher-âua, no he robado en modo alguno! ¡Por la nariz de Hermópolis, jamás he engañado! ¡Por el Devorador de sombras, nunca he matado hombres! ¡Por la Doble leona del cielo, jamás se me ocurrió robar ganado! ¡Por el quebrantador de osamentas de Heracleópolis, nunca me dediqué al pillaje de la fortuna del templo! He dado sepultura a mis padres. No he reducido a servidumbre a la hija de ninguno de mis servidores. He alimentado a los buitres del cielo que son animales sagrados. Desde que nací, no he sido golpeado ni una sola vez ante un magistrado y en modo alguno he trazado signos que hubiesen podido aterrar el alma de un muerto, ni signos cuya imagen pudiese evocar cosas impuras.

Son extraordinariamente puros ante los dioses justicieros estos muertos que antes de penetrar en su tumba han tenido buen cuidado de hacer depositar la estela funeraria a la que solo tienen derecho los justos de este mundo, y en cuya faz los escribas han hecho grabar las siguientes palabras:

Que aquel que pase ante este lugar se acuerde del difunto Fulano.—Que aquel que lea esta estela, o se la haga leer si es analfabeto, recite la fórmula de ofrenda por el alma del difunto.

(Traducción de Jean Capart)

Ahora escuchad la continuación de la confesión negativa de los muertos que, si son justificados, verán abrirse ante ellos las puertas del Oeste, y podrán salir a la luz del día con una copia de la letanía XX atada al cuello para ir a refrescarse al borde del Nilo bajo los sicomoros y para alegrarse con lo que ha creado Nût, la diosa del cielo:

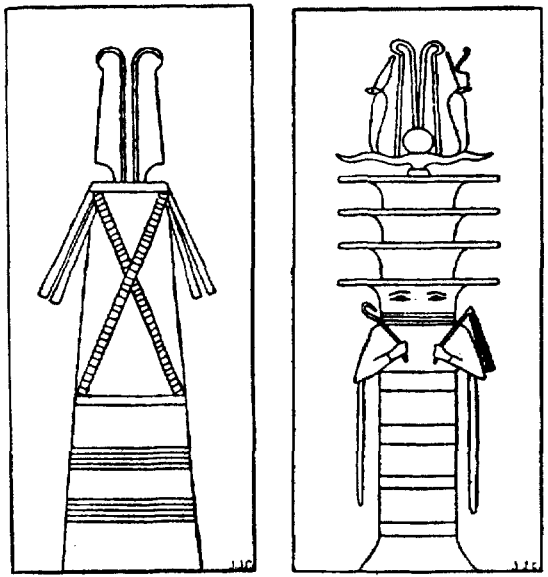
Sed alabados, oh dioses que reconocéis el olor de aquel que viene de la tierra de Egipto y que se mues-

tra ante vosotros después de haber sido embalsamado y sepultado, así como ungido con la pomada mágica que favorece el desdoblamiento, permitiendo al ser interior salir del ser aparente, después de haber sido purificado como lo fue el fénix de Heracleópolis, que es el alma de Ra. Alabados seáis, oh dioses de envoltura osiriaca que estáis tras las puertas del Amenti, vosotros que sabéis reconocer a aquellos cuyos miembros se pudren y se corrompen por haber masacrado a sus semejantes, o haber robado animales en el patio de los templos, o haber sido impuros en la soledad o haber contaminado las aguas del río. ¡Sed eternamente alabados, espíritus divinos, espíritus cinocéfalos! Antes de comparecer ante vosotros, yo, que estoy muerto y recién nacido, he visto que mi cuerpo ha sido lavado y envuelto en vendas y mis ojos embadurnados de antimonio. Vosotros sabéis que no he roto el huevo en formación, ni jurado por el macho cabrío de Mendes, ni pronunciado el nombre de Ptah-Tatenen en Abidos. ¡Salvadme! Cobijadme junto a vosotros, porque mi aliento es puro, mi corazón es puro, mis manos son puras, y aquellos que me ven dicen: «Sé bienvenido, oh tú que eres puro, y que tu alma esté en paz en el mundo inferior... Sé bienvenido, porque has lavado tu vísceras en el lago de Maat y puedes presentarte, oh tú que eres puro, ante Osiris, el toro del Amenti, ante Osiris Neberdjer, ante Osiris Djedi, cuya columna vertebral es el eje del universo.

EL PESO DEL CORAZÓN DEL DIFUNTO Y EL DE LA PLUMA DE MAAT

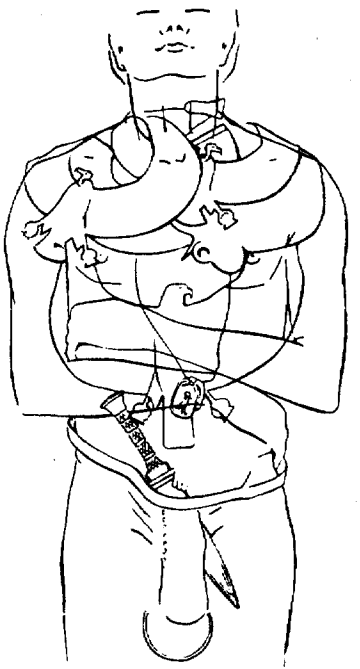
Después de haber escuchado la confesión negativa del difunto, Thot y Anubis —uno escriba de los dioses y el otro protector de los cementerios— consultan la balanza. Saben que el difunto ha depositado los panes rituales, la cerveza, los pies de un toro bermejo, las cuatro escudillas de sangre y las cuatro de leche de una vaca blanca sobre la mesa de las ofrendas; saben que el difundo ha hecho colocar en su cuerpo el amuleto *udjat* en la lapislázuli o en jaspe y el brazalete de flores *ankham,* que ha pedido que se le enciendan los doce fuegos sobre los altares, que ha querido que sea copiado sobre su féretro la letanía LXXII de *El Libro de los Muertos,* el cual explica cómo arreglárselas para no perderse de ninguna manera por los caminos del mundo inferior, que no ha olvidado depositar una estatuilla, representándole, en la proa de la barca solar decorada con imágenes pintadas de los Espíritus guardianes de las ciudades, y que ha ordenado untar esta barca de porcelana verde con aceite de cedro... Thot y Anubis consultan la balanza de los dioses... Y si Thot puede escribir en su tablilla que los dos platillos de la balanza se equilibran —en uno de ellos aparece el corazón del muerto, el corazón que es la sede de su voluntad lúcida y la de su conciencia moral, y en el otro la pluma de Maat, la pluma de la verdad—, entonces Thot, el de cabeza de ibis, se vuelve hacia Osiris, el dios de los muertos, y le dice:

Fulano ha sido pesado en la balanza. Su corazón es justo porque su peso no es mayor que el de una pluma.



A la izquierda, el *stat,* símbolo mágico cubierto de plumas y ceñido por tirillas. *A la derecha,* el Pilar *djed* de Osiris, representado con cabeza y brazos. Las cuatro vértebras, bajo los cuernos de Amón y los dos *ureus,* son el símbolo del «fluido vital», de la «serpiente de fuego», que se encuentra en la espina dorsal. Es este fluido, que constituye «el soplo de la vida», es el que el sacerdote transmite imponiendo sus manos sobre la nuca del difunto al que se quiere «reanimar y envolver en el calor de Isis».

Entonces el muerto se hacía *Maa Kheru,* justo de voz... Su corazón, «el corazón de su madre», el «corazón de su nacimiento», el corazón que había poseído cuando vivo, no había testimoniado en absoluto contra él, ni le había abrumado en modo alguno ante los dioses... Así pues, en adelante, y tanto como durase la eternidad, el muerto pesado, intacto y sin menoscabo, podía dirigirse allí donde quisiera: a la tierra de los vivos, a las doce regiones del mundo inferior, o bien a lo más profundo de las vías lácteas... Podía ir hacia Abidos, donde le sería dado contemplar el rostro de los dioses de Egipto... Y Maat podía hacer pasar para siempre su fluido mágico por la espina dorsal del difunto, así como abrazar las carnes de su espalda y de su pecho, es decir, impregnarlas con su aliento... El difunto había escuchado «las palabras mágicas de gran poder», a raíz de su confesión se había convertido en un «veraz de palabra», había llegado a ser Osiris e iba a ser luminoso como Osiris renaciendo en Ra. Se había presentado ante el Tribunal con su sombra, su inteligencia y su memoria, y había sabido evitar, sometiéndose a sus jueces, todas las trampas que los dioses maléficos saben tender a los muertos que descienden al mundo de abajo. Se había convertido en el Fénix estrellado después de *yacer en su sarcófago en medio de sus acciones.*



Emplazamiento ritual, sobre el tórax de la momia de Tutankhamen, de los cuatro collares de oro, del escarabajo del corazón en resina negra engastado en oro, sobre el que aparece grabado un texto evocando al pájaro *Bennu* (al lado del mango de la daga); del puñal funerario en oro, ritualmente colocado con el mango a la derecha del vientre, y la punta hacia abajo y vuelta hacia la izquierda, y, por último, del anillo de oro del vientre. Cuando Lord Carnarvon desenrolla las tirillas de lino de la momia real, cuenta «35 amuletos colocados entre las vendas dispuestas en 17 grupos que forman 13 capas superpuestas». (Jean CAPART, *Tutankhamen.*) Nuestro documento está publicado según un cliché del Griffith Institute, Ashmolean Museum, Oxford, reproducido por Jean Capart, *op. cit.*

SABER LO QUE SON «LAS COSAS DE SEKHEM»

Sí, en adelante, el *justificado* —puesto que aquel que ha sido aceptado por los dioses deja de ser muerto— podrá situarse entre los «inmortales» que están agrupados en el norte del cielo por miríadas de partículas, en lo que se conoce comúnmente como los campos de Ialu, o «Campos de Alimentos», o «Campos de Juncos», lugares que no son imaginarios ni mucho menos, y donde las comidas de toda especie se muestran en tal abundancia que podrán satisfacer a todos durante toda la eternidad. Descubrirá en la pupila de Udjat la imagen de un dios con el brazo levantado y la serpiente de dos colas cuya cabeza aparece adornada con el disco solar. Sabrá reconocer las cuatro clases de luces: la «luz de Seth», que no es en modo alguno la misma que la luz solar; la de las tinieblas; la del comienzo de la creación, y, finalmente, la luz de Anubis, que está «detrás del sarcófago». En los campos de Ialu, verá a «las almas apoderarse de sus piernas» para correr hacia las mansiones felices, y verá huir a los caídos privados del fluido vital. Se arrimará a los *Luminosos,* depositarios de unas partículas de las fuerzas que nacen del Sol y de los vientos portadores de fluidos del infinito, gracias a los cuales «los cielos se unen a los planetas» (Virey, *Religión egipcia*). Aprenderán todo aquello que los vivos inquietos tratan de saber antes de que las puertas invisibles se abran ante ellos. Sabrán lo que son las «cosas de Sekhem», es decir, la iluminación

del universo y lo que simboliza el espíritu después de las purificaciones misteriosas. En los Campos de Ialu, escucharán cloquear las almas de los faraones en forma de ocas, lejos de las regiones que carecen de forma, de peso y de tiempo, donde reinan «los Destructores de millones de años», entre las nieblas y en el inmenso horror de todo lo indefinido, glauco y resbaladizo. El *Justificado* conocerá esos paraísos con los que había soñado a menudo, desde que segó la mecha de la infancia, a la orilla de las aguas tan profundamente azules del Nilo, el «río-dios». Verá en el Egipto de los muertos fluir el otro Nilo, el Nilo celeste, y las praderas que se hallan en el espacio, tan verdes como los vergeles tebanos. Se regocijará, finalmente, tras la terrible prueba de la psicostasia, porque estará entre los justificados que pueden saborear el frescor de la sombra de los sicomoros en los jardines celestes. Él y los que nacieron después que él en el reino de la muerte, todos mamarán la leche de las diosas, y es por esto por lo que en los Textos de las Pirámides se les llama los «glorificados de la boca bien provista».

* * *

Después de haber leído su nombre en las tablillas de Thot, el *Justificado* contemplará «El Globo cósmico», «Ra en su Globo», el cual conserva la vibración original que ha dado origen a la de la luz y a la de la palabra; su alma se alegrará ante el Nilo celeste, es decir, ante la Vía Láctea que fluye eternamente del seno de Hathor-Nut, la Vaca divina. Ante los Khus del

Amenti, que son «los Luminosos rodeados de inteligencia», se acordará de la plegaria que el sacerdote recita delante de su momia: «Haz que yo sea un *khu* de nueve codos de alto en el Campo de las Ofrendas. Mírame: he nacido y emerjo bajo la forma de un *khu* viviente». Verá asimismo el falo de Ra, «que es su luz», y el de Osiris, terminando en una cabeza de león simbolizando el ardor penetrante de la luz solar; encontrará a los malditos, los «derrocados» que van errantes por la nada, sin cabeza, con el cuello agachado y privados de su fluido vital. Se encontrará ante «La Noche de las Cosas» en Sekhem, que es la ciudad celeste y también «la iluminación del mundo por el féretro de Osiris». Evitará a los reyes muertos que comen sus propias entrañas y a los dioses violentos que rompen las columnas vertebrales de los condenados convertidos en inmundicia, con el fin de chupar la fuerza mágica que aún queda en ellos y, de este modo, privarles para siempre de toda personalidad, de cualquier deseo de revisar a contrapelo su antigua existencia en la tierra. Expulsarán a los monstruos que se disgustan con los espíritus maléficos el cuidado de adaptar en la Región de Buto almas sin memoria a cuerpos decapitados desde hace largo tiempo... Después de haber sido lavado en leche de vaca, después de que su espalda ha sido purificada por un puñado de salitre, después de haber visto sus miembros ser ajustados de nuevo en su lugar, después de haber recuperado el movimiento de sus piernas y los poderes de su palabra, el Justificado tomará un largo bastón y podrá pasear-

se infatigablemente por los caminos de los Campos celestes, «manteniendo su muerte a distancia —escribe Kolpaktchy—, para que no se aproxime a él de ningún modo.» Llegará a ser el igual de Anubis que le puso de nuevo en pie cuando «estaba horizontal en su féretro». Y su alegría será total ante las cuatro Puertas del Cielo; ante las misteriosas iluminaciones de Ra; ante la Escalera de los Siete Peldaños, la Escalera de Schmun, que es «la expresión de las leyes de la mecánica celeste sobre las que se apoyaba la fuerza de Shu» (cf. de Rougé, *Rit*); ante las siete túnicas de Isis «en aire tejido»; ante el Nun, el esperma universal que contiene el esperma de toda creación; y será glorioso por siempre jamás, él que fue justificado ante el tribunal de los cuarenta y dos dioses, cuando vea resplandecer ante él el Amenti hormigueante de almas-luz, porque está escrito en los textos de las Pirámides como lo estará más tarde, mucho más tarde, en los libros sagrados de los cristianos ortodoxos:

> Gloria a los Justos, porque los Justos brillarán como luminarias en el Paraíso...

Cuán bella es esta plegaria encontrada en la sepultura de Amenemhet, traducida por Jean Capart, que está dirigida al propio muerto por sus allegados:

> Que tus estatuas permanezcan eternamente en tus santuarios... Que tu cuerpo sea firmemente instalado en tu tumba de la necrópolis... Que el Occidente se regocije con tus bellezas... Que puedas entrar y salir según tu deseo de la montaña del Oeste, y ver abrirse ante ti todas las grandes puertas del otro mundo... Que puedas adorar a Ra cuando se eleva en la montaña y exaltarle cuando reposa en el umbral del horizonte... Que puedas pasearte siempre por las orillas del estanque celeste rodeado de jardines eternos...

V

«Ver que, continuamente, todos los seres ya sidos vuelven a ser»

Gracias a setecientas fórmulas mágicas, los contemporáneos de los faraones conocían el secreto de acompañar al doble del muerto en su evolución póstuma, apenas acababa de dejar su momia envuelta en vendas de lino fino, su momia que ostentaba sobre el pecho el pectoral de oro simbolizando la resurrección osiriaca, el nudo isiaco en jaspe rojo, símbolo de la sangre de Isis que fluirá sin detenerse jamás por el cuerpo de la momia, y el escarabajo de piedra verde que simboliza el corazón del difunto. Ciertamente, un sinfín de felicidades eran prometidas a los difuntos que se habían justificado ante el tribunal de los dioses. Sin duda, el tiempo que se pasa en la tierra cuenta muy poco para los dioses, lo mismo que un grano de arena en el desierto, pero aun así es deseable, pese a las apoteosis futuras, permanecer aquí abajo el mayor tiempo posible y, como pretende una vieja canción egipcia de taberna,

> sentarse gozoso en torno a los cántaros de cerveza, entre los amigos, y no pensar jamás en que un día se

será glorificado en el fondo del cielo entre tantos dioses con cabeza de animal...

* * *

Los textos de los papiros funerarios que acompañan a las escenas de la psicostasia, escribe J. Capart, están «redactados en una misteriosa lengua cuyas complicaciones no han sido enteramente desenmarañadas». Indudablemente, numerosas escenas pintadas sobre los muros de las tumbas jamás podrían ser explicadas, como por ejemplo la del descenso del Sol a los infiernos —tumba de Ramsés IV, en Tebas—, donde se ve al sol de los muertos sumergirse en las profundidades

A la izquierda, Anubis, detrás del muerto, *lugar ritual de protección,* protege al muerto, que transporta sus propias entrañas en un cofre de madera. Al igual que la columna vertebral, las entrañas tienen un carácter eminentemente sagrado: poseen la «fuerza mágica», sin la cual el muerto no podría conservar su personalidad y su conciencia en el universo de la Duat. Y cada muerto debe velar particularmente para que de ningún modo le sean robadas sus propias entrañas por los espíritus maléficos que pululan en el más allá, siempre en busca de «fuerza mágica». *En medio* de la viñeta, y a la proa de la Barca Solar adorada por cinocéfalos, el difunto se prosterna ante Ra. A ambos lados de la barca, Isis y Nephtys llevan la cruz *ankh,* que simboliza los millones de años de existencia futura que esperan al difunto. (Según la última escena de la viñeta del *Papiro Cadet.*)

de los infiernos que el copista ha simbolizado mediante cavernas llenas de condenados. Por otra parte, ciertas letanías del *Libro de los Muertos* hacían alusión a temibles secretos que estaba prohibido revelar a ningún hombre, «porque aquellos que no han sido iniciados no pueden conocer de ningún modo las cosas ocultas, ni la *fórmula de la morada escondida*». Únicamente los dioses saben de dónde viene y adónde va el hombre, como nos dice la letanía XVII, que nos revela las palabras del demiurgo «explicando él mismo en un monólogo sublime, pero oscuro en exceso, cómo y por qué ha creado al hombre y el universo. Relata el poema de la Creación y define el destino de los hombres: este les conducirá de la tierra al cielo, si hacen triunfar el verbo creador combatiendo por aquello que es cierto y que está bien hasta el día del juicio» (A. Moret, *L'Egypte pharaonique.*) Cada una de las frases del relato del demiurgo está expuesta como un tema de canto llano, bajo forma recitativa. Se trata de una suerte de palabras misteriosas que solo los iniciados podían interpretar para descubrir su sentido literal. Los teólogos proporcionaron un comentario de esta famosa letanía XVII, «en forma de preguntas y respuestas, enlazadas a cada proposición principal. La interpretación del texto, siendo en sí misma oscura, necesita a veces una segunda e incluso una tercera explicación. Es con este docto aparato y con este triple comentario como la recensión saíta ha conservado la letanía XVII: contrapunto doble y triple, que borda sus floridos ornamentos, en compañía

del *cantus firmus* inicial». (A. Moret, *op. cit.*) He aquí resumido lo esencial de esta letanía XVII de *El Libro de los Muertos,* que junto con la letanía CXXV —el de la Confesión negativa— constituye uno de los principales himnos de adoración que debían pronunciarse cuando el difunto penetraba en el Amenti:

> Yo soy el dios de los espacios del cielo, y el del principio de los tiempos y de las formas, cuando el espacio era como un océano de líquido ilimitado. Nadie me ha procreado porque yo estaba ya antes de toda existencia. Por la intercesión de los poderes mágicos de todos los nombres con que me adorno, he creado las jerarquías celestes y la divina materia que se reproduce a sí misma... Yo soy Atum y ya existía cuando no habían ningún signo de vida en el océano cósmico. Yo soy aquel que constituyó el principio del universo, y soy aquel que representará su fin cuando sea extendido en el gran sarcófago. He hecho brotar de la nada la fuente de las existencias que han sido eclipsadas después de largo tiempo como se eclipsan las aguas del río, y llevo en mi cuerpo innumerables las existencias de mañana... Yo soy Atum y sé que los muertos son eternos en Osiris, porque Osiris es al mismo tiempo la eternidad y el infinito para aquellos que fueron justos y caritativos y expulsaron el mar de la tierra de Egipto. Después de la Gran Destrucción, después de que fuesen esparcidos los miembros de Osiris, y después de que se derrumbasen los mundos, he restablecido el equilibrio de los universos celestes, les he restituido su esplendor y he visto nacer a Ra, cuya luz es mi luz... Yo soy Atum, el Gato divino de Heliópolis. ¡Oh, muertos justificados que habéis combatido contra el espíritu del mal cuando estabáis vivos, yo alejaré de vosotros en el Amenti a los espíritus de largos cuchillos que masacran a los servidores de Osiris y hacen hervir infernales calderas! Alejaré de los muertos a los demonios devoradores de cadáveres y de podredumbres porque yo soy Atum, el de los espacios del cielo, Atum, el del origen y el fin del mundo.

* * *

Los muertos que se dirigen al mundo de los dioses extendidos sobre el lomo de la vaca divina Menourit, y que están protegidos por los símbolos «djed» y «thet» que aseguran la paz y la resurrección, todos los muertos depositados «sobre la dichosa tierra del sol poniente», del otro lado del Nilo que refleja en sus orillas tantas ciudades radiantes frente a tantas ciudades muertas, todos, de padre a hijo y hasta la última generación, contemplarán a OSIRIS momiforme, Señor del Amenti, encerrado hasta la punta del dedo del pie en vendas perfumadas... Cada uno de ellos le prestará un reflejo de vida cuando se presente ante él y llegará a ser eterno por medio de Osiris... Los muertos vendrán hacia él, porque solo él sabrá justificarlos, porque él es Osiris, que reina sobre un vasto universo donde todo vuelve a empezar por última vez. Mediante su presencia se unirán místicamente a él «como el cristiano que muere en Jesucristo, y se convertirán en *Fulano-Osiris.*» (Kolpaktchy.)

Osiris, Ojo del Sol, simboliza la continuidad, sin que pueda intervenir ruptura alguna, entre las dos existencias del hombre, una que es corta y relativa, la de aquí abajo, y otra que es la vida eterna, la única no ilusoria sino real. No hay ninguna interrupción entre el nacimiento y la inmortalidad, entre dos estados que a fin de cuentas no son sino el pretexto uno del otro. Porque los egipcios contemporáneos de treinta y cinco dinastías de faraones creían que el cuerpo creado con su *ka*, su doble inmortal, no podía pudrirse, que allí en la tumba no podía sufrir el aniquilamiento físico, sino que el cuerpo depositado en el umbral del más allá se metamorfoseaba según leyes de las que la naturaleza nos ofrece numerosos ejemplos. Pero nosotros no poseemos la clave de estos misterios; todavía hoy no podemos explicar lo que era esta misteriosa metamorfosis de los muertos que no comprendemos, ni por qué los muros de los templos de Amón podían hacerse transparentes para aquellos que conocían las palabras mágicas, las «palabras de poder» que poseían increíbles poderes. (La magia operatoria de los sacerdotes iniciados de hace cinco mil años no debe hacernos sonreír, y no es más discutible de lo que pueda serlo la de los físicos del siglo XX que han conseguido disociar la materia y crear la antimateria. Esta magia de los sacerdotes iniciados era el invisible rayo conductor de las almas en eso que nosotros llamamos la muerte, es decir, la vida póstuma.) En el reino de Osiris, y gracias a Osiris protector de los difuntos, cada justificado, habiendo sido reconocido como tal por Anubis y por

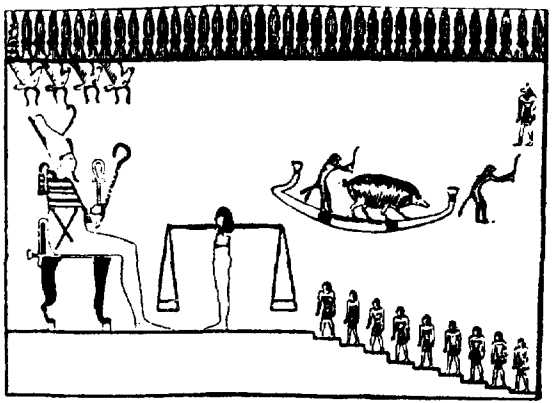
Thot después de las pruebas de la psicostasia, podía contemplar «cien millones de años». Al mismo tiempo abolía lo que es mensurable en el pasado y en el porvenir y, para él, tanto las formas como las alquimias y las filiaciones perdían su sentido en este universo tan extraño de la muerte. Sabía así mismo que podía llegar a ser el igual de los dioses, que vieron las catástrofes cósmicas evocadas tanto por la epopeya babilónica de Gilgamés como por la letanía XVII del *Libro de los Muertos*. ¡Qué visión prodigiosa y qué revelación!

* * *

¡Jamás se sabrá hasta dónde podían llegar las preocupaciones de un pueblo que estaba persuadido de que el artista que dibujaba al carbón un rostro sobre un muro creaba la vida —recordemos que Ramsés II sabía «alegrar el vientre de los copistas hábiles que conocían bien sus manos, y ungir su cabeza cada década»—, y que creía que cada palabra salida de su boca era igualmente una forma de vida! ¿Conseguiremos comprender jamás ese surrealismo de lo fantástico, ese fascinante poder de lo irreal, ese frío esplendor del reino de Osiris? Todos hemos de conocer el mundo de la muerte. ¿Será para nosotros tan grandioso y consistente como el que inventaron los egipcios hace más de seis mil años, y cuya estructura ha sido descubierta por aquellos audaces navegantes que fueron los iniciados de los templos de Amón?

Sí, en adelante, el muerto justificado se elevará en el cielo de la Duat, en cuyas profundidades centellean

Orión y pléyades de almas brillantes semejantes a constelaciones. Verá finalmente al Toro del cielo y tomará los mismos alimentos que los dioses, él que quizá en el Valle del Nilo fue un pobre necesitado que



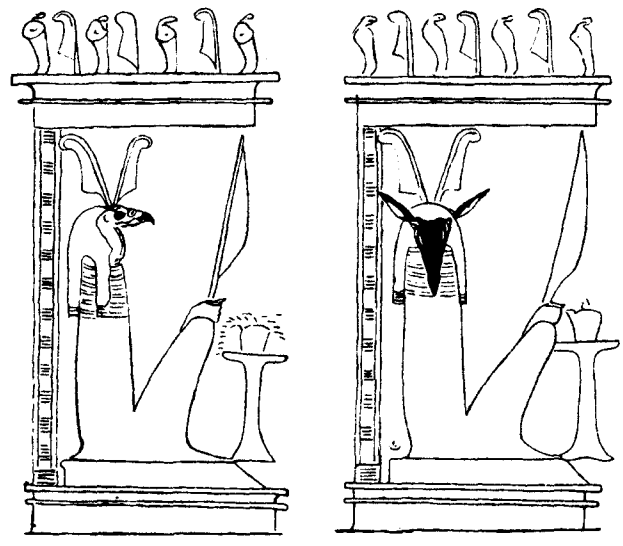
Las almas suben los nueve peldaños de la Escalera de la Ascensión. Van hacia Osiris, ante el que se confesarán antes de ser admitidas, en caso de ser justificadas, a presentarse ante la Puerta, de Ro-Setau, Región Superior de la Duat, donde llegarán a ser luminosas. —TEXTOS: «Yo voy hacia la Noche de mi Juicio». —En la barca, el «Puerto Destructor», el «Devorador de los Años por Millones», espera a las almas cuyo corazón, es decir, las acciones de su vida pasada en la tierra, no alcance el peso de la Pluma de la Verdad, que es la Pluma de Mâat, en la Balanza de los Siete Espíritus situada ante Osiris. Maldición a las almas caídas que ocuparán un lugar en la Barca del Devorador de Años, porque conocerán, acompañadas de los «Doce Verdugos de dedos crueles de la Cámara de Sheniu», esa Región Mancillada del Amenti donde todo se oscurece y se seca, esa Región de «la Noche del Fuego de Auaï». (Cf. W. BUDGE, *Osiris and the Egyptian Resurrection.)*

se alimentaba de cebollas crudas en los días de fiesta. Llegará a ser, él que tal vez fue tan oscuro, una refulgente partícula de la Estrella de la mañana, y todas las puertas del cielo se abrirán ante él, porque sabrá pronunciar las mágicas palabras que las harán girar sobre sus goznes... Se mezclará con los Indestructibles que vagan desde hace milenios. Y esta grandiosa visión de su porvenir, ¿cómo habría podido imaginarla en su casucha terrestre de muro de arcilla, él que fue tan humilde en vida, apenas un soplo rápidamente borrado de la superficie de la tierra gloriosa? ¡Ser Osiris! ¡SER OSIRIS! *¡SER OSIRIS!* Sí, él que por toda riqueza no tenía más que sus manos callosas, poseerá el esplendor de Osiris, y cuando se desprenda de él llegará a ser esa estrella que cientos de miles de generaciones contemplarán siglo tras siglo, sin que su brillo se empañe un solo día... En Osiris, participará de los ritmos universales, será el igual de los dioses, será lo infinito viviente como el cuerpo de los hombres... Y cada justificado, «nutrido cerca de Osiris», será, con él, la simiente y la pulsación eterna...

EL *LIBRO DE LOS MUERTOS* NOS APORTA LA REVELACIÓN DE LA LUCHA QUE OPONE AL BIEN Y AL MAL A TRAVÉS DE LOS DIOSES Y DE LOS HOMBRES

Seth, cuyo símbolo es la serpiente Apofis, es el principio del Mal. Ya existía antes de que naciese la luz, de

que se completasen y armonizasen los elementos constitutivos del universo, de que evolucionasen las formas de la creación, así como las almas y los dioses «nacidos en el lado oriental del cielo de las partes genitales de la diosa Nuit», arqueada entre el Oriente y el Occidente, los cuales toca con sus pies y sus manos. Seth es el enemigo de Osiris y es, asimismo su hermano, como Caín es el hermano de Abel. De este modo nos son revelados el Mal y el Bien, secretos o temibles en la luz y en las tinieblas. Adivinamos sus monstruosos juegos en el *Libro de los Muertos.* Porque el Bien y el Mal se desafían desde que Ra iluminó la tierra de Egipto por primera vez, y desde el primer día del reinado de los faraones fabulosos que reinaron cuarenta mil años cada uno sobre el Doble Reino del loto y del papiro. En esta tierra que conserva la memoria de los cataclismos, la del hundimiento de las civilizaciones, la de los diluvios de los orígenes y la de las luchas libertinas entre los dioses, el Bien y el Mal se persiguen a través de los hombres, y esto nos lo explica claramante el *Libro de los Muertos.* Y los textos sagrados nos revelan asimismo que, por la intercesión del compasivo Osiris, los muertos serán protegidos contra los demonios verdugos, desde sus primeros pasos por el Amenti. Gracias a Osiris, los muertos quedarán intactos, lo que significa que sus osamentas no serán esparcidas en modo alguno por el mundo inferior como lo fueron las del divino Osiris, cuyo cuerpo fue desgarrado por su hermano en catorce jirones dispersados por todo Egipto. Los difuntos no han de temer en ab-



Dioses, armados con cuchillos, guardianes de las Puertas de la Duat. (*Papiro Anhaï* del British Museum. LETANÍA CXLVI).

soluto el mal aliento o las imprecaciones de aquellos que están malditos porque Isis ha inventado para ellos «el remedio que proporciona la inmortalidad» *(Heródoto).*

LA APERTURA DE LA BOCA, DE LOS OJOS Y DE LAS OREJAS

Mediante la operación teúrgica de la *Apertura de la boca* con la azuela, «el instrumento de Anubis», varita

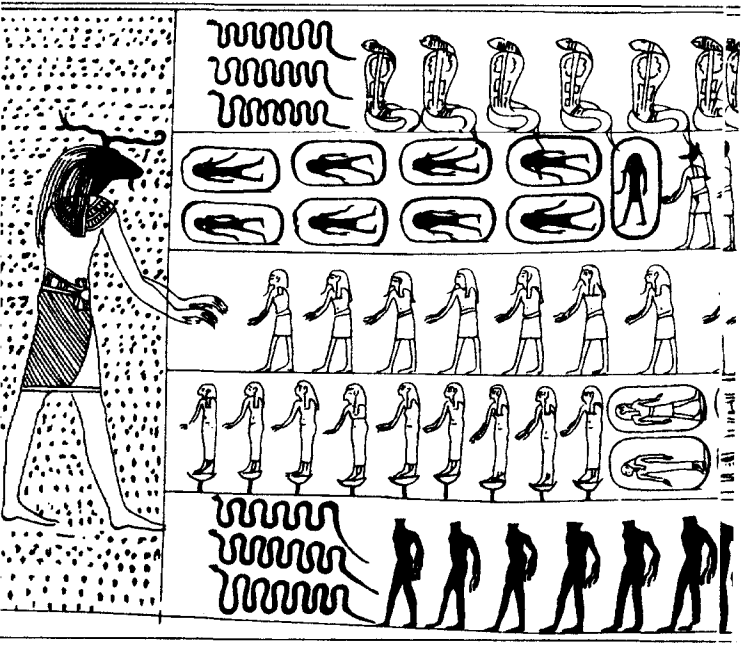
mágica en forma de ureus, el difunto recobraba las facultades vitales que le eran indispensables para poder «vivir» en el otro mundo. El sacerdote *Kher-heb,* «el Que Abre las Puertas del Cielo en Karnak», «el Hombre que ya tiene el Libro», utilizaba procedimientos mágicos con objeto de que el difunto pudiese recibir, por detrás, *por la espina dorsal,* el fluido sagrado, el «hechizo protector», el *san ankhu* (a menudo puede verse a Isis, en la naos y detrás del faraón, elevando su mano a la altura de la nuca del rey para comunicarle mediante pases magnéticos el fluido sagrado, el *sotpu sa).* A veces, esta apertura de la boca era hecha con «los testículos de un toro sacrificado» (Cf. Lefébure, *Bull. Egypt.,* vol. II, p. 182). Este rito, escribe A. Moret, era quizá el más importante del culto funerario, puesto que restituía al cuerpo momificado y fajado el uso de la lengua y el poder creador que posee la palabra, después la vista, el oído, el gusto, el olfato, el tacto y la libertad de movimientos de los brazos y las piernas. Asimismo, desde la época de las pirámides hasta el fin del periodo romano, se encuentran en las tumbas o en los papiros ediciones abreviadas o completas, ilustradas o no, de las fórmulas empleadas para «abrir la boca, los ojos y las orejas del difunto». Los ritos «de abrir el semblante» cubierto por una malla —que simboliza la malla cósmica, es decir, el orden vital que fue creado al mismo tiempo que el universo—, van acompañados en Abidos, la ciudad santa, de la figura del sacerdote abriendo con las dos manos las puertas de la naos, siendo esta última el símbolo de

una imagen reducida del universo. «La tumba y la nao donde reposa la momia representan asimismo el universo, y el mismo himno resuena cuando se abren sus puertas para depositar allí la estatua del muerto o su momia. (Cf. Schiaparelli, *Libro dei funerali,* vol. II.) (Ver también los monumentos de Edfu y de Denderah.) Después del descuartizamiento de las víctimas ofrecidas al difunto por sus parientes y por sus amigos, se depositaba ante la momia «el muslo y el corazón de los animales sacrificados donde se ocultaba el alma del difunto.» (Schiaparelli, *op. cit.*).

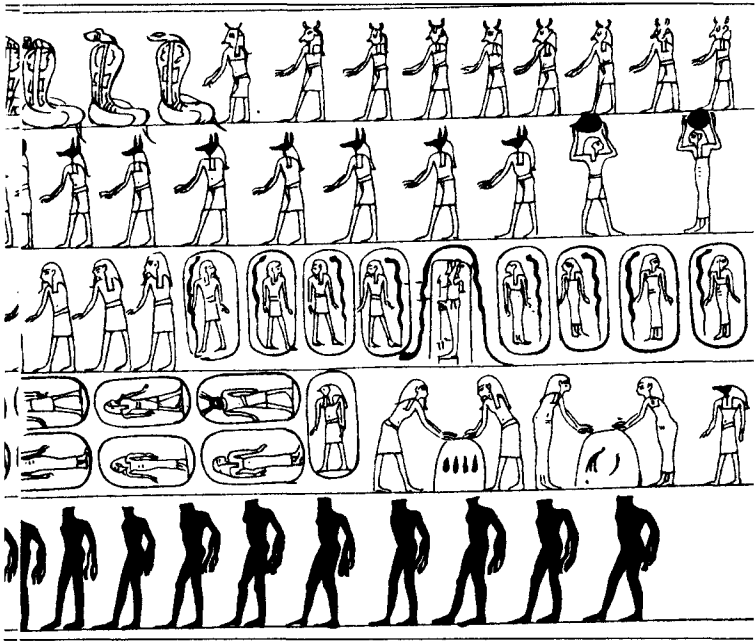
El hijo sacerdote del culto familiar como el faraón lo es del culto divino, abrazaba la estatua o la momia de su padre; por medio del fuego, alumbraba su cabeza o su estatuilla funeraria porque la llama, venida del Ojo de Horus que es el sol, «brilla para lanzar el fluido mágico» que derribará en el otro mundo a los enemigos del difunto. Después, con el corazón o el muslo de un animal sacrificado, se acariciaba la cara del muerto, y con la ayuda del divino instrumento en forma de serpiente llamado «el Gran Mago», se procedía a la apertura de la boca, de los ojos y de las orejas del difunto a fin de que pudiese recuperar el habla y también sus secreciones y sus humores. Es solo entonces, tal y como se le dirá, cuando su alma «estará con él en su pecho, cuando reconocerá su forma, totalmente con él, *detrás de él».*

EL RITUAL DE UN CEREMONIAL EN ONCE PUNTOS ANTE LAS «ESTATUAS VIVIENTES DE LOS SERDABS»

«La ceremonia de la Apertura de la Boca, escribe Mme. Weymant-Ronday, auténtica «transubstanciación» que suavizaba los miembros de la estatua (representante del difunto, su doble), comportaba una serie de episodios que derivaban de las doctrinas osiriacas y solares: 1) La estatua del difunto era colocada de cara al sur sobre un lecho de arena labrado en forma de túmulo; 2) Se la incensaba, y esta operación era repetida varias veces sucesivamente; 3) Se la purificaba en nombre de los dioses de los cuatro puntos cardinales (Horus, Seth, Thot y Sepa) con el agua



Los Dioses de las Cavernas del Mundo de la Duat y, *abajo*, los muertos decapitados, a quienes les están vedadas las Regiones Superiores, que solo llegan a conocer aquellos que han sido *justificados* ante Osiris. (Según *The Book of the Dead. The Papyrus of Queen Netchemet,* del British Museum.)



contenida en dos tandas de cuatro vasos; 4) Se purificaba la boca de la estatua presentándole diez bolas de ñatrón (cinco por el sur y cinco por el norte) y cinco bolas de incienso. Estas eran depositadas en una cestita que el oficiante colocaba sobre la palma de su mano, «llevándola dos veces a la boca, dos veces a los ojos y una vez a la mano de la estatua, tantas veces en conjunto como granos había»; 5) Esta serie de ritos purificadores terminaba en una fumigación general de la estatua con los granos de incienso que acababan de serle presentados. A continuación venían: 6) El oscuro episodio del personaje envuelto en una piel, y al que se despertaba después de haberle encontrado dormido en una cama; 7) La apertura de la boca de la estatua mediante un dedo meñique de uno de los cuatros oficiantes (que representaban a los cuatro hijos de Horus), que se dirigía a la estatua como un hijo a su padre; 8) El sacrificio de un buey, de una gacela y de una oca; 9) La presentación a la estatua de la pata delantera y del corazón del buey; 10) Una tentativa de dar a probar a la estatua la parte arrancada, haciendo cuatro veces el simulacro de frotarle la boca y los ojos con la carne sangrante; 11) La apertura de la boca y de los ojos de la estatua con instrumentos variados: las azuelas y el mágico objeto llamado *werhi-kau*. Este último utensilio servía no solo «para volver a poner en funcionamiento la boca y los ojos del muerto», sino también «para asegurarle el dominio sobre los dioses». La ceremonia, que iba acompañada de palabras comentando cada uno de los gestos descritos, apenas había

terminado cuando se volvía a empezar. Se repetía el episodio de la apertura de la boca empleando esta vez una nueva serie de instrumentos: el cincel de hierro, el dedo de plata sobredorada, el saco de piedras rojas, los cuatro ladrillos de turba, etc. A continuación se frotaba la boca de la estatua con una materia especial (una especie de grasa o de manteca), después de lo cual se le humedecía con leche. Se renovaba igualmente el sacrificio del buey, de la gacela y de la oca, y la ceremonia terminaba con el atavío de la estatua: se la cubría con la *cufiyeh,* se le ofrecían bandas de telas de diferentes colores, se la perfumaba, se la acicalaba y se la revestía de atributos reales. Finalmente, se la incensaba, y se repetía esta operación en honor de la diosa del ureus y de todos los dioses de Egipto. Al término de la ceremonia se servía una comida, después de la cual se barría el suelo mientras que «nueve cofrades o cortesanos» acababan alzando solemnemente la estatua.» (A propósito de estas «estatuas vivientes» *que eran los cuerpos,* y *los retratos de eternidad de los difuntos,* estaban pintadas de vivos colores, con la faz iluminada por ojos incrustados, vestidas de lino, y depositadas en los serdabs de las tumbas, cf. Jean Capart, *Menfis,* letanía XVIII.) Estos serdabs o pequeños nichos cavados en las capillas de las mastabas recibían, después de las ceremonias funerarias sumamente complicadas de los antiguos egipcios, las «estatuas vivientes» del difunto, generalmente en número de dos, una simbolizando el Alto Egipto y la otra el Bajo Egipto. Bajo las instrucciones de los parientes del difunto y se-

gún la importancia de las sumas que se dedicaban a estas prácticas, los sacerdotes quemaban ante ellas regularmente granos de incienso cuyo humo deleitaba las narices del «cuerpo de eternidad», y aseguraban el servicio de los sacrificios que le eran debidos al difunto. Ciertas fundaciones a perpetuidad procuraban a las familias sacerdotales los recursos necesarios para el mantenimiento del culto de los muertos. «En algunas tumbas, escribe Jean Capart, *op. cit.*, se ha encontrado la copia de testamentos que establecen estos tributos.» A veces el mismo difunto había indicado cuál sería la parte de sus bienes que debía ser destinada a los sacerdotes y «establecía en qué condiciones los beneficios debían pasar de una generación a otra» (J. Capart). Y en caso de que algún sacerdote ligado a su servicio o algún miembro de su descendencia osara discutir o ignorar la voluntad del muerto, violar su tumba, o profanar su Doble en su serdab, entonces este le amenazaría con el famoso tribunal de los Dioses, que pesan el corazón de los muertos en la balanza de Anubis.

«LLEVO TU CORAZÓN A TU VIENTRE»

En conclusión, las ceremonias de la *apertura de la boca y de los ojos* de la momia, cuyo ritual se remonta a las más antiguas doctrinas del antiguo Egipto, permitían al difunto recuperar su alma y el uso de su cuerpo, de nuevo «recorrido por un fluido de vida». Antes de

comparecer ante el tribunal de los cuarenta y dos dioses justicieros y ante Osiris, eternamente *tut ankh,* la momia del difunto era fajada y embalsamada por Anubis el de la cabeza de chacal en la «Sala de Oro». «Horus y Anubis perfeccionan tu envoltura fúnebre. Thot purifica tus miembros mediante los sortilegios de su boca», leemos en el «Ritual del embalsamiento» (Cf. Maspero, *Mémoire sur quelques papyrus du Louvre).* Los siete agujeros de la cabeza y los orificios naturales del vientre del difunto eran abiertos con los instrumentos sagrados y gracias a una serie de toques rituales acompañados de fórmulas mágicas. Esta larga ceremonia podía ser simplificada, escribe A. Moret en *Ritual du Culte divin en Egypte:* «Bastaba con llevar un corazón de piedra o de metal, que ostentaba a veces la forma de un escarabajo; se colocaba este objeto en el corazón del difunto después de haberle realizado la apertura de la boca y se recitaba una de las letanías de *El Libro de los Muertos.* Estos ritos se encuentran reunidos en un relato de la tumba de Rekhmarâ titulado «Capítulo de llevar el corazón del Luminoso a este, de abrir su boca, y de darle su forma con las divinas ofrendas» (Ph. Virey, *Le Tombeau de Rekhmarâ).* Aquí está la traducción que tomamos del «Ritual del culto divino en Egipto», de A. Moret: *«Yo llevo tu corazón a tu vientre* para ponerlo en su lugar. Del mismo modo, Horus llevó su corazón a su madre e igualmente Isis llevó el suyo a su hijo.» Así, en el fondo de las tinieblas, el difunto podrá ver, oír, respirar, escuchar y hablar. Y, en su confortable eternidad,

podrá conocer los placeres del amor con figurillas femeninas privadas de sus piernas a fin de que no puedan escapar al deseo de su dueño eterno.

LOS MONUMENTOS FIGURATIVOS QUE NOS DESCRIBEN LAS ESCENAS DE PURIFICACIÓN

A menudo nos es descrita la ceremonia de la purificación antes de la apertura de la boca y de los ojos. Ante un monumento que figura la entrada de la tumba de Khonsu, en la necrópolis de Tebas, vemos que unos servidores han erigido una estela funeraria sobre la que están grabadas fórmulas mágicas. Ante la estela, una estatua representa al difunto; dos plañideras profesionales se lamentan ante él, mientras que los sacerdotes funerarios, revestidos con la ritual piel de leopardo, ofrecen libaciones a la efigie del muerto. Recordemos que el hecho de que el sacerdote se echase sobre los hombros la piel del animal tifoniano sacrificado «pertenece a uno de los ritos más antiguos del culto funerario» (Cf. A. Montet, *op. cit.*) y el sentido general del rito de la piel está definido mediante esta frase del ritual del embalsamiento dirigida al muerto: «Se han realizado para ti los buenos ritos y los buenos funerales de la piel de Seth, tu adversario, para que tu corazón se regocije.» «Disfrazarse con una piel de víctima siempre ha parecido uno de los medios más

seguros para apropiarse de la virtud del sacrificio.» (Lefébure, el *Myte Osirien.*)

Durante la ceremonia de la unción, un sacerdote recitador lee las plegarias apropiadas en un rollo de papiros. Los instrumentos que le permitirán «abrir los ojos y la boca» del muerto aparecen dispuestos ante él. Conocemos imperfectamente la significación de ciertas escenas semejantes pintadas sobre los muros de las tumbas tebanas, tales como las de las tumbas de Menna, o de Mentu Ker Khesef, que hemos descrito anteriormente. ¿Qué nos enseñan los textos sagrados? A. Moret escribe que «los textos relativos al culto de Osiris y de los muertos nos enseñan que después de la muerte de Osiris y el fallecimiento de los hombres, tanto el cuerpo de uno como el de los otros permanecerá en la tierra, mientras que el alma irá al cielo.»

LA VUELTA DEL MUERTO AL ESTADO EMBRIONARIO Y EL ARREGLO DE SUS HUESOS

Antes del servicio sagrado, el difunto no es más que un cuerpo inerte, desnudo y abandonado. Los ritos de que será objeto harán de él un Osiris momificado y rodeado de vendas, es decir, un *muerto-Osiris,* y esta palabra se repite a cada instante en las letanías del *Libro de los Muertos.* En la época arcaica, los especialistas que vivían a la entrada de las necrópolis en las ciudades que les estaban reservadas —estos intocables no tenían de-

recho a atravesar el Nilo ni a ir a residir en las ciudades de los vivos—, desmembraban los esqueletos de los difuntos, despedazaban sus carnes, les quitaban las vísceras y los embalsamaban. La unión con el «perfume de fiesta mezclado con miel» facilitaba la recomposición del esqueleto y la ensambladura de la carne encajada en su lugar porque, después de que el esqueleto había sido desarticulado y dividido en trozos por los artesanos especializados en este tipo de trabajo, había que reconstituir el esqueleto y guarnecerlo, tan completamente como fuera posible, y sin verse precisado a tomar alguna parte del muerto por la de un muerto vecino. Era necesario hacer el reajuste de los huesos y dar al conjunto ese aspecto embrionario que presenta toda criatura que va nacer. Estas ceremonias del arreglo de los huesos recordaban a cada uno que Osiris fue el primero que había visto sus miembros compuestos y embalsamados por Horus, Thot y Anubis, y este importante acontecimiento era celebrado con brillantez en todo Egipto cuando se erigía en los templos el símbolo *Tet,* que representaba la espina dorsal del dios. Más tarde, la momificación, respetando la integridad del cuerpo, reemplaza esta dislocación del esqueleto, un tanto repugnante, pero no obstante conserva en los rituales funerarios las antiguas fórmulas que se recitaban durante estas ceremonias.

«RA HIZO LA CARNE DEL HOMBRE CON EL LLANTO DE SU OJO»

El alma del difunto se remontaba hasta las eternas fuentes de la vida y de la luz, y este alma liberada se llamaba *ba,* «el espíritu»; *ka,* «el doble»; *sekhem,* «la forma»; o también *khabit,* «la sombra»; *rem,* «el nombre». Llegaba a ser el ojo de Horus, que es el dios del cielo. ¡Pero que se mantenga en guardia! Para perseguirla y hostigarla, volvía a encontrar en los infiernos primordiales al pavoroso Seth, cuyo aliento es inseparable del aliento de todo lo que vive y de todo lo que muere sobre la tierra. «Bajo la égida de los ojos de Horus —escribe G. Jéquier en su *Religión égyptienne*—, el difunto podrá llevar a cabo el periplo continuo, renaciendo sin cesar lo mismo que el sol.» «De este modo —comenta S. Mayassis—, el ojo de Horus simboliza la luz del alma extrayendo su origen de la del sol, coexistiendo con ella, emanando de ella, confundida con su propia luz... Los ojos de Horus han creado los hombres y las cosas. Cuando los ojos del rostro celeste han *visto* el universo, este ha empezado a existir; los rayos del sol, como una oleada de lágrimas, han inundado el universo; las secreciones de los ojos de Horus han dado vida asimismo a todo aquello que es necesario para los hombres y para los dioses... Así la luz, al emanar del sol, ojo de Horus, ha creado toda la realidad.» Así, todo lo que vive aquí abajo, las multitudes de criaturas nacidas para morir, había surgido de las pupilas de Ra al mismo tiempo que la luz inicial y fe-

cunda, porque está escrito que «Ra hizo la carne del hombre con el llanto de su ojo...» «Todas las almas se remontan al cielo —añade Mayassis—. Van a fundirse en la luz, en el sol, en el alma divina universal, habitante del sol, cuyas emanaciones reaniman los cuerpos vivos. El alma universal, el *alma de las almas,* es la fuente de la vida de todas las criaturas; es la Divinidad en sí misma, el alma misteriosa que hace a los dioses y de la cual los dioses son formas y manifestaciones.» Este alma universal es el ojo de Horus, y el difunto es calificado «justo de palabra» solo cuando está en posesión de este ojo de luz que hará de él el igual de los dioses, le insuflará el fluido mágico que le hará eterno, le purificará y le perfumará, porque el perfume del ojo de Horus constituye asimismo el aroma de los dioses. Y es por esto por lo que los sacerdotes funerarios perfumaban ceremoniosamente la estatua del difunto, con objeto de que el muerto llegue a ser a su vez un Luminoso. Salmodiaba el recitador:

> Oh, muerto-Osiris, yo pongo en tu ojo, que ha abierto el sacerdote, la luz del ojo de Horus... Oh, muerto-Osiris, yo pongo en tu cabellera la luz del ojo de Horus...» «Oh, Amón-Ra —traduce Moret—, he dispuesto para ti el ojo de Horus. Su perfume viene hacia ti. Es el perfume del ojo de Horus que va hacia ti, Amón-ra, que amas la resina...

Eso es lo que evocan los perfumes celestes, el olor de los mirtos, el incienso de los tabernáculos...

VI

Los iniciados sabían que el hombre se compone de seis elementos: tres materiales, que son su cuerpo, su nombre y sombra, y tres espirituales, que son los elementos *ankh*, *ba* y *ka*

Los egipcios creían que, cuando la luna mengua durante dos semanas, Seth, el Espíritu del mal, realmente parecido a un puerco negro, devoraba en pleno cielo el ojo de Horus. Lo atrapaba en sus redes como el pescador atrapa un pez-luna de enorme vientre color de nácar, y arrojaba ese ojo misterioso que domina el mundo de los muertos a los hipopótamos del Nilo o bien a los disimulados cocodrilos que se deslizan al filo de las aguas como reflejos de luz venidos de las profundidades. Y es por ello por lo que los egipcios creían que el alma de Osiris, al igual que la de los muertos, después de haberse desvanecido en el ojo de Horus, solo podía volver al cuerpo que había dejado, y que había sido momificado, después de haber

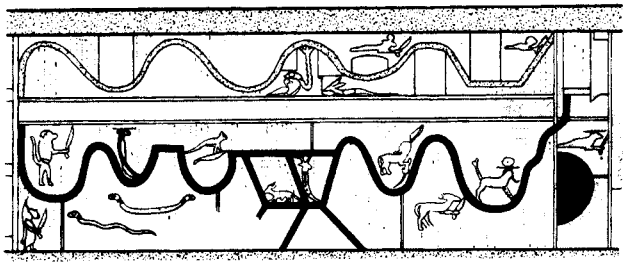
sufrido durante todo el tiempo que durase el embalsamamiento todo tipo de aventuras evocadoras de las del alma de Horus. Por esa razón, desde el momento en que la momia era enderezada sobre el suelo de la tumba o del templo, los sacerdotes, es decir Horus, Isis su mujer, Nephthys su hermana, y también Thot y Anubis, se lanzaban en busca del ojo de Horus, donde residía el alma ausente. Aquí, tanto la clave de los antiguos misterios como la significación de estos símbolos se nos escapan. No sabríamos concebir cuáles eran los ornamentos exteriores de esas almas fugitivas hacia un mágico universo, ni de qué poderes de las tinieblas o del cielo habían llegado a ser las elegidas, portadoras del bien o del mal por miríadas dispersas en el espacio como lo están los planetas perdidos en perpetuos torbellinos... Esta «búsqueda del ojo de Horus», esta búsqueda de la luz, se acababa cuando el oficiante había podido agarrar por los cuernos a un buey o a una gacela cuyo hígado o cuyas entrañas eran las entrañas o el hígado de Seth, el espíritu del mal. La escena habitual del sacrificio de un animal astado ante la momia del difunto nos explica lo siguiente: cuando el animal había sido degollado o destripado, el sacerdote rebuscaba en su vientre caliente aún, examinaba las vísceras brillantes y lisas con objeto de encontrar *el ojo divino de Horus no digerido,* porque en este ojo estaba enrollada el alma del muerto, y, arrancando las entrañas de la bestia sacrificada, el sacerdote funerario la restituía al difunto, o más bien a su momia, y con su alma *le restituía también su sombra, su forma y su nombre,* aspectos todos ellos de los que tenía necesidad para presentarse ante el tribunal de los dioses justicieros. Esto es lo que se llamaba «calcular» el alma su cuerpo, «arrancar el ojo a Seth», porque Isis la Maga es la primera que, según los rituales del culto divino y del culto funerario, busca el ojo de Horus si desfallecer ni descansar hasta encontrarlo. «La restitución del ojo, es decir, del alma que allí reside, el cadáver se acompañaba de solemnes ritos: se llevaba a la momia un corazón, o bien se le llevaba su estatua o su sombra, y el hijo del muerto, tomando con ambos brazos la momia o la estatua, la abrazaba para comunicarle su vida.» (A. Moret, *op. cit.*).

* * *

Desde el principio de los tiempos, los egipcios admitían que la vida era muy corta a orillas del Nilo, y sobre todo ilusoria. Ciertamente, como amantes sumamente cautelosos apreciaban las ventajas, los placeres y también el bienestar que encontrarían en su «morada de eternidad». Pero sabían asimismo que la única vida real era la vida eterna y que esta vida comenzaría para ellos cuando naciesen una segunda vez en el mundo de abajo, porque nacerían de su momia perfumada, como antes habían nacido del vientre de su madre, en el curso de esta misteriosa restitución de las formas que tenía lugar tras las doce puertas del universo de los muertos. Renacerían con un alma justificada como anteriormente habían nacido con su *ka,* es decir, su doble, su otro yo que solo la muerte podía identifi-

car a despecho de los simulacros y las metamorfosis. Le había sido dado, al mismo tiempo que su forma, por el Gran Alfarero Khnum, que modela el globo del mundo. Los iniciados sabían que el hombre se compone de seis elementos: tres materiales, que son su cuerpo, su nombre y su sombra, y tres espirituales, es decir, sus elementos *ankh, ba y ka*. Este *ka* era imperecedero, inmortal. Era como su sombra tan enlazada a la tierra de los vivos como a las profundidades y a las soledades de la Duat. También podía decirse comúnmente que cada hombre, inmediatamente después de haber visto la luz del sol naciente, «camina con su *ka*». Por supuesto, nadie había podido ver ni tocar jamás aquel otro yo invisible que estaba en él como el aire en sus pulmones, como el pensamiento iluminando su mirada y animando su palabra. Este *ka* que duplicaba el alma y la carne de cada uno era tan precioso como la vida, cuyo soporte, en cierto modo, era. Poseía la potencia de lo indestructible desde que el mundo había sido reconocido y adorado por los primeros cinocéfalos que aclamaron al sol, erigido el falo. Ese *ka* eternamente estable, que asegura al muerto la continuidad de la vida póstuma, proporcionando la trama de su invisible ser, asemejándosele como un hermano, lo encontramos por todas partes en las tumbas, en forma de figurillas. Los vivos nunca dejan de invocarle porque es temible:

> Que viva tu *ka*, dicen al muerto, y que puedas conocer millones de años de existencia, amando a Tebas y con el rostro vuelto hacia las auras del Norte.



(MAPA DEL RO-SETAU, SEGÚN EL LIBRO DE LOS DOS CAMINOS.) Vemos aquí una de las regiones del Más Allá, el *Ro-Setau*, que comprende dos caminos sinuosos, uno de fuego, *abajo*, y el otro de agua, *arriba*, separados por el lago de Fuego. Puertas, monstruos y espíritus maléficos son otros tantos obstáculos sobre los que el alma deberá triunfar en el curso de su avance por el Ro-Setau. Penetrará en esta región del mundo inferior por la Puerta de Fuego (el semicírculo negro, *a la derecha*), guardada por un dios armado con un cuchillo. El alma entonces deberá «abrir su camino en Ro-Setau», que es el «Camino de las Cosas Secretas». Solo después de haber superado las pruebas que le esperan en Ro-Setau, el alma podrá salir, *hacia arriba y a la derecha*. Resplandeciente y purificada, «nacerá a la eternidad»; se volverá «grande y tendrá su luz»; sabrá lo que son las cosas ocultas, pero «jamás pronunciará su nombre». Podrá finalmente penetrar en la Región del *Anru-tef*, que es la Región de los Bienaventurados.

Aunque, inevitablemente, como hace notar Henri Frankfort, «toda traducción introduce nuestro punto de vista en un dominio mental donde nuestras ideas no tienen curso», puede considerarse válida la siguiente explicación: el *ka* de los antiguos egipcios les permitía integrarse, ya estuviesen vivos o muertos, en el

perpetuo movimiento del cosmos, del que nuestro planeta no es más que una partícula; ese *ka*, ese yo que no puede pertenecernos, es depositado y recuperado, a cada nacimiento en este mundo y en el otro, para ser restituido al universo de donde proviene, el cual le engrendró al comienzo de los tiempos y para tiempos indefinibles. El *ka* es el *nephesh*, el espíritu-vida del Antiguo Testamento, el genio protector y transcendental que el hombre venera y «que glorifica día a día, porque su corazón está en fiesta con su *ka*»...

ASÍ COMO EL PÁJARO BENNU LLEVA EL ALMA DE OSIRIS, EL ALMA-PÁJARO DEL MUERTO LLEVA SU ROSTRO

En cuanto a su alma, los egipcios la representaban bajo la forma de un pájaro con el rostro del difunto. En el instante de la muerte, este alma revoloteadora dejaba el cuerpo momentáneamente privado de su *ka*, de su vida; se escapaba por los pozos de las mastabas y regresaba a visitar los parajes familiares. Se la podía ver en las ramas de los sicomoros y en los jardines a orillas del Nilo. Tenía presentes los deseos elementales, pero siempre era capaz de reflexionar, de juzgar y de decidir. Permanecía lúcida, dinámica y aventurera en ese mundo extraño que en lo sucesivo, y tras las purificaciones rituales, habría de ser el suyo. Pero a este alma prometida a felicidades paradisíacas, había que nutrirla, y llenarla de ofrendas, porque su existencia en el más

allá dependía de la piedad y de los cuidados materiales que le dedicaban los vivos. ¡Maldición a los vivos que tan fácilmente olvidaban sus deberes para con el alma de los muertos! ¡Maldición a aquellos que se mostraban mezquinos acerca de la calidad de los amuletos o de los alimentos que les eran debidos! ¡Sí, que por tres veces las maldiciones sean arrojadas como guijarros mágicos ante la puerta de aquellos que ya no quieren recordar a los difuntos desvanecidos en la Montaña del Occidente, porque el alma hambrienta de los muertos puede regresar a su casa terrestre y hacer aullar de terror a los que deben nutrirles, de generación en generación! Sí, maldición a aquellos que ven el alma de los muertos olvidados convertirse en el dios-chacal saliendo de los tamariscos o *en el gran pájaro venido del otro lado del Nilo*, gritando sus quejas en el silencio de la noche..., el pájaro *bennu* que lleva el alma de Osiris, el pájaro de los estanques que planea sobre los cadáveres y vuela en los pozos de la tumba para reunirse con su momia, el bello pájaro de los muertos con cabeza y manos humanas...

GEOGRAFÍA DEL MUNDO DE LOS MUERTOS

Los egipcios imaginaban que el mundo de los muertos era semejante a aquel en que vivían, es decir, Egipto. Dividido por un largo río que fluye en medio de una faja de tierras cultivables de treinta kilómetros,

este mundo inferior, el de la *Duat,* comprendía doce Regiones, como el Egipto faraónico, «el Doble Reino del Loto y del Papiro», estaba dividido en doce nomos o provincias. Cada una de estas regiones de abajo correspondía a una de las doce horas de la noche. Estaban separadas las unas de las otras por altas puertas guardadas por serpientes erguidas sobre su cola, y por ureus vomitando llamas, ocultos tras los tabiques y atentos a no dejarse sorprender de ningún modo por muertos insólitos.

Estas doce regiones del mundo inferior se encuentran habitadas por una innumerable población de dioses, espíritus y muertos ordinarios. «Los que pasaban su vida eterna cerca de Osiris o de Ptah no sufrían ningún tormento real, pero languidecían en las tinieblas, en una especie de aturdimiento del que únicamente la proximidad de la Barca (la Barca solar al efectuar su viaje nocturno a través de las doce regiones de la Duat) era capaz de sacarlos; la aclamaban cuando penetraba en su morada; se animaban durante el intervalo que la Barca les iluminaba y, cuando pasaba la hora, gemían a medida que la claridad se extinguía con ella.» (Cf. A. Moret. *l'Egypte pharaonique;* Maspero, *Les Hypogées royans.*) No todas las almas eran infortunadas; las que habían sido admitidas, gracias a su conocimiento de las fórmulas mágicas, en la Barca solar, podían acompañar a Ra en su crucero nocturno y resplandecer con él cuando resucitaba a primeras horas del día; podían elevarse con Ra en el infinito del cielo azul de Egipto, ser a la vez su rostro y su radiación, ayudarle a combatir a

Apofis, la Víbora del Valle y el eterno enemigo del Sol, y recomenzar con él todas las noches la lenta travesía del país subterráneo de los muertos de verde rostro, así como sirgar en las profundidades de la Duat la Barca divina con ayuda de una larga cuerda que era una boa viviente, símbolo del dios que expulsaba lejos de Ra a los enemigos de la luz.

LAS DOCE HORAS DEL LIBRO DE LA DUAT

¡Qué extrañas son estas letanías del *Libro de los Muertos* que nos representan al difunto apoderándose con gula de las estrellas del cielo! ¡Qué felices se sentían todos estos muertos de poder internarse en el universo y recorrerlo en todas sus dimensiones, en menos de quinientos años! ¿Realmente, el noble tebano, noble y tebano de por vida, se convertía súbitamente en el secuestrador de cabezas de las Escrituras sagradas o en el cocinero de las entrañas de aquellos a quienes apresaba al azar de encuentros en el infinito, porque en los Textos de las Pirámides está escrito «que los muertos aderezan los vientres repletos en las calderas de la noche? ¿De súbito, y ante los dioses indiferentes, llegaba a ser el igual de los «Grandes del Cielo septentrional», él que en otro tiempo poseía en sí, del mismo modo que la materia se posee en la materia, la inteligencia de los dioses de abajo y de los dioses de arriba, y que se hacía imperecedero en la luz

creadora y en las profundidades de todo lo que se forma para multiplicarse, como imperecederas son el pensamiento y en la mirada de los vivos las estrellas que brillan sobre Egipto? Una vez en el paraíso, ¿sabría reconocer en el buitre de hinchado seno a su madre celeste, junto a la que, a la inversa de lo que ocurre en la tierra, podía volver a hacerse un niño que jamás sería destetado? ¿Cuál es la significación real, la explicación mágica de todas estas visiones prometidas a los difuntos? En los Textos de las Pirámides se precisa que aquellos que están muertos no han de temer verse obligados:

> a comer un día sus propios excrementos, porque entre los dioses con quienes se mezclarán abundan los alimentos, los panes, las carnes y las cervezas.

Está escrito en los Textos de las Pirámides que, cuando el Barquero de los muertos les hace descender en su barca, el brillo de la pureza crece en ellos porque saben que pronto serán identificados a Osiris y que asimismo serán reconstituidos como él lo fue. En lo que a esto se refiere, el *Libro de los Muertos* es explícito: «Cada uno poseerá entonces (en el más allá) su corazón, su espíritu, su boca, sus pies, sus brazos y su falo.» Sí, resultan un tanto extrañas esas letanías del *Libro de los Muertos*... Escuchad el relato del viaje nocturno de la Barca solar por el reino de los muertos:

> En la Primera Hora del «Libro de la Duat», que es la primera hora de la noche, los muertos avistarán,

con terror, la serpiente guardiana del Infierno que multiplica el fuego proyectándolo con violencia. Si los muertos son hábiles, si poseen los amuletos protectores y si conocen las palabras mágicas, conseguirán burlar la vigilancia del temible cancerbero del Mundo Inferior y sabrán hacerse intocables entre las argollas del monstruo. Entonces, penetrarán por la puerta del Occidente en la primera región del más allá. En la Segunda, y en la Tercera Hora, los muertos pasarán por la puerta *Anrutef,* que es la puerta del mundo de las almas, y descubrirán los fríos espacios de las regiones de Ournés y de Osiris; saludarán al sol de cabeza de carnero venido del Occidente, que constituye el límite del mundo de los vivos para aquellos que poseen el soplo de la vida y cuya piel es blanca y no verde. Los difuntos honrarán al sol convertido en un cadáver, convertido en «su carne», después de haber abandonado la Barca del Día para emprender su lenta navegación a bordo de la Barca de la Noche por las doce regiones del mundo inferior, antes de resucitar bajo la mirada de la esfinge como lo hace cada día desde el principio de los tiempos. En la Cuarta y en la Quinta Hora, los Justificados verán pasar el sol por las cavernas secretas de Sokaris, el antiguo dios de los muertos, con rostro de halcón, del nomo de Menfis; en este lugar las tinieblas son como las aguas del fondo de los mares y Ra no ve a los que están allí, pese a lo cual los muertos viscosos como el limo pueden escuchar su voz cuando da órdenes. La Barca sagrada se deslizará en las tinieblas de Sokaris, donde se transformará en una larga serpiente más o menos invisible en esta terrible noche de los Infiernos. En la Sexta Hora, los muertos verán

millares de almas-pájaro y extrañas diosas sosteniendo en las manos las pupilas de los ojos de Horus; verán a Khepen el Escarabajo y también verán serpientes de cinco cabezas portadoras de puñales. En la Séptima Hora, los muertos estarán ante Isis presa de justos furores contra los demonios; verán a los enemigos de Osiris decapitados y amarrados como los asiáticos por dioses leontocéfalos, contemplarán asimismo, el revés de los firmamentos terrestres y al dragón Apofis llenando el séptimo círculo del infierno con sus viscosas espirales y bebiendo el agua de debajo de la Barca solar con el fin de impedirle deslizarse sobre las aguas que la transportan. En la Octava Hora, los muertos regocijados escucharán el clamor, el «maullido» de los resucitados salidos de sus moradas, construidas bajo tierra, para alabar al Sol y volver a ver su esplendor. De la Novena a la Décimoprimera Hora, los muertos atravesarán el agua y el fuego del mundo infernal que los textos llaman el Agarit; los remeros abandonarán entonces la Barca solar y regresarán a sus misteriosas cavernas. La cuerda que sirvió para sirgar la barca en el curso de su navegación nocturna se convertirá en una serpiente, y un escarabajo se posará cerca del sol. Finalmente, en la Décimosegunda y última Hora, los muertos verán renacer de nuevo al Sol bajo la forma de un escarabajo, antes de que el universo de los vivos sea deslumbrado. Nut alumbrará al nuevo sol, «que saldrá de entre sus muslos y aparecerá fuera de su pubis». Que se alegren entonces los muertos y que los vivos se alcen para contemplar su luz, porque del seno de los infiernos el sol de los muertos saldrá para volver a ser Kheper, dios del Sol de la mañana, el nuevo sol nacido de sí mismo después de tantas tribulaciones y metamorfosis en las doce Regiones del Mundo inferior, cuyos rumores se escuchan brotar a veces cuando se acallan los ruidos que hacen los hombres...»

... Y LOS MUERTOS LLEGARÁN A SER LA LUZ DE OSIRIS

Cada vez que contemplaba sobre su cabeza la noche africana tan dulce y tan pura, esa noche exaltante del origen del mundo, cada vez que su mirada intentaba fijarse en ese maravilloso cielo de Egipto, que fue el cielo de Abidos y, asimismo, el de Tebas, el egipto contemporánco de los faraones sabía que las radiantes estrellas eran almas o incluso muertos hechos dioses, y que también él llegaría a ser un día ese destello de luz suspendido en el espacio. Los iniciados sabían que un día habrían de ser la luz y la carne de Osiris y que otros vivos, mucho tiempo después de que ellos hubiesen dejado de existir, y en las mismas orillas del Nilo que les habían visto nacer en la noche de los tiempos, reconocerían a sus muertos, luminosos en el fondo del gran sarcófago celeste. Sí, aquellos muertos, por centenas de millones, participaban en el torbellino de las vías lácteas, en la prodigiosa creación, eternamente inconcebible para el espíritu humano, del inmenso miríadas de estrellas de brillos desiguales estaban constituidas por almas y dioses y muertos. En otro tiempo habían dejado la

tierra de los hombres, y ahora esas almas, esos dioses y esos universos de los muertos que reflejaban tan fielmente como lo haría un espejo *que lo recordase*, el universo de los vivos... Los iniciados sabían también que Ra llamaba hacia sí a las almas privilegidas, que las quería en torno a él, que deseaba tenerlas en si como una simiente. Porque toda vida, por poco que hubiese significado en la tierra, volvía a ser el fluido primordial emanado de un rayo de sol, tan pronto como eran selladas las puertas de la tumba. El recién nacido había recibido en su cuerpo el rayo del *sol del sur*. Después de la muerte este rayo debía volver hacia la eterna divinidad, hacia la fuente de la luz, hacia Ra, cuyo disco incandescente iluminaba ante todo la tierra de los hombres, las agujas de oro de los obeliscos y los pilonos de la entrada de los templos. Por otra parte, ¿la existencia humana no es absolutamente comparable a la de Ra? «El hombre ha nacido al este y se va hacia el oeste, escribe el célebre egiptólogo A. Erman. Después de su desaparición, el muerto sigue el curso del sol hacia su región nocturna, con objeto de unirse a la divinidad y entrar en la luz eterna.» Los muertos viajan del oeste al este, y este es el tema principal de todas las inscripciones. Siendo así, podemos comprender por qué los templos funerarios y las tumbas siempre estaban construidos al oeste del Nilo: «Esto es porque el reino de los muertos se encuentra al oeste, *esto es porque el sol se pone por el oeste*».

EN BUSCA DE LOS SÍMBOLOS, DE LAS CLAVES Y DE LOS PODERES EN LOS PALACIOS FUNERARIOS DE LOS FARAONES

Yo he visto a los dioses de los muertos cuando fui descendido por largos corredores hasta el umbral de su reino. ¡Qué horas de espanto me acompañaron en aquella mansión de los dioses... y qué cruel silencio el de aquellas profundidades olvidadas y descubiertas hace tan poco tiempo... Cómo caminaban, a mi parecer, más deprisa que yo aquellos decapitados del mundo inferior pintados en las paredes de los palacios funerarios de los faraones de las dinastías famosas! De todas partes acudían hacia mí las criaturas exterminadoras de la Duat. Delante de las altas puertas de los paraísos prometidos a los Justificados, yo era incapaz de dejar de experimentar un sentimiento de terror ante aquella colosal imaginería de criaturas divinas y humanas, ante aquella farándola de monstruos, y no sabía cómo preservar mi alma de tanto artificio y de tanto esplendor... Me encontraba proyectado como algo minúsculo en el centro de un universo cuyos bordes jamás podría divisar ningún vivo y cuyas puertas no podría hacerse abrir ningún muerto del siglo XX. ¿Dónde están los símbolos, las claves y los poderes que permiten comprender y poseer ese universo de los muertos que se convierten en astros? Los terroríficos mensajeros de Osiris que están a mi derecha y a mi

izquierda, ¿realmente eran para los iniciados terroríficos hasta ese extremo? ¿Qué precio debían pagar los difuntos por sus alegrías celestes en los campos de Ialu y por su glorificación en el fondo de los infinitos? La respuesta es siempre la misma porque «nadie ha vuelto jamás de allí abajo para contarnos cómo se conducen los muertos o qué necesitan, ni para apaciguar nuestros temores hasta el momento en que hayamos de ir, también nosotros, a los lugares adonde van los muertos. Jamás ha regresado de allí abajo nadie que partiera hace miles de años». Esas «Salas de Oro» con los techos decorados de constelaciones sobre fondo

Después de haber alcanzado el Nilo celeste, el «Baño Luminoso de Maât», el muerto que es puro y que es justo sube en la Barca Solar —aquí este carácter de la barca está determinado por la cabeza de Horus-Ra—, y se dirige hacia el Oriente, hacia las Estrellas Imperecederas. Se traslada allí donde fueron creados los dioses, hacia los Campos de las Cañas y de las Ofrendas, hacia los Campos de los Bienaventurados. Detrás de él, el pájaro *Bennu,* que es el símbolo de la resurrección, lo acompaña y lo protege. Y el alma del muerto podrá «cloquear de alegría como la Oca de Geb». Ante la Barca Luminosa, Osiris y el Pilar *Djed,* que representa «la estabilidad, la duración del alma, y el fluido mágico que hay en la espina dorsal de Osiris». (Viñeta de la LETANÍA CXXIX del *Papiro de Turín.*)

azul y de tablas astronómicas, esos «serdabs» vacíos de sus estatuas, esas cuevas inmensas y desiertas, esas salas de recepción de las momias en cuyos muros aparecen copiadas las letanías esenciales de *El Libro de los Muertos* y pintadas tantas escenas familiares de su existencia, todos esos lugares secretos y terribles son inolvidables para aquel que los ha visto una sola vez... Allí, ante la bajada a la cueva, los sacerdotes ponían en pie la momia por última vez y, mientras que las plañideras la estrechaban, procedían a los ritos de la magia imitativa de la apertura de la boca y de los ojos. «Tu alma será divina entre los espíritus, cantaban, y tú te relacionarás con ellos. Se te han restituido tus dos ojos para ver, tus dos orejas para escuchar lo que sale de tu boca en forma de palabras; se te han restituido tus dos piernas para caminar y tus brazos que podrán moverse en todos los sentidos junto con tus hombros. Ahora tus carnes están vivas y tus venas alborozadas; puedes regocijarte en todos tus miembros porque tu cuerpo está completo, sano y vigoroso.» (A. Moret, *op. cit.;* cf. también, del mismo autor, *Les Mystéres égyptiens.*) Los sacerdotes vestidos con pieles de pantera ya no vendrán jamás a murmurar las plegarias mágicas ni a depositar en las capillas que están bajo la arena las ofrendas que necesitan los muertos. ¡Qué desesperadamente vacías están hoy esas hermosas «moradas de eternidad» en las que no quedan más que las pinturas sobre los muros, algunas de ellas incluso sin terminar... Los oficiantes ya no vienen a llamar a los muertos para «hacerlos salir al sonido de su voz» y atibo-

rrarse de alimentos ofrecidos. ¿Dónde estáis vosotros, hermosos músicos de los banquetes celestes, y vosotras, jóvenes danzarinas descaradamente desnudas ante los muertos, y vosotros también, pequeños negritos enviados por los príncipes de Nubia? Ya no está el nombre en la morada ni las estatuas en sus nichos. Solo el alma de los muertos permanece viva, en Osiris, eternamente...

UN PUEBLO DE ARTESANOS Y DE SERVIDORES QUE VIVEN DE LOS MUERTOS Y DE SU MANTENIMIENTO

Por un momento, dejemos nuestro despacho, abandonemos los libros cuyas páginas aparecen llenas de signos y, con el pensamiento, imaginemos que podemos dar un salto atrás de treinta y cinco siglos... Y cerremos los ojos... Estamos a orillas del Nilo, en Tebas, la de las Cien Puertas...

Alrededor de la gran ciudad de Amón se extendían los palmares, los vastos dominios cultivados, las ciudades de los artesanos y de los servidores de las necrópolis, porque, para asegurar los servicios funerarios de los muertos, había en torno a la célebre necrópolis tebana un innumerable personal, desde los preparadores de cadáveres que sabían manipular las vísceras, a la claridad del aceite y los manejadores de vendas que cruzaban las tirillas de lienzo alrededor de la momia,

y colocaban en los sitios convenientes los ciento cuatro amuletos que debe poseer cada muerto, según las prescripciones del rito osiriaco, hasta los embalsamadores cuya presencia estaba prohibida en la ciudad de los vivos, los oficiantes del rango del *sam,* o bien los portadores de catafalcos que recibían a la momia de alto rango en su triple féretro antes de depositarla en la «Sala de Oro» con los muros recubiertos de una capa de escayola. Citemos, asimismo, a los portadores de lechos funerarios en forma de animales sagrados y a todo el pueblo bajo los servidores encargados de depositar en las tumbas de sus dueños las cestas de frutos, las lámparas de alabastro translúcidos con la forma de tres lotos simbolizando la tríada divina; las trompetas de plata envueltas en cañas que serán tocadas en la hora de la resurrección entre Osiris; las ocas sagradas envueltas en lino; los remos mágicos reservados a la navegación de la barca funeraria sobre las aguas del mundo subterráneo; los emblemas de Anubis en madera recubierta de finas planchas de oro; los cofres en los que están depositados los vasos canopes, protegidos por los cuatro hijos de Horus y las cobras sagradas, que a su vez contienen los intestinos, el cerebro, el corazón y el hígado de los muertos ilustres. En el umbral de los valles por los que se accedía a los palacios funerarios de los faraones y a los de sus esposas, millares de gentecillas vivían del mantenimiento de las tumbas, velando porque los difuntos que les eran confiados en arrendamiento recibiesen regularmente los alimentos, las flores y los inciensos,

así como porque fuesen observados en las fechas prescritas los sacrificios que les eran debidos y las correspondientes purificaciones. También eran ellos quienes proporcionaban los instrumentos accesorios, sellando detrás de los muertos la última puerta de este mundo, estampando los sellos oficiales de la necrópolis en el lecho de yeso fresco; y ellos cegaban los corredores de acceso con los escombros de la tumba nuevamente cavada con objeto de que ningún ladrón pudiese encontrar jamás su emplazamiento ni calcular por mucho olfato y audacia que poseyese, la calidad y la abundancia de los tesoros que el difunto llevaba con él a fin de asegurarse en el más allá una existencia ciertamente eterna, pero también confortable. Ante Anubis, terrorífico en el silencio y en las tinieblas, único guardián de la sala situada al este de la cámara funeraria, ante Anubis extendido en su lecho, los servidores, asustados, colocaban la cabeza de la vaca celeste, que miraba hacia el oeste y simbolizaba a Hathor, la diosa del Occidente. Así pues, cuando todas las puertas habían sido bien selladas detrás del muerto y cuando los símbolos habían sido puestos en su lugar, cuando todo se habían encerrado en la tierra, un mundo misterioso iba a abrirse lentamente ante los difuntos. Iban a ver venir hacia ellos, por intermedio de su doble, que ya estaba vivo para ellos mucho antes de que hubiesen nacido en otro tiempo, iban a ver, como decíamos, a Nut, la diosa del cielo cuyo vientre se muestra relampagueante de constelaciones. Extenderán sus manos hacia ella y recibirán los fuegos y las

aguas de la vida eterna tan indefinible como la vida del espacio. Es así como resucitan los muertos después de haber visto el sicomoro de donde sale el sol, es así como van hacia las estrellas indestructibles, así como todo ello está justamente escrito en el *Libro de los Muertos.*

EL «ROPAJE DE LUZ» Y LA BARBA OSIRIACA

Aquellos que han contemplado una sola vez esta tierra tebana de los muertos, tan próxima a la ciudad de los vivos, jamás podrá olvidarla. Se acordarán de la transparencia de su cielo en el frescor de las mañanas doradas y el imperceptible estremecimiento del espacio a esta hora maravillosa durante la que las aguas del río parecen estar inmóviles, inmóviles como si esperasen, para volver a tomar su curso, a que el joven sol hubiese incendiado las cimas de la montaña líbica, renovado el calor de la tierra y hecho resonar como un canto la cúpula dorada de un nuevo firmamento... ¿Cuáles eran los ritos precedentes a la colocación en la tumba? Gracias a los descubrimientos de Carter, hoy lo sabemos con precisión. Cuando, después de los cuidados de los preparadores de cadáveres, era terminada la momificación, se rodeaba el cuerpo del difunto con vendas de lino blanco, que simbolizaban la red de fluido vital que rodea al cosmos, el universo de Aranyaka-Upanishad y el de los órficos y los pitagóricos. Estas

vendas, este «ropaje de luz», simbolizan asimismo la resurrección tras la hipnosis de la muerte, que es un periodo de incubación y de germinación. No se olvidaban las joyas ni los amuletos —se encontraron seis capas superpuestas sobre la garganta de Tutankhamen—. La momia era perfumada y aceitada con el barniz *mezet,* el perfume de fiesta, el aceite *safi,* el perfume de aclamación, el aceite *khnum,* el aceite *tua,* la esencia de cedro, el barniz *abiro,* la esencia de Libia y el aceite *baq.* Y por último se velaba porque, bajo ningún pretexto, faltase debajo del mentón la barba osiriaca.

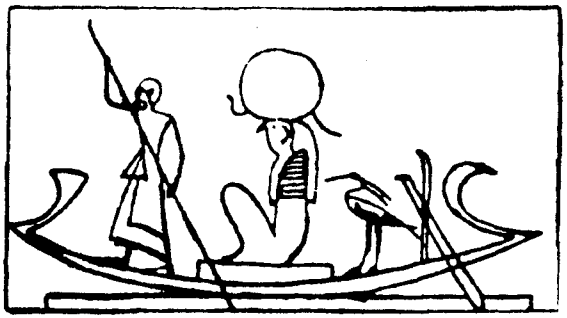
CUANDO LOS MUERTOS SE VAN «HACIA EL BELLO OCCIDENTE»

Cuando los muertos se van hacia la gran Tebas de los Muertos, su ciudad reservada desde milenios, no hay ninguna pesadumbre oprimiendo las entrañas de los parientes ni las de los servidores y los amigos íntimos que les acompañan hacia el *bello Occidente* detrás de los sacerdotes y las plañideras de seno descubierto que se lamentan a coro y se arrojan arena sobre la cabeza, porque todos ellos están exultantes, ¡oh Amón! Saben que aquellos que se desvanecieron en las tinieblas de abajo conocerán las alegrías que les esperan a orillas de los Nilos celestes; saben que, para ejecutar los trabajos indignos o fútiles de los difuntos, serán sustituidos por las estatuillas mágicas. No experimentarán ningún pavor cuando vean ondular las bestias largas y

viscosas, cuando las diosas desocupadas entre los esplendores del otro mundo les ofrezcan ojos de Horus a puñados; en el anónimo hormigueo de las formas en busca de esperanza, verán, sin temerlas, a las serpientes portadoras de genios funerarios; podrán contemplar una detrás de otra las doce regiones inferiores, cada una de las cuales está iluminada solamente una hora en la noche, cuando el sol la atraviesa en el curso de su viaje nocturno. Se rozarán con escribas cinocéfalos que pronuncian misteriosas palabras cuyo sentido nadie pudo descifrar jamás con pájaros de rostro humano que sirgan la barca solar, con escarabajos de cabeza de carnero, con momias deslizándose en el interior del globo del mundo, con brazos sin cuerpo que marchan sin compañía llevando soles. Toda esta fantástica imaginería pintada sobre los muros de los palacios funerarios será tranquilizadora para ellos, porque saben que ya no estarán solos, que jamás estarán solos en el más allá. Ellos no conocen esa angustia de los bárbaros del Punt y de todas las demás comarcas de la tierra que temen quedarse solos y desnudos en esa horrible soledad de la muerte que ningún grito de las profundidades y ninguna luz pueden aplacar...

Pero esta imaginería de las tumbas tebanas no solo evoca el descenso hacia las regiones subterráneas. Existe para los muertos una eternidad feliz, un bienestar asegurado, incluso un lujo verdadero. Tendrán sirvientes, escribas, ocas de alabastro asadas, tarros floreados llenos de cerveza y de vinos, tocadores de sistro, barcas y carros; tanto ellos como sus dobles serán

cubiertos de amuletos que les preservarán de las enfermedades de los muertos, con las que solapadamente los malos genios intentan postrarles; en la época de los Días de las Fiestas de los Muertos, obtendrán un lugar en la barca Neschmet. Ciertamente, todavía no ha regresado nadie de las regiones subterráneas, desde tiempos ancestrales, para contar lo que había visto, oído y sufrido; nadie ha podido jamás tranquilizar el corazón de un vivo con el fin de que este se alegre de ir allí donde van los muertos. El propio faraón, por poderoso y divino que sea, teme a lo que a veces osa llamar «la calamidad de la muerte», y de ningún modo



El difunto maniobra la Barca Solar.—TEXTOS: «He dejado el *Tiau,* el mundo inferior, y ahora estoy en pie a la proa de la Barca Sagrada. Soy aquel a quien se ha dicho: Ve en paz, oh muerto-Osiris, en la Barca de Ra. Navega en paz, oh muerto-Osiris, antes de unirte como Maât a su Disco Solar en el inmenso abrazo de su luz». Detrás de Ra, el pájaro *Bennu* de Heliópolis, símbolo del alma universal de Osiris, que resurgirá sin fin de ella misma en tanto que duren los tiempos y la eternidad. (Según LEPSIUS, *Todt.*, pl. 37.)

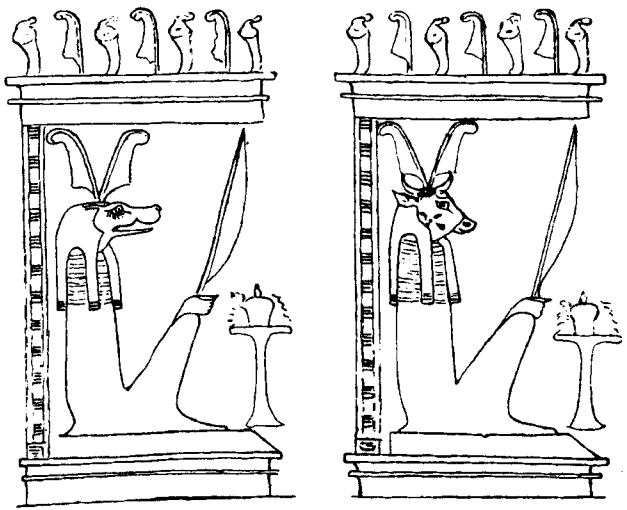
deja de multiplicar las ofrendas y las fumigaciones de incienso a los dioses tebanos y también al Nilo que recubre la Duat cuando, hacia el 15 de agosto, en la esperada época del «agua pura», la Inundación recubre las tierras cultivadas del Valle, depositando allí su fabuloso limo. ¡Pero el muerto se iba en medio del alborozo general! Aquel Nilo que tanto había amado lo atravesaba por última vez en una barca florida. Cerca de su féretro, colocado en un cofre de madera pintada, o bajo un baldaquino, el sacerdote *sem* de cabeza rasurada, vestido con una piel de leopardo, ofrece el incienso ante la momia envuelta en lienzos bordados. Los parientes del difunto se lamentan ostensiblemente mientras que un segundo sacerdote recita las fórmulas rituales. Tomamos de A. Erman los rasgos más característicos del paso del Nilo a Tebas por el muerto. Mientras que el sacerdote ofrece fumigaciones a Harmakhis-Kheper, que está en la barca del padre de los dioses, la barca *Neschmet,* y mientras que el sacerdote-lector pronuncia las viejas sentencias, las mujeres gimen al unísono; en otra barca que precede a la del muerto se han situado otras mujeres con el seno desnudo. Vueltas hacia el cadáver tratado con natrón y betún por el *Kher-heb* y por el embalsamador, tampoco ellas dejan de gemir. Entretanto, en pie sobre la proa del barco funerario magníficamente adornado, y dirigiéndose al piloto que parece más grande a la luz, un pariente del difunto grita: «¡Piloto, pon rumbo hacia el bello Occidente, que es el país de los Justificados!» Hay otros barcos que siguen el cor-

tejo marítimo: el de los parientes, el de los amigos íntimos que llevan los regalos y bendicen la memoria del desaparecido, el de las danzarinas y las cantantes, el de los servidores en trajes de fiesta. En las orillas del Nilo los mirones admiran el cortejo funerario tan bien organizado y se asombran del gran número de amigos que tenía el difunto. Se dicen unos a los otros:

> ¡Mirad lo que ha alcanzado ese noble tebano porque, durante toda su vida, ha servido y adorado a Khons de Tebas, el cual le ha concedido alcanzar el Occidente con sus servidores!

Llegados a la orilla opuesta, los acompañantes del muerto cargan con la estatua del difunto (que será su asociada en el más allá), las flores, las barcas en miniatura, los amuletos, los mobiliarios, los alimentos, las estatuillas mágicas, las figurillas de mujeres desnudas cuyas piernas están cortadas con objeto de que no puedan escapar jamás de la tumba del difunto, cuyos placeres deben asegurar. El último viaje se organiza con método; la barca en la que se encuentra el féretro es colocada sobre un trineo, y cuatro bueyes del Valle, bajos y pesados, arrastran al bienaventurado, que será transfigurado por Anubis en su Casa de Eternidad. Y el cortejo conducido por el sacerdote *sem* se internaba en el Valle de los reyes cuando se trataba de un alto dignatario de la corte. Por una ruta polvorienta, serpenteando entre cañadas de flancos abruptos y entre ruinas de rocalla, bajo un cielo cuyo fulgor era insoportable, habiendo dejado una Tebas apasionantemente viva para penetrar sin transición en un universo caótico, el muerto y su cortejo se encaramaban lentamente en la montaña del Occidente, que albergaba centenas de palacios funerarios. A derecha e izquierda del camino que conducía a los muertos ilustres hacia las puertas de la eternidad, hacia millones de años de existencia futura, las paredes verticales de la montaña líbica totalmente roja parecían estremecerse ligeramente de tan intenso como era el calor. En esta región de agostadores vientos y arenas ardientes, en este rincón del mundo donde no caen más que algunas gotas de agua cada siete años, se tiene verdaderamente la impresión de penetrar allí donde comienza el infierno. Se cree divisar en torno a sí, y nada podría atenuar esta visión, ni siquiera los gritos de las plañideras oficiales o el esplendor del cortejo fúnebre, se tiene la impresión de percibir, como decíamos, mil generaciones de muertos, que son el sudor y el alma de esta montaña alucinante. Sí, el valle de los muertos, tan próximo a Tebas donde el sol hace brillar centenas de obeliscos recubiertos de agujas de oro, y los pilonos de los templos sobre los que están escritos los relatos de las campañas gloriosas de los faraones y el nombre de los pueblos subyugados; sí, este valle de los muertos inundado de luz es hostil a los vivos. Si la crueldad puede darse en ciertos paisajes, los valles desérticos de Biban el Moluk son buena muestra de paisajes crueles. Pero, para el difunto, la ruta que acabamos de seguir era la del retorno hacia el astro que le había creado, y

él volvía a hallar en el umbral de su resurrección el punto exacto donde se pone el sol detrás de la cima triangular de la Montaña del Occidente. Y cuando los sacerdotes de Amón sigan el largo corredor cavado en la roca calcárea veteada de calcita y hagan depositar su ataúd iluminado en la cámara funeraria orientada, como todas las tumbas tebanas, de este a oeste en la Sala de Oro de techo azul constelado de estrellas, el muerto se regocijará antes de prepararse para las pruebas de su justificación. En cuanto a los vivos, volverán con placer a las llanuras irrigadas que bordean el Nilo,



Dioses, armados de cuchillos, guardianes de las Puertas de la Duat. (*Papiro Anhaï* del British Museum. LETANÍA CXLVI.)

a algunos kilómetros de esos lugares, y al frescor de los oasis de Luxor y Karnak... Y también ellos se alegrarán de saber que aquel que acaba de dejar este mundo, pronto verá los rostros de sus padres y de sus madres en las doce partes del mundo inferior donde a veces se escuchan las almas ululantes o los simios sentados en la arena que llaman desesperadamente a Ra, en los largos Corredores del Oeste o en esas soledades del espacio que nadie puede imaginar. Antes de entrar definitivamente por la buena puerta, aquella por la que solo los muertos pueden penetrar con sus *ushebtis*—pequeñas figurillas en forma de momia que llevan el nombre del desaparecido y están encargadas de sustituirle en todos los trabajos del más allá—, ante la momia mantenida en posición vertical, tendrán lugar las últimas e indispensables ceremonias funerarias: las de la apertura de la boca y de los ojos con la azuela mágica, que le restituirán el aliento y la vista, la purificación por el agua, la recitación de determinadas fórmulas y las fumigaciones. Pero mientras el muerto recibe promesas de eterna felicidad, su esposa no cesa de expresar su dolor. Ante los sacerdotes indiferentes a sus manifestaciones, se abraza a la momia, pega su rostro a la máscara de tela y de yeso. Se golpea y gime, y el coro de plañideras la estimula mezclando las lamentaciones oficiales al llanto de la viuda. Realmente el muerto debe alegrarse si el soplo mágico ha penetrado ya en sus narices, porque los lamentos de la esposa y las letanías del sacerdote-lector son muy dulces de escuchar cuando se parte así:

¡Maldición! ¡Maldición! Soy tu hermana bienamada... ¡Por qué estás ya tan lejos de mí, tú que tan bien sabías bromear conmigo y que tanto me amabas! —Este es un hermoso día porque el bienaventurado revivirá en el cuerpo de Osiris...— ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Te callas y ya no dices nada! ¡Tú, que tenías tantos servidores, tal vez estás allí donde no hay nadie, sino monstruos de ojos fosforescentes! —Este es un hermoso día porque serás guardado por el hombre, por el chacal, por el mono y por el halcón, que constituyen las cuatro caras de Horus...— ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Mi llanto es cruel! ¡Tú, que te paseabas conmigo por los jardines a orillas del Nilo, tienes tus piernas estrechamente envueltas en vendas! ¿Me reconoces? Soy tu esposa, tu hermana bienamada. —La alegría está con aquel que ahora reposa apaciblemente. Con el signo osiriaco *djed* podrá comer los alimentos de Osiris... —¡Maldición! ¡Maldición! Mi cuerpo está suplicante y tu cuerpo se encuentra totalmente frío. —Este es un hermoso día para la momia que lleva un escarabajo en su vientre. —Soy tu hermana y tú me has dejado y voy a entrar sola en nuestra casa...

Mientras que los últimos ritos eran ejecutados, los servidores preparaban el banquete funerario. Alzaban en el «Valle del Desierto» kioskos hechos de ramajes y de flores. Los componentes del cortejo se reunían en torno a las mesas y todos ellos hacían los honores a los delicados alimentos y a las cervezas mientras que jóvenes danzarinas desnudas, adornadas con lotos, aún más bellas a la tamizada luz de la tarde, mimaban los relatos del antiquísimo Egipto, del Egipto misterioso

del principio de los tiempos que entonces era gobernado por dioses-faraones que reinaron cincuenta mil años cada uno. Entretanto, bajo el efecto de las bebidas, de los cantos y de las danzas, los convidados de rostro ceremonioso se animaban y se regocijaban por aquel día tan hermoso para el muerto y para su *ka* liberado. La comida de los funerales se convertía en un banquete, al aire libre, de alegres comensales; las mismas plañideras, que tan bien sabían lamentarse dando visos de realidad a su mímica, se dejaban llevar a compartir el bienestar ruidoso de los invitados reunidos en torno a los alimentos. Poco a poco, mientras que las últimas llamas del sol poniente alumbraban con una extraña luz rasante los lejanos templos de Karnak y Luxor, que podían divisarse del otro lado del Nilo, las danzarinas parecían más ardientes y algunos las imaginaban más lascivas; se olvidaba gustosamente a los embalsamadores viendo danzar los lindos cuerpos a los furtivos reflejos de bronce y de ébano, engalanados con collares y cinturones de flores de loto, perfumados, siempre fascinantes... No obstante, era decente que esta fiesta no se prolongase durante demasiado tiempo, y los procesionarios, saciados, volvían por fin a Tebas, antes de que la noche cayese sobre el universo de los vivos y sus esplendores; cada uno pensaba un poco en el muerto que había dejado tras él, en un «hermoso lugar del Valle del Desierto», y evocaba, sin envidiarle por ello, la alegría del difunto que sabría tratar sus asuntos entre las criaturas de la Duat. Deseaban no volver a oír hablar de este muer-

to, y no tener que maldecirle un día si, por malicia, sentía ganas de *remontarse con el viento* y venir solapadamente a turbar el reposo de sus allegados o de sus amigos, en noches de plenilunio, a robarles su alma, sus aromas o sus amuletos, o bien a emponzoñarles la nariz o el hígado con extraños alientos que exhalan los demonios o los medio-demonios de debajo de la tierra.

VII

Lo que los arqueólogos han descubierto en las «moradas de eternidad»

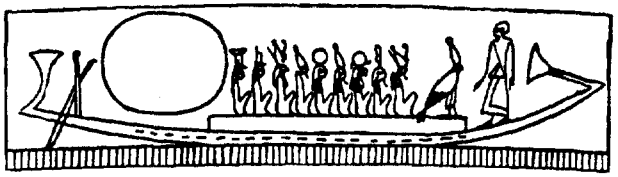
Las excavaciones emprendidas por las misiones arqueológicas nos han revelado la increíble variedad y riqueza de los muebles funerarios que los egipcios acumulaban en sus tumbas. Todo lo que el difunto había poseído en la tierra volvía a encontrarlo en su «Morada de eternidad» y podía estar seguro de que su bienestar en el más allá había sido objeto de cuidados atentos, si no desinteresados. Los sabios han descubierto en las cámaras funerarias auténticas tiendas de lujo, amontonamientos de cosas heteróclitas tales como tarros de maquillaje para embellecer el rostro joven de lindas muertas, pelucas, carros de combate, piernas de carnero momificadas, mezclados en confusión con las estatuillas azules o verdes representando al difunto como un Osiris momiforme, con los arpones dispuestos, los delicados ramilletes funerarios compuestos a base de ramas de persea y de olivo, jarras de vinos finos marcadas con el sello del productor, antorchas, vasos de cuarzo transparente, lechos en forma de animales sagrados que habían sido utilizados para las prepara-

ciones rituales de la momia, los *escarabajos del corazón,* que podían influir, en el momento de la «confesión negativa», ante el tribunal de los muertos, con testimonios molestos, y sobre los que los copistas habían grabado las siguientes letanías:

> ¡Oh, corazón que mi madre me dio! ¡Oh, corazón que forma parte de mi carne! No te alces contra mí en las tinieblas, en calidad de testigo; no seas el enemigo de mi palabra ante Anubis, ante Thot y ante Osiris... Sé como yo delante de la Balanza de los Jueces y no permitas de ningún modo que el olor de mi nombre sea semejante al hediondo olor del chacal.

¡Qué inventario el que ha sido hecho por los sabios en las tumbas del Egipto faraónico! Se han encontrado ropajes de los sacerdotes *sem* (los que abren la boca y los ojos del muerto con su dedo meñique, le ungen, le cubren la cabeza y le adornan con tirillas, y le dan el bastón y el látigo que cruzará sobre su pecho exactamente como Osiris los cruza sobre el suyo); bumerangs para la caza en los campos elíseos que están a ambos lados del Nilo celeste; vasos de alabastro translúcido que contuvieron los perfumes y los óleos preciosos; trompetas con los nombres de Ra, de Amón de Tebas o de Ptah, el que esculpe el globo del mundo, que serán tocadas el día de la resurrección osiriaca; ocas sagradas de Amón envueltas en lino; remos mágicos, al extremo de los cuales aparece pintado el ojo de Horus con el fin de que las barcas funerarias no puedan extraviarse en las aguas del mundo inferior; largos bastones

heket, semejantes a aquellos que todavía hoy se ven en las llanuras tebanas entre las manos de los fellahs; cofres de madera de cedro del Líbano —lo providenciales que fueron en la antigüedad estas selvas del Líbano...— llenos de sandalias de papiro, de taparrabos triangulares y de guanteletes de arquero. En las tumbas de los escribas no se han olvidado de depositar los estuches de cálamo guarnecidos con finas cañas, ni lo que necesita todo funcionario para escribir y contar, es decir, el bruñidor, el recipiente de agua y las paletas con su surtido completo de colores, siendo depositados todos estos objetos en una canasta de médula de papiro forrada de tela. No olvidemos mencionar los cetros, simbolizando la realeza y el poder de Osiris, que son, como observa Jean Capart, «absolutamente semejantes a los báculos de nuestros obispos»; los innumerables signos *ankh,* que son los signos que figuran «los millones de años de existencia de los muertos», así como el *djed* y el *thet,* que aseguran al difunto, si no han sido olvidados en los pliegues de sus vendas, el reposo y la resurrección; las vacas Menourit, cuyo vientre está constelado de estrellas. Se han encontrado por decenas de millares los *ushebtis,* pequeñas figurillas encargadas de realizar en el más allá las tareas cotidianas en lugar del muerto, porque en los paraísos de Osiris es preciso que estén eternamente asegurados el sostén y el alimento de los Justificados, es preciso «que la arena del este sea trasladada al oeste». Quiero enumerar, asimismo, las langostas de oro; los broqueles en madera ligera recubiertos con piel de antílope; los flabelos con sus plumas



En pie, a la proa de la Barca Solar, el difunto hace frente a la tripulación de dioses que le acompañan hacia el otro mundo. «El muerto justificado ocupa su lugar en la barca de Ra para poder recorrer el cielo, para poder atravesar el cielo con los imperecederos. Navega hacia el otro mundo con Osiris antes de que su alma se desvanezca en Ra.» (*Papiro Nu*, viñeta de la LETANÍA CXXXIV.)

de avestruz intactas; las cajas de sombreros y de perfumes; los estuches de arcos decorados con escenas de caza iluminadas con las alas irisadas de los escarabajos. Hay que hacer mención aparte de las estatuillas de mujeres desnudas, de enormes caderas, que estaban reservadas para los amores del difunto en el más allá, porque los muertos también tienen harén. Con objeto de no comprometer las pasiones legítimas y también para que no pudiesen dejar jamás el hogar mortuorio o abandonar la cámara del sepulcro, estas estatuillas femeninas no tenían piernas; así sus poseedores, tan celosos como los de aquí abajo, no tenían que temer que sus concubinas fuesen a mantener amores culpables en otra parte...

* * *

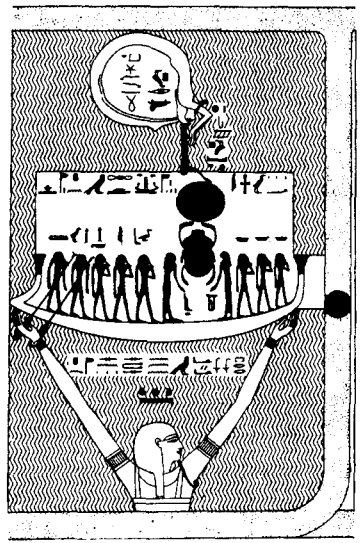
Cuando el arqueólogo inglés Emery descubrió la tumba de un alto funcionario de la segunda dinastía, quedó maravillado, y A. Erman, que nos relata este acontecimiento, escribe: «¡La tumba de este funcionario estaba compuesta de *cuarenta y dos salas!* Una de las piezas fúnebres se asemejaba mucho a un comedor, con su mesa en la que aparecían puestos los cubiertos. Las copas y los platos eran de alabastro y contenían palomas asadas, peces del Nilo, legumbres variadas, un «lomo de vaca» para diez convidados, sin olvidar las salsas y frutas, la repostería de forma redonda, las hogazas de pan triangulares. Todo ello, aunque «seco» por el clima egipcio, estaba no obstante bien conservado.» No, nadie podrá olvidar jamás, si su alma estuvo con entusiasmo entre los dioses de los muertos e incluso si no les vio más que una vez en el seno de la tierra, esas maravillosas «Salas de Oro» de las sepulturas reales cuyos muros están recubiertos de mágicos encantamientos pertenecientes al ritual del *Libro de los Muertos*... Vemos a las divinidades del otro mundo que han venido a estos palacios funerarios —que jamás hubiera debido contemplar la mirada de ningún vivo— para dar la bienvenida a aquellos que han muerto, acogerlos en el umbral de las puertas que se abren sobre doce universos, ante los monstruos que les esperan en las cavernas, y las orillas del río donde se escucha a todas horas de la noche el inmenso clamor de los muertos cuando aparece, en una especie de halo fugutivo, la barca solar remolcada por largas serpientes...

EL EMBALSAMIENTO DE LOS CADÁVERES

Los antiguos egipcios temían que sus cuerpos se pudriesen, al igual que sentían miedo de no poder volver a encontrar su respiración en el otro mundo, y este temor morboso lo hallamos a todo lo largo de las letanías del *Libro de los Muertos.* El pensamiento de que su cuerpo debía permanecer incorrupto después de la muerte les obsesionaba. Por supuesto, sabían que, en su sarcófago, el difunto estará entre los brazos de la diosa Nût y que será «sepultado en el cuerpo de la Madre del Cielo»; sabían que el difunto será transfigurado por Nût y que su nuevo nacimiento será cierto en el cuerpo de Nût. Su féretro era «la luz, la envoltura luminosa del alma, la túnica osiriaca del alma que es un germen de eternidad»; sabían que el tiempo y el espacio no podrían tener ninguna dimensión para el alma y que en el cuerpo que esta había abandonado siempre estarían «las cosas que fueron y las que serán». En el féretro se elaboraba la misteriosa noche de las formas y en esta noche las almas están en adoración. Pero todavía era preciso que el cuerpo fuese preservado de la inevitable putrefacción, y por este motivo los egipcios se tomaban tantos cuidados embalsamando los cadáveres. Es Anubis, el «dios de las vendas funerarias», quien enseña a los primeros hombres el arte de hacer incorruptibles los cuerpos, con objeto de que el *pájaro del alma* que los abandonaba en el instante de la muerte pudiese, en todo momento y millares de

años más tarde, reintegrarse al cuerpo que había animado cuando estaba vivo en el Valle del Nilo. Por tanto, era indispensable que el cuerpo pudiese conservarse intacto durante milenios, porque si la putrefacción llevaba a cabo su obra, el alma, que ya no podría alojarse allí, estaba condenada a desaparecer para siempre jamás. Para evitar que el cuerpo humano desapareciese definitivamente de la tierra, los egipcios lo trataban con sal y con betún antes de depositarlo en la cámara funeraria. El cuerpo permanecía durante setenta días en esta salmuera de natrón y betún. A veces, en especial cuando se trataba de un alto personaje o del faraón, los especialistas procedían con tal cuidado al embalsamamiento del cadáver que les era confiado, que la preparación del cuerpo podía durar hasta diez meses. Mientras que los sacerdotes recitaban determinadas letanías de *El Libro de los Muertos,* el cadáver era cuidadosamente depilado y desviscerado con hierros especiales que se les introducía por las narices, y el operador, excavando el cráneo, extraía los sesos, trozo a trozo. A continuación abría el vientre y lo vaciaba de vísceras. Después la herida del costado era recubierta con una placa protésica de cera o de metal mantenida en su lugar por los cordones que rodeaban el vientre. En medio de esta placa se encontraba el ojo *Udja,* ojo mágico de Horus, símbolo sagrado que servía de amuleto y del que se han hallado millares de ejemplares en las necrópolis. A derecha e izquierda del ojo mágico, estaban en pie los cuatro genios funerarios, o Hijos de Horus, protectores de los cuatro vasos

canopes en los que estaban depositados el hígado y las entrañas del muerto: Hapi, con cabeza de cinocéfalo; Amset, con cabeza humana, Duamutef, con cabeza de perro, y Kebehsenuf, hieracocéfalo. Solo el corazón quedaba en su lugar porque, como está escrito en el *Libro de los Muertos:* «Tu verdadero corazón está contigo.» El interior del cuerpo era cuidadosamente lavado con vino; se inyectaba un producto químico en las arterias. Las grasas eran raspadas, el interior del vientre rellenado de cera, de grosellas, de canela, de granos de loto tostados, de tapones de tela impregnados en aceite de cedro, de mirto y de cuerpos grasos antisépticos. En el lugar de los ojos se ajustaban pupilas de esmalte. Los pulmones, el hígado, el estómago y los intestinos eran, asimismo, embalsamados antes de ser depositados en los cuatro vasos que los griegos denominaron vasos canopes. Incluso se ha llegado a encontrar en los vasos canopes, y este caso ha sido señalado por Erman, algunos falos envueltos, aparte, en vendas de lino. Después de estas operaciones de limpieza y desvisceración, se envolvía los miembros y el rostro en vendas que previamente se habían esterilizado en un baño de alquitrán, y entre las vendas se intercalaba, como ya hemos dicho, los indispensables amuletos y guirnaldas de hojas de sauce y de olivo, ramilletes de azulejos y pétalos de loto azul. Para que la momia conservase la forma de un cuerpo humano, los preparadores colocaban tapones protectores en los lugares donde las vendas de lino, al apretar demasiado el cuerpo, pudiesen deformarlo. En cuanto a la longitud de



El dios Nun, *abajo,* surge de las Aguas Primordiales. Sostiene la Barca Solar en la que se divisa al Escarabajo portando el Sol Naciente. A ambos lados del Escarabajo, Isis y Nephtys, y *a la izquierda,* los dioses Shu, el dios-luz solar «que ha hecho su cuerpo»; Sha, que es la inteligencia, el piloto de cabeza de la Barca Solar; Hou, que es el piloto de cola de la Barca Solar, transmite a la tripulación las instrucciones de Sha. *A la derecha* del Escarabajo, tres porteros «que abrirán las Puertas del Día», por las que el Sol Naciente aparecerá en el mundo. *Arriba,* y siempre en las Aguas Primordiales *(dar la vuelta al documento)*, Nut, la diosa del cielo, va a recibir al Sol Naciente; Nût está en pie sobre la cabeza de Osiris, cuyo cuerpo forma un círculo perfecto delimitando el mundo inferior de la Duat. Esto es lo que puede leerse en los textos: «(Este es) Osiris. Viaja en la Duat». (Cf. *El Libro de los Muertos, 12.ª Hora de la Duat;* PIANKOFF, *Ramsés* VI; MAYASSIS, *El Libro de los Muertos...;* BUDGE, *Papiro Ani.)*

las vendas de lino utilizadas, ya es clásico evocar el descubrimiento del doctor Derry, que encontró sobre una momia una pieza de lino de veinte metros, plegada ocho veces para almohadillar dicha momia que, seguidamente, había sido recubierta mediante pincel con una espesa capa de goma líquida. Antes de envolver al difunto en las vendas, los especialistas en cuidados del rostro —los esteticistas de nuestros actuales institutos de belleza, podría decirse— maquillaban la cara del muerto; teñían los labios y las uñas, las palmas de las manos y las plantas de los pies; obturaban las narices con objeto de retener los humores que quedaban en el interior del cráneo después de su desvisceración. Cuando el cuerpo estaba dispuesto, era extendido sobre su lecho funerario como un durmiente, con la cabeza reposando sobre una cabecera de piedra, y encerrado en su cartonaje, cuyos ojos pintados le permitían poder contemplar el universo del más allá.

* * *

Lo que nos refiere Heródoto sobre el arte del embalsamamiento practicado por los antiguos egipcios ha sido confirmado por los arqueólogos. Una inscripción hallada en la tumba de un alto funcionario, escribe Erman, es igualmente interesante a este respecto:

> Una hermosa y apacible colocación en la tumba tendrá lugar cuando hayan transcurrido tus setenta días de embalsamamiento y seas depositado en tu lecho funerario... Serás conducido por toros inmaculados... Tu camino será rociado de leche hasta que hayas alcanzado tu tumba. El sacerdote abrirá tu boca y terminará tu purificación. Horus abrirá tus labios, tus ojos y tus orejas. Tu cuerpo ahora está más cerca de la perfección en todo aquello que te pertenece. Serán recitadas para ti las letanías del libro sagrado; se te ofrecerá un sacrificio fúnebre y se depositarán ante ti las ofrendas prescritas. Tu corazón estarán en ti como lo estuvo cuando vivías en la tierra. *Tú penetrarás en tu cuerpo como en el día de tu nacimiento.* Avanzarás por la tierra y por la Montaña del Oeste, y las danzarinas fúnebres vendrán hacia ti jubilosas.

Heródoto cuenta que los embalsamadores de los pobres «violaban a veces a las mujeres muertas que les eran confiadas si estas eran jóvenes aún.» También, añade, «se solía esperar tres días antes de transportar a las muertas jóvenes al barrio de los embalsamadores». Heródoto, muy bien informado, nos proporciona interesantes detalles acerca de la manera un tanto desenvuelta en que eran tratados aquellos cuyos parientes o amigos eran demasiado pobres para poder ofrecer a su difunto unos funerales decentes, es decir, una momificación de primera o segunda clase. Los embalsamadores tebanos proponían para su ejecución varios modelos ventajosos de cartonajes de momias iluminados con mayor o menor talento. Se elegía aquel que se deseaba adquirir y, el mercantilismo siempre en acción, se discutía su precio y su calidad.

Heródoto nos participa sus emociones cuando, en la buena ciudad de Amón, es testigo de un regateo que le resultó sórdido entre el artista y los parientes del desaparecido que, sin querer ofrecer el precio conveniente, exigen no obstante el máximo de amuletos, sin olvidar el escarabajo del corazón, tal vez robado ya tres veces en la necrópolis vecina por bufones que sabían enriquecerse a expensas de los Justificados. En tanto que el debate se prolongaba, unas plañideras, cómplices o interesadas, aullaban en la callejuela y, con magníficos gestos dignos de su repertorio, se cubrían de arena la cabeza, mimando a la perfección su gran dolor profesional. No citaremos más que como curiosidad memorable a la viuda ofreciendo en prenda el cadáver de su marido para poder tomar prestados algunos jarros de cerveza... ¡Que no se piense en absoluto, por malevolencia, que estos jarros de cerveza debían contribuir a mitigar la pena de la viuda! No, serían piadosamente ofrecidos al esposo, serían depositados cerca de él a fin de que le fuese permitido apagar la sed en su tumba como lo hacía en su casa, a orillas del Nilo...

PARA LA GENTE HUMILDE, UNA PIEL DE BUEY Y UN PAPIRO CON UNA PLEGARIA DEL *LIBRO DE LOS MUERTOS*. PARA LOS POBRES, UN AGUJERO DE ARENA EN EL DESIERTO LÍBICO

Las pobres gentes que no podían permitirse un encartonado de lujo, ni plañideras, ni amuletos, eran tratados a la baqueta por los embalsamadores y sus aprendices, que se aprovechaban de sus vísceras. Se simplificaban las manipulaciones con objeto de no aumentar los gastos. Los cadáveres eran suspendidos de ganchos parecidos a los de los carniceros, y se les hacinaba después de la desvisceración en inmensas cubas con capacidad para cinco cuerpos cada una si se trataba de adultos. Se dejaba hervir los cuerpos en una solución salina durante treinta días. Cuando la momificación estaba terminada, los parientes o los amigos volvían a tomar posesión de su cadáver. Aquellos que no podían comprar un féretro envolvían al muerto en una piel de buey y añadían un papiro con algunas fórmulas mágicas y letanías sacadas de *El Libro de los Muertos*. ¡De este modo el difunto, tan mísero como fue en vida, se presenta, gracias a las fórmulas mágicas y a las letanías, ante el tribunal de los muertos para ser justificado y convertirse, él cuya piel no valía el precio de una cebolla, en el igual de los dioses con el mismo título que el más poderoso o el más afortunado de los súbditos del faraón! En cuanto a aquellos que, en

aquel bajo mundo de engañosas apariencias, ni tan siquiera tenían lo necesario para reservarse un lugar en algún pozo funerario compartido y pagado en común, eran sepultados sin aparato, un poco a hurtadillas, en un agujero de arena en los confines del desierto líbico después de haber sido atados a un tronco de palmera o doblados en dos y encordelados para ocupar menos sitio... Pero a veces ocurría que, en una noche de poca luna sombras portadoras de un cuerpo embalsamado a bajo precio se deslizaban en la necrópolis reservaba a los egipcios ricos; se apresuraban a enterrar al intruso junto a una tumba principesca a fin de que pudiese aprovecharse de los honores y de los sacrificios fúnebres ofrecidos regularmente a aquellos que podían permitírselos. Después de todo, se trataba de un acto de devoción y de amor para con el difunto, cuyo bien se esperaba que fuese tenido en cuenta en un mundo donde no habrían de hacerse diferencias entre riquísimos y miserables...

EL SANTUARIO DE HERMÓPOLIS

Los arqueólogos han descubierto en las necrópolis del antiguo Egipto una gran cantidad de animales momificados; enumeremos entre estos hallazgos: gatos, halcones, serpientes, ibis, ratas, sapos y vulgares escarabajos, cuyos restos eran depositados en pequeñas vasijas de bronce; citemos también los monos y los toros sagrados, e incluso los saurios, esas abominables

bestias de las aguas que poseían su ciudad santa, Cocodrilópolis en El Fayum. Los sacerdotes cuidaban con devoción de estos animales sagrados, velando por su bienestar, y los enterraban con el mismo ceremonial que si se hubiese tratado de llevar a su palacio funerario al faraón en persona. Los griegos se extasiaron en Hermópolis, el gran santuario consagrado a los ibis, ante la belleza de los templos, de los jardines y de los estanques donde pululaban los intocables volátiles a los que estaban destinadas momificaciones de primera clase. En nuestros días, y cavada en la roca, se ha encontrado una inmensa sala subterránea en la que los ibis sagrados eran embalsamados y momificados después de que los sacerdotes hubiesen pronunciado las letanías del *Libro de los Muertos*. Pero dejemos la palabra al arqueólogo Cabra, que tuvo la buena fortuna de descubrir el mencionado satuario: «Un laberinto de innumerables corredores, algunos de los cuales tenían 150 metros de largo, comunica con la sala de embalsamamiento de los ibis sagrados. En el curso de pacientes trabajos que duraron varios años se han encontrado cuatro mil urnas conteniendo momias de ibis en perfecto estado de conservación enviadas a Hermópolis desde todas las regiones del antiguo Egipto.» ¿No da esto que pensar? Pero eso no es todo: «En una sala en la que se encontraba un altar, se divisa un babuino sentado y dos ibis dorados en madera, mirando los tres hacia una puerta tras la que se encuentra la tumba del sumo sacerdote Ankh Hor. Vasos de alabastro y 365 estatuillas de porcelona brillante servían para el

culto funerario. ¡Nuestro asombro fue indescriptible frente a este culto rendido a los ibis en aquel palacio colosal cavado a 34 metros bajo tierra!» El relato de los funerales de Apis, el toro blanco sagrado, es célebre: «El faraón le acompaña a su tumba, y la procesión de 200 metros de largo se extiende por una avenida flanqueada por 150 estatuas de esfinges. Los sacerdotes precedían la colosal estatua del toro esculpida en un solo bloque de cuarzo amarillo y rojo». Cuando Mariette descubrió, a mediados del siglo pasado, la tumba del toro Apis, redactó estas líneas que también hoy podrían escribirse: «Uno se pregunta cómo esos colosales sarcófagos de tres mil años de antigüedad han podido ser talladas y pulidas como espejos, cuando los artesanos egipcios no poseían ninguna herramienta de acero».

LOS MALOS SOPLOS, EL SACERDOTE «KHER-HEB» Y EL «DISCO DE CALOR»

Los amuletos, los sortilegios, las palabras y signos mágicos, las pequeñas estelas portátiles que se suspenden del cuello o de la puerta han poseído siempre en todos los pueblos de la tierra virtudes inquietantes o irrisorias. Los egipcios empleaban estos artificios para sustraerse a las maldiciones de los malos espíritus y de los escorpiones portadores de maleficios, así como para defenderse del furor de los cocodrilos aterrados si a uno se le ocurría pronunciar cerca de ellos los nombres de Ra, de Sekhmet o de Thot, no sin haber trazado previamente en el aire signos misteriosos que, evidentemente, solo los iniciados podían conocer. ¿En qué tiempos legendarios, borrados de la memoria de los hombres, Isis la de la boca sabia lanzó su grito hacia el cielo para llamar a la barca de las almas inmortales? Oh, poderes de las vasijas rotas y pisoteadas por los magos en éxtasis, comprometidas a causa de la excelencia de su habilidad por gentes que se inquietan por la extraña forma de una sombra en la arena o de un signo entrevisto en el escalón de una puerta, y que escuchan, temiéndolas o regocijándose, las palabras mágicas que pueden atormentar a los vivos durante varias estaciones y actuar sobre el comportamiento de los muertos en el universo que se encuentra bajo el nuestro, según que sean pronunciadas al viento del Norte o al viento del Sur... Los antiguos egipcios temían particularmente a las potencias demoniacas que aparecen tan claramente a través de las formas, de las resurrecciones, de los soplos, de los espacios y de las noches de abajo, a través de las llamas y a través de las aguas... También utilizaban los amuletos con el fin de defenderse de los muertos mal intencionados, «para encerrar sus sombras ladronas», porque hay ladrones de niños en el mundo de los muertos al igual que, entre los vivos, hay ladrones de tumbas. Recurrían a propósito y fuera de propósito a los buenos y costosos oficios del sacerdote *ker-heb*, lector del *Libro de los Muertos* —el «Jartum» del Antiguo Testamento—, pidiéndole que santificase la «cuerda

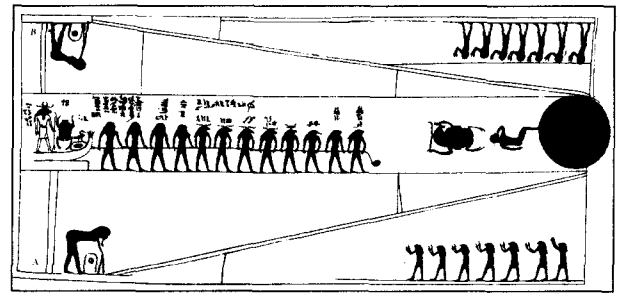
de los Siete nudos» o el saquito lleno de huesos de ratón que, según una curiosa creencia popular, ¡se emplea para recuperar el soplo de los dioses! Pero si los amuletos eran utilizados en cantidades inimaginables, por los vivos, hay que decir también que los muertos no les iban a la zaga. Con ellos, cubrían sus momias, sin olvidarse de depositar cerca de estas el bastón mágico, el bastón de la Larga Marcha y, bajo su cabeza envuelta en vendas, el «disco de calor» en el que aparecían pintadas extrañas figuras...

LA MALDICIÓN DEL FARAÓN

«La muerte tocará con sus alas a aquel que perturbe en su eternidad al faraón que reposa en este lugar.» Hay una leyenda que dice que hubo una inscripción. Se recordará la maldición que ha pesado sobre todos aquellos que, hace más de medio siglo, penetraron en la tumba de Tutankhamen, que sin embargo había sido protegida hasta el fin de los tiempos en este mundo por el sol alado. Treinta y cinco siglos han transcurrido desde que el último sacerdote oficiante pronunciara su última plegaria antes de que fuesen selladas las puertas de la tumba, antes de que apagase ante Anubis, protector del santuario, la débil llama de su antorcha mágica que vacilaba en su pedestal de arcilla, antes de que verificase si se habían depositado los últimos ramilletes de flores junto a las estatuas reales, centelleantes de oro bajo el techo azul constelado

de estrellas... Sí, treinta y cinco siglos se han desvanecido, cien generaciones de hombres han desaparecido desde aquel momento... Y nada, a lo largo de esos tres mil quinientos años, nada turbó jamás el reposo del faraón hasta ese 17 de febrero de 1923, en que, tras siete años de excavaciones, Howard Carter y Lord Carnarvon penetraron en la cripta real. Al resplandor de una bujía, contemplaron lo que ningún ser humano hubiera debido contemplar jamás en la noche de los tiempos: un féretro de oro macizo que pesaba 110,4 kg. —*yes, very fine gold!*— guardado por diosas desnudas con alas de arcángel... ¿Cuál sería su emoción cuando rompieron los sellos reales que el sacerdote oficiante fijó hace treinta y cinco siglos en la puerta de la cámara funeraria de Tutankhamen? Sí, ¿cuál sería su confusión cuando los eminentes arqueólogos ingleses, inconscientes violadores de tumbas, tuvieron en sus manos igualmente sacrílegas el humilde ramillete de flores del campo, apenas ajadas, depositado en el último momento por la viuda del joven faraón sobre el paño fúnebre salpicado de rosetones, como se ve en los monumentos de Babilonia, justo antes de que fuesen selladas —y debían serlo para toda la eternidad— las puertas de la cripta? Pero los designios de los dioses son impenetrables, cuando no insólitos: casi todos los miembros de la expedición de Howard Carter murieron poco tiempo después de haber visto lo que nadie debería haber visto jamás: a Anubis el de cabeza de chacal en cuclillas sobre su pedestal ante los cuatro tabernáculos decorados en

todas sus caras con escenas religiosas y textos tomados de *El Libro de los Muertos,* encerrados los unos en los otros y encerrando a su vez el sarcófago de cuarcita amarilla que contenía los tres féretros antropoides del faraón. Emocionante aparición, en verdad, en medio del dulce centelleo del oro y en la sombra apenas iluminada por el resplandor de las candelas, la del Osiris-rey en su prodigiosa majestad, estrechamente enlazado por las diosas funerarias... Sí, qué extraño espectáculo el de los dioses del otro mundo dando la bienvenida, no a los intrusos del siglo XX, sino al rey Tutankhamen, Señor de las Dos Tierras, Neb-Khepru-Ra, hijo de Ra, en una luz sobrenatural que emanaba de las cosas. ¿Es posible que solo un texto de *El Libro de los Muertos* encerrado en una tumba la iluminase como si el sol penetrase allí? Las manos de Howard Carter y de lord Carnarvon temblaron al retirar los pectorales de la momia, la máscara en oro forjado incrustrada de piedras preciosas, las joyas de oro o de esmalte azul —ese azul egipcio de una intensidad sin igual—, los cetros, los amuletos, los pétalos de loto, las colas simbólicas, las dagas, el delantal de ceremonia hecho de siete planchas de oro incrustradas de vidrio policromo, los anillos de oro del vientre y de las piernas, la piel de pantera que utiliza el sacerdote funerario y que, una vez terminado su cometido, deposita en un rincón de la tumba... ¿Temblaron Howard Carter y lord Carnarvon cuando tomaron entre sus manos la pequeña alma-pájaro del faraón, en pie, junto a él, atenta a protegerle hasta la consumación de los siglos?



A la izquierda, abajo y arriba, los dos *Atebui,* a las entradas del Túnel de la Noche, cada una de las cuales está guardada por un dios. Cada mañana, el Sol de la Aurora, cuya luz es anubiana, y para el muerto-Osiris «la Luz de la Salida al Día», sale por el Atebui de abajo (en A). Se eleva hacia el cielo y, en la mitad de su curso diurno, se encontrará en la vertical del Nilo celeste, en C (encima de él figuran Horus y Khepra con cabeza de carnero). Volverá a descender a continuación, y cada atardecer desaparecerá en el Atebui de arriba (en B). Se convertirá en el Sol cuya luz es la de Seth, que es la luz del mundo subterráneo. *A la izquierda,* la Barca Solar es sirgada a lo largo del Nilo por los doce dioses de las doce horas del día. En la barca, se reconoce al pájaro *Bennu* de Heliópolis, que es el símbolo del alma universal de Osiris y, partiendo de esto, el símbolo de toda alma en la pluralidad de sus manifestaciones; después se ve a Kepra, «que se da forma a sí mismo», y a un dios solar con cabeza de carnero. *Abajo y arriba, a la derecha,* los siete Dioses del Este con cabeza de Horus, están sobre la orilla este del Nilo, y los siete Dioses del Oeste, con cabeza humana, están sobre la orilla oeste. Todos ellos saludan la aparición de la Barca Solar. *(Según el Papiro de Netchemet.)*

Sí, una terrible maldición pesó mucho tiempo sobre todos aquellos que contemplaron, a la claridad ambarina de su tumba y ante los dioses de la muerte

pintados en los muros, la momia de Tutankhamen. Poco tiempo después de su descubrimiento, lord Carnarvon entró en agonía y murió, víctima de espantosas visiones y aullando el nombre de Tutankhamen. El coronel Aubrey Herbert fue sepultado casi inmediatamente después de haber contemplado la momia del rey; más tarde la enfermera que cuidó a lord Carnarvon durante su enfermedad le siguió a la tumba, y en toda la llanura tebana comenzó a evocarse en voz baja la «maldición del faraón». El secretario de Howard Carter, hijo único de Lord Westbury, que había estado presente en el momento de la apertura del sarcófago, murió misteriosamente, atacado de un mal desconocido. Después, sucumbieron a su vez el profesor La Fleur, que fue íntimo amigo de Howard Carter; Arthur Mace, que perforó el muro de la cámara mortuoria; el doctor Evelyne White, que fue uno de los primeros en penetrar en la tumba de Tutankhamen y se ahorcó algunos días más tarde, «sucumbiendo a una maldición que le hizo preferir la muerte a la vida que le esperaba», escribe un cronista de la época. Y después murieron súbitamente Archibald Douglas Ree, que sintió un malestar inexplicable justo al día siguiente de aquel en que había radiografiado la momia de Tutankhamen, después un miembro del gobierno egipcio que, según relata Otto Neubert, «quiso emprender por su cuenta investigaciones a propósito de tantas muertes misteriosas, y se dirigió hacia el Valle de los Reyes, acompañado de un encantador de serpientes. ¡Apenas acababa de iniciar

sus pesquisas cuando murió, él también!» Y murieron, asimismo, después de esta funesta expedición por el más allá de los antiguos egipcios, Douglas Derry, que había sido uno de los primeros que tocaron la momia; G. Davis, que descubrió un cubilete con las armas de Tutankhamen; lady Carnarvon y los profesores Breastead, Winlock, Hakness, Sir Alan Gardiner, Foucard, Jay-Gould, Joel Woolf, ¡EN TOTAL DIECISIETE SABIOS!, ¿Cómo explicar tantas muertes en el mismo equipo? «¿Se trataría de un veneno?, escribe Otto Neuber. Los egipcios poseían grandes conocimientos en lo que concernía a las mezclas de venenos. ¿Acaso los sacerdotes habían envenenado las piedras de la cámara mortuoria? Ciertos sabios sostienen que existen venenos capaces de conservar su eficacia a través de los tiempos, sobre todo en el clima seco de Egipto. La verdad permanecerá siempre rodeada de un gran misterio. ¿Será el de la diosa Isis? Los sabios norteamericanos que trabajan en la ciudad atómica de Oakridge suponen que los egipcios podrían haber conocido los secretos atómitos. ¿Tal vez depositaron en la momia del faraón materias radiactivas cuyas radiaciones se habían mantenido en actividad durante millares de años?» Únicamente el doctor Howard Carter vivió muchos años más, gozando de excelente salud, después de haber visto en la sombra de la montaña de los muertos lo que ningún vivo habría debido ver jamás...

VIII

La meditación en el templo de Amón

El sol está ahora más alto y, desde mi terraza, contemplo la Montaña del Occidente en la que están cavadas tantas tumbas de faraones. Parece más malva y más enigmática bajo el cielo azul pálido. Las falúas se deslizan lentamente sobre el Nilo, con la vela triangular tensa. En el camino que costea el río, sombreado por majestuosos sicomoros, esforzados borriquillos cargados de cerámica y de cajas de tomates —febrero ve madurar estos frutos— trotan apaciblemente, con su dueño a horcajadas sobre su lomo y los ojos llenos de moscas. En los campos cuidadosamente cultivados que bordean la orilla opuesta del Nilo, delicadas abubillas buscan su alimento. Un poco más lejos, allí donde la arena amarilla reemplaza bruscamente el verde del llano, está la inmensa ciudad de los muertos. Esa Tebas de los muertos que se alza del otro lado del Nilo en el grandioso paraje de las montañas, frente a la colosal Tebas de los vivos, hoy no es más que una tierra desolada, un lugar de amargas meditaciones... En vano se busca allí el recuerdo de lo que fue antaño

esta ciudad embellecida durante milenios para glorificar a los muertos que llegan a ser los iguales de los dioses. ¿En qué se ha convertido esta ciudad sagrada que uno ya no volverá a encontrar jamás bajo los amontonamientos de rocalla de Biban el Moluk, dominado por la «Cumbre de Occidente», ni en los valles dantescos deslumbrantes de sol? No se ven más que pilares calcáreos deformes, pulidos por la arena del desierto tan fina como el talco, acantilados abruptos y enormes canteros de rocas desmoronadas. Este valle de los muertos es como un terrible desafío a todas las presunciones humanas. Y, sin embargo, sobre esta tierra vuelta al caos primordial, sobre ese suelo que abrasa como si el infierno lo lamiese, se elevaba y prosperaba en otro tiempo la gran ciudad radiante de los muertos, con sus avenidas protegidas por las esfinges de cabeza de carnero, con sus suburbios reservados a los artesanos embalsamadores y a los servidores de los palacios subterráneos de la inmensa necrópolis, con sus templos funerarios iluminados, como el Ramesseum, y los colosos en granito rojo de los faraones de la XVIII dinastía, de veinte metros de altura, erigidos frente a la otra Tebas, la de Amón, la del mundo de los vivos, que se extendía hasta perderse de vista entre los oasis y los santuarios del otro lado del Nilo... En esos lugares desolados, millares de *casas de eternidad* se escalonaban sobre las colinas, tan elegantonas con sus pórticos pintados, sus columnas papiriformes, sus mástiles adornados con oriflamas flotantes como había ante los pilonos de los templos

en Tebas la de las Cien Puertas, sus pirámides indicando el emplazamiento de los hipogeos, sus jardines conservados para el placer de las almas que se remontan de tiempo en tiempo, por los pozos de las mastabas, hacia el mundo de la luz y de la vegetación, con el fin de volver a encontrar la dulzura azul de las aguas del Nilo y la súbita belleza de los crepúsculos, en el paraíso de los vivos que los vivos ignoran. Y cuando llegaban los días de fiesta consagrados al mantenimiento y al recuerdo de los muertos, los tebanos, cubiertos con blancos ropajes de lino, subían en tropel hacia la Montaña Sagrada del Oeste para depositar los alimentos en las mesas rituales y recitar las fórmulas mágicas ante los dobles de los muertos bienamados...

Con Horus, hijo póstumo de Isis y Osiris, comenzaron los tiempos actuales del mundo y los faraones fueron, uno tras otro, los *servidores de Horus,* los fabulosos reyes de las épocas prehistóricas. En Tebas es donde murieron los ocho dioses primordiales; y en esta región es donde los muertos le honraron, como hicieron con la monstruosa y mágica serpiente Kem-Atef, de Medinet-Habu. En las callejas de Luxor, deslumbrantes de blancura a mediodía y malvas por la noche, los viejos coptos de ojos reidores cuentan aún en nuestros días que, con el aullido del viento, el alma furiosa de Amón de Nubia gime y maldice a los violadores de las tumbas de los faraones, que son como dioses. Cuentan que el mirto y los perfumes que se respiran de noche, cuando más translúcido parece el cielo en la claridad moribunda, no son otra cosa que

a b c

Bajo su forma de pájaro, el alma del difunto va a penetrar, va a *subir* hacie el Ojo de Horus, «el Ojo de Luz», con el fin de fusionarse, de unirse a la luz creadora, de convertirse a su vez en una gota de las fuentes de la vida.—TEXTOS: «Llego; abrazo el *udja* y gozaré de la luz.» «Yo soy aquel que estará en el Ojo de Horus y mi cuerpo será limpiado por el vivificante perfume del Ojo de Horus.» «Ungido por el perfume *Anti* del Ojo de Horus, seré luminoso y entonces podré reunir los miembros y los huesos de los muertos-Osiris.» En *a*, según una figura del sarcófago de una sacerdotisa de Amón que se encuentra en el Museo de El Cairo; en *b* y *c*, según el *Papiro Nebt Habt* del Museo de Turín. (Publicamos estos documentos con arreglo a MAYASSIS, *op. cit.*)

los sudores de Hathor, la diosa del Occidente que asiste al sol y a los muertos cuando penetran en las regiones inferiores; también dicen, esos auténticos descendientes de los antiguos egipcios, que Osiris, el dios de los muertos, siempre está presente y activo en el agua del río que es su cuerpo, y que su cuerpo y el agua son la simiente y la radiación de todo cuanto existe, al igual que el azul del Nilo es el reflejo del Nilo celeste, en cuyas márgenes cosecharán sus campos en el futuro de la eternidad...

* * *

Oh, Amón-Ra, en esta dulce y cálida noche tebana, te invoco con fervor porque no eres en absoluto cruel ni egoísta como Mardûk de Babilonia. En las largas avenidas blancas de luna de tu templo desierto, he reconocido tu presencia a cada paso. Pero ¿eran totalmente reales las masas arquitectónicas de tu ciudad santa mientras que se disipaban a mi alrededor las formas de un presente ilusorio? Amón-Ra, de cabeza de carnero, te ha invocado como se invoca a las potencias terroríficas, las únicas capaces de hacer oscilar a los vivos en un universo en el que todo lo que había en ellos estará en lo sucesivo fuera de sus cuerpos, y viceversa. Tal vez es de este modo como el infinito de los tiempos penetra en cada muerto... Te he nombrado y te he llamado, oh dios tebano, y en un mundo del revés he descendido hasta las Doce Puertas de la Noche. Amón-Ra, AMÓN-RA, *AMÓN-RA,* ¿quién eras tú en las tinieblas llenas de dioses, puesto que los muertos son dioses también? ¡Que ardan hasta la desaparición de las galaxias los lagos de fuego que hay en el universo de los muertos, que Apofis ocupe este universo con sus espirales, y que cada noche se deslicen por las Doce Regiones las barcas solares remolcadas por los muertos con la ayuda de las serpientes que llevan en sus manos! Qué bella y pura resulta, en esta noche de Egipto, la plegaria del faraón que yo evoco: venía hacia ti, consagraba la naos mediante el fuego, depositaba las granos de incienso en la llama, se prosternaba ante tu estatua, ofreciéndote el barniz *mezet,* el «perfume de aclamación», el aceite *safi* y las esencias

del Líbano y de Libia. Y te glorificaba, porque tú has dado a los hombres su doble para esa otra vida que es la muerte, así como los alimentos que necesitan.

Y CANTABA TU NOMBRE porque tú creaste el cielo y poseíste *Hou* y *Sa*, el goce y el amor de los que los hombres se aprovecharon; porque tú has unido en ti, que careces de límites y de raíces, a aquellos que están encerrados en el cielo haciendo brillar su faz en el seno de tu centelleante esplendor... En tu templo, desierto y arruinado por los hombres, te invoco esta noche porque tú, separándote del *Nun*, del caos primordial, fuiste el primer creador de las existencias «cuyo corazón no está fatigado». Es en tu templo, oh Amón-Ra, donde yo he creído ver abrirse ante mí las Doce Puertas de la Noche. ¡Oh, muertos trastornados por todos aquellos que violaron vuestras tumbas y os despojaron de vuestros oros, de vuestros alimentos, de vuestros papiros, de vuestras almas-pájaro y de vuestras vendas, tened presente vuestra vida! ¿Cómo habéis salido a la luz del día en compañía de vuestras figurillas mágicas? ¿Dónde habéis descubierto el radiante «globo cósmico», y los espíritus de las jerarquías infernales, más pestilentes que el aliento de las hienas? Al entrar en las salas, ¿habéis saludado a vuestras entrañas ante los cetros luminosos, habéis sabido expulsar de vuestro camino a los ocho demonios con boca de cocodrilo que se alimentan de zodiacos o de deyecciones, según que se encuentren arriba o abajo? ¿Habéis sabido evitar las trampas, las cuerdas, los mordiscos, las redes, las garras, los alientos mortales de los

demonios anónimos que vagabundean y aterrorizan? Todo lo que había en vosotros cuando estábais vivos, por ejemplo vuestra alma y vuestras vísceras, está fuera de vosotros desde hace milenios. Repararéis las cuatro vértebras de vuestro cuello en el cielo, comeréis bajo el sicomoro sagrado los panes del templo de Anubis, seréis purificados y justificados para millones de años, y contemplaréis los planetas elevándose como burbujas hacia el firmamento de Ptah, y también podréis contemplar a Abidos en el cielo, y los cuatro pilares de las cuatro regiones del espacio, y el plasma de las almas desencarnadas, y los *ka* resplandecientes, y las catorce islas del Sekht-Ialu, del «Campo de Juncos»...

* * *

Ha llegado la noche... Los viejos están sentados en el umbral de las blancas casas donde se reúnen para hablar; los jóvenes con chilaba llevan la risa en sus ojos y se cogen del brazo. Qué infinitamente dulces son esas noches de Egipto a orillas del Nilo, pese a los sofocantes calores que persisten en las callejuelas. La alegría de vivir es aquí más límpida y, quizá también más cantarina. Y mientras que bajo mis pies se despierta el mundo de los muertos para la gran procesión del sol de la noche, del fondo de las aguas del «río-dios» surgen templos parecidos al de Luxor, que puede divisarse en la otra orilla, cuando se regresa del Valle de los Reyes. Ha llegado la noche... Grupos de aldeanos vestidos con la *galabieh* azul o blanca se cruzan interpe-

lándose; depositarán exvotos sobre las tumbas de los santos del Islam; en sus cuchitriles, los tenderos se encierran con sus especias y sus oros, que mantienen las ilusiones humanas. Veo pasar alegres aldeanas adornadas con enagüillas de colores chillones, y sus ojos están agrandados, para gustar, con el brillo apagado del *kohol*. Yo sé que mañana, día de fiesta, se perfumarán el cuerpo con espliego y con hinojo: su pecho está cubierto de joyas y de piezas de oro, estos tesoros son intocables, y ni el propio fisco podría apoderarse de ellos en tanto que adornen sus senos. Aunque de carácter apático, prefieren protegerse del mal de ojo colocando ante la puerta de su casa un trozo de mayólica. Saben salar los peces del Nilo y guisar en ollas las ocas confitadas como en la época faraónica. Jovencitas reidoras y charlatanas llevan, en el país del levantino, cuévanos llenos de buen guano de paloma con el que los campesinos abonarán los huertos. ¡Aún se encuentran aquí esos famosos vinos de Coptos que se daban a los calenturientos para mejorar un poco su aspecto, esos vinos de la Estrella de Horus, reputados hasta tal punto que ningún ánfora conteniéndolos viajaba sin que, previamente, fuese marcado en su panza el año de su nacimiento! Ha llegado la noche... Escucho las voces claras de los niños y el último grito de las astutas abubillas en el llano. A lo lejos, una melopea de derviche evoca las tribulaciones de los espíritus. La cobra de Karnak, esa famosa cobra doméstica, cuyos talentos sabe utilizar el propietario ante las cámaras, ahora debe permanecer enroscada en un hueco del muro, que

conserve el calor del día. Pronto aparecerá la luna sobre la cima de la Montaña del Occidente e iluminará los colosos osiriacos que guardan los patios de los templos funerarios, los lagos sagrados y esas enormes extensiones de ruinas que se distinguen hasta perderse de vista, gracias a las cuales podemos imaginar lo que era Tebas la de las Cien Puertas y el esplendor de esa civilización egipcia que vamos descubriendo poco a poco en el seno de la tierra portadora de tantos secretos, en el fondo de las necrópolis cuyas tumbas ya fueron violadas hace tres mil años, pero cuyas pinturas, aquellas que adornan sus muros, nos cuentan lo que era el mundo de los muertos tal y como aparece descrito en el *Libro de los Muertos*. ¿Es posible que dejemos irse de nuestras manos o que hagamos desaparecer por un momento ese tiempo de vida que tenemos tan mezquinamente contado? ¿Podemos cambiarlo por los tiempos antiguos? Oh, Khnum de cabeza de carnero que das forma a las criaturas humanas en tu torre de alfarero, lo mismo que Ptah de Menfis, ¿se puede dar un paso atrás de tres mil años? Yo he dado ese paso esta noche cuando iba costeando el antiguo muelle donde antaño venía a amarrarse la barca sagrada de Amón-Ra el día de la procesión anual durante la que el dios, en compañía de su pueblo, visitaba todos los templos de Tebas, y cuando he pasado ante las cuarenta esfinges que se encuentran siempre en vela delante del pilón de entrada del templo de Amón. Verdaderamente, ¡qué extraña resonancia tenían mis pasos sobre el enlosado de la Sala Hipóstila! He visto su techo de constelaciones cente-

lleando a través de las ciento treinta columnas de granito de Asuán que nos relatan, como lo harían las páginas de un libro, la extensísima historia de los faraones y de los dioses de Egipto, la de las conquistas afortunadas, la de las alianzas selladas «por buenos tratados de paz y de fraternidad». Bajo la claridad lunar pensaba que iban a abrirse para mí solo las puertas del cielo, del mismo modo que se abrían ante los muertos que los dioses habían justificado. Pero sobre el pavimento del templo los pasos de los iniciados no han dejado la menor huella, ni su polvo ninguna polvareda... Solo el cielo es similar, con sus planetas, sus estrellas, sus galaxias, sus mundos muertos en perdición en el relámpago de soles que estallan, sí, solamente el cielo es similar a lo que fue en una noche semejante, hace cuatro mil años... ¡Y este cielo de hoy era ya el mismo que aquel al que quizá miraban con temor aquellos que vivieron en la fabulosa época de los faraones que reinaron cincuenta mil años cada uno!

* * *

Las abubillas se han adormecido después de mucho tiempo en las ruinas de los templos, y las palmeras se hallan inmóviles. ¿Dónde están los obeliscos de cincuenta metros de alto que se encontraban ante el séptimo pilón del santuario de Karnak, cada uno de los cuales pesaba 350.000 kilogramos? ¿Dónde están las monumentales efigies de los reyes colocadas en el templo con el fin de «que tengan la duración del cielo

y puedan ser contempladas por aquellos que vengan en treinta siglos, y treinta siglos más tarde»? ¿Dónde están los colosos del Ramesseum cuyo peso alcanzaba un millón de kilogramos cada uno? ¿Y las cien puertas de los Tolomeos, que quisieron reconstituir las antiguas puertas del recinto sagrado de Tebas, de catorce metros de alto, y recubiertas de oro y de pastas de esmalte? ¿En qué se ha convertido la barca *Ouserhat,* la barca de Amón, sirgada por sesenta remeros, con el casco centelleante de oro y decorado con bajos relieves? El pueblo reunido en las orillas del río la aclamaba el día de la «Fiesta del Valle» cuando la veía descender a lo largo del Nilo con su castillo de electrum, precedida por la piragua mística que navegaba delante del navío de Amón con su tripulación compuesta por tres dioses: Anubis, que se mantenía en la proa, porque él es «El Que Abre los Caminos del Sur»; Khnum, que extrae de la arcilla las formas humanas y esculpe el globo del mundo cuyo espacio interior colma el sol de cada día, y Horus, pero ni mucho menos el Horus propietario de la mitad del universo, sino el Horus de los dioses del formulario de las pirámides. Sí, ¿en qué se ha convertido la barca *Ouserhat,* con sus treinta sacerdotes portadores de máscaras de gavilán y máscaras de chacal, con el fin de asociar el recuerdo de las capitales prehistóricas más antiguas de Egipto a esta fiesta anual del Valle? ¿En qué se han convertido las capillas de alabastro decoradas con bajos relieves que representaban la vida de los dioses y de los faraones hijos de los dioses, y qué fue de las cinco mil dos-

cientas estatuas articuladas de Amón, poseedor de la octava parte del Valle del Nilo, que determinaba el destino de los faraones, antes incluso de que hubiesen sido engendrados? ¿Dónde estás tú, Ramsés IV, «de palabra verdadera», como te fue enseñado en el *Libro de los Muertos*, que ofreció en ese templo una estatuilla a la diosa Ament ante Horus coronado con el sol y la serpiente simbólicos y recibiendo a cambio el signo *ankh*, el signo de vida, la clave de los misterios, la cruz anseada con su círculo sin principio ni fin visibles, que corresponden a la naturaleza inmortal del espíritu de los dioses, y su cruz simbolizando el estado final de trance del iniciado? Pero el pájaro de las tinieblas ha lanzado su grito y el fantasma del faraón, o el de su doble ha desaparecido a través de los muros transparentes del templo que es el áureo número en su forma arquitectónica. Altas y vivas columnas de los templos funerarios, abiertas o cerradas, concebidas por el arquitecto para imitar el movimiento —en las bases sobre las cuales estáis asentadas pueden leerse las diferentes fases lunares—, ¿habéis conservado como una impronta el recuerdo de los extraordinarios acontecimientos de que fuisteis testigos? ¿Qué misterios fueron desvelados en las criptas subterráneas, vedadas a los profanos, cuando era celebrado el drama de la muerte de Osiris y cuando se repetía entre las sombras lo que era la diversidad de su resurrección? En la noche santa de Abidos, en la noche santa de Karnak, y en la noche de los tiempos, escucho a los sacerdotes de Amón que cantan y veo subir hacia las terrazas de los templos tropeles

de adoradores, llenas de flores las manos... Sobre las terrazas de Denderah, las músicas son lancinantes; las divinas adoratrices de los dioses de este mundo y de los dioses del otro mundo, adornadas con joyas de malaquita y vestidas de lino, las concubinas de los dioses con rostros de animales se regocijan y se exaltan; se prostituirán después de las danzas sagradas en tu honor, oh Amón, agitando el sistro, mágico instrumento ahuyentador de las influencias maléficas, se dirigirán a tu casa, oh Amón de Tebas, con objeto de que las apreses y te unas a ellas, y cuando «salgan al cielo» —porque en Egipto no se muere, se «sale al cielo»— tus esposas, oh Amón, serán discos solares en el inmenso universo prometido a todos los muertos. Los sumos sacerdotes que son los «Que Abren las Puertas del Cielo» las verán brillar con un resplandor interminable en el cielo de los muertos justificados ante Osiris y elegidos «después de la Noche de la Palabra Pesada». Escalarán muy lentamente, para verlos mejor, los siete peldaños representando los siete pisos que permiten a aquel a quien el camino ha sido revelado elevarse desde el universo conocido hasta la incognoscible eternidad, hasta el umbral de las puertas que se abren ante los inalterables muertos, ante los Espíritus luminosos de las Soberanas Jerarquías, ante las formas de la Destrucción y ante las del Renacimiento, ante Ra sentado sobre sus pilares, como está escrito desde el comienzo de los tiempos en el *Libro de los Muertos*, PORQUE, DESDE SIEMPRE, TODO ESTÁ ESCRITO EN EL *LIBRO DE LOS MUERTOS*... SÍ, DESDE SIEMPRE...

Bibliografía

ALLEN, G., *Horus in the Pyramidal Text.* Chicago, 1916.

ALLEN, T. G., *The Book of the Dead or Going Forth by Day,* Chicago, 1947.

AMÉLINEAU, E., *La Géographie de l'Egypte.* París. —*Etude sur le Chapitre XVII du Livre des Morts...,* «Journal Asiatique», T. XV y XVI. París, 1910.— *Prolégomènes à l'Etude de la Religión Egyptienne,* T. II.—*Un Chapitre difficile du Livre des Pyramides,* «Journal Asiatique». París, 1913.

AYRTON, E. R.; CURELLY, C. T., y WEIGALL, A. E. P., *Abydos.* Londres, 1904.

BAILLET, J., *Idées morales de l'Egypte antique.* París.

BARGUET, P., *Le Livre des Morts des anciennes égyptiens,* París, 1979.

BIRCH, S., *The Funeral Ritual of Book of the Dead.* Londres, 1867.

BLACKMANN, A. M., *The Ka-house and the Serdab,* «Journal of Egyptian Archaeology», T. III. Londres, 1916.—*The Rock tomb of Mer.* Londres, 1914.

BUCK, A. de, *The Earliest Version of the Book of the Dead,* «Journal of Egyptian Archaeology». Londres, 1949.

BUDGE, Sir E. A. Wallis, *The Book of the Dead,* Facsímiles de los Papiros de Hunefer, Anhaï, Kerâsher y Netchement, con Suplementos de los Textos de los Papiros de Nu. Londres, 1899.—*Egyptian Sculptures in the British Museum.* Londres, 1914. —*Osiris of the Egyptian Resurrection.* Londres, 1911.—*Ideas of the future Life.* Londres, 1908.

CADET, *Copie figurée d'un Rouleau de Papyrus trouvé á Thèbes dans un Tombeau des Rois.* Viena, 1822.

CAPART, Jean, *L'Art Egyptien. Etudes et Histoire. Bruselas, 1924.—Une Rue de Tombeaux à Saqqarah.* Bruselas, 1907.—*Les Débuts de l'Art en Egypte.* Bruselas, 1904.—*Chambre funéraire de la VI^e Dynastie aux Musées Royaus du Cinquantenaire.* Bruselas, 1906.—*Recueil de Monuments égyptiens.* Bruselas, 1902.

CHAMPOLLION, *Monuments de l' Egypte et de la Nubie.* París.

CHASSINAT, E., y PALANQUE, CH., *Une Campagne de Fouilles dans la Nécropole d' Assiout, «Mémoires de l'Institut* Français d'Archéologie Orientale». El Cairo, 1911.

DARESSY, G., *Hymnes a Khnoum,* «Recueil des Travaux relatifs à la Philologie et à l'Archéologie égyptienne et assyrienne», T. XXVII. París. —*Seth et son animal,* «Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale», T. XIII. El Cairo 1917.—

Inscriptions du Mastaba de Pepinefer a Edfou, «Annales du Service des Antiquités», T. XVII.—*Le Mastaba de mera,* «Mémoires de l'Institut Egyptien», T. III.—*Note Explicative de Médinet-Habou,* El Cairo, 1897.

DAVIES, Norman de Garis, *The Tomb of Nackht at Thebes,* con láminas en color de L. Crane, Norman de G. Davies y F. S. Unwin, de la Expedición egipcia y Nina de Garis Davies, Publicaciones de «Metropolitan Museum of Art», Robb de Peyster Titus, Memorial Series, Vol. I. Edición de Albert M. Lythgoe, celador del Departamento Egipcio de Arte. New York, 1917.—*The Tomb of Puyemré at Thebes,* con Láminas en color por N. de Garis Davies y H. R. Hopgood; de la Expedición egipcia. Publicaciones del «Metropolitan Museum of Art». Edición de Albert M. Lythgoe, Robb de Peyster Titus, Memorial Series, Vols. II y III. New York, 1922 1923.

DAVIES, Nina M., *Ancient Egyptian Paintings,* Seleccionado, copiado y descrito por D., con la ayuda editorial de Alan H. Gardiner. Publicación especial de «Oriental Institut of the University of Chicago». Chicago, 1936. Edición francesa traducida y adaptada para ALBERT CHAMPDOR. París, Editions d'Art Albert Guillot, 1954.

DEMEL, Hans von, *Der Totenpapyrus des Khonsou-mes,* Viena, 1944.

DENON, *Voyage dans la Base et la Haute-Egypte pendant les Campagnes du Général Bonaparte.* París, An X.

DESROCHES-NOBLECOURT, *Les Religions Egyptiennes,* «Histoire Générale des Religions». París, 1948.
DÉVAUD, *Maximes de Ph'ahotep,* Friburgo, 1916.
DEVÉRIA, *Catalogue des MSS Egyptiens écrits sur papyrus...,* París, 1882.
ENGELBACH, R., *Riqqeh and Memphis VI.* Londres, 1915.
ERMAN, A., *La Religión des Egyptiens.* París, 1937.
FAULKER, R., *The Bremner-Rhind Papyrus. The Songs of Isis and Nephtys,* «Journal of Egyptian Archaeology», T. XXII. Londres, 1936.
FAULKER, R. O., *The Ancient Egyptian Pyramid Texts,* Oxford, 1969.
FAULKER, R. O., *The Ancient Egyptian Book of the Dead,* London, 1972.
FAULKER, R. O., *The Ancient Egyptian Coffin Texts,* Warminster, 1973-1978 (3 vols.).
FOUCART. *Les Mystères d'Eleusis.* París.
FRANKFORT. H., *The Cenotaph of Seti I at Abydos,* «Egyptian Exploration Society». New York, 1933.
GARSTANG, J., *Tombs of the third Egyptian Dynasty at Reqaqnah and Bet Khallaf.* Londres, 1904.
GAUTHIER, *Les Fêtes du Dieu Min.* El Cairo, 1931.
GOLÉNISCHEFF, *Les Papyrus hiératiques N.° 1115, 1116 A et 1116 B du Musée de l'Ermitage Impérial à Saint-Pétersbourg.* San Petersburgo, 1913.
GRAILLOT, *Le Culte de Cybèle,* París.
GRÉBAUT, E., *Des Deux Yeux du Disque Solaire,* «Recueil des Travaux relatifs à la Philologie et à l' Archéologie égyptienne et assyrienne», T. I, París.—*Hymne à Amon-Râ.* París, 1874.

GUIEYSSE, P., y LEFÉBURE, E., *Le Papyrus funéraire de Soutimès.* París, 1878.
HART, G., Mitos Egipcios, Madrid, 1994.
HART, G., *Egyptian God and Godesses,* London, 1986.
HORRAK, J. de, *Les Lamentations d'Isit et de Nephthys.*
JÉQUIER, G., *Considérations sur les Religions Egyptiennes.* Neuchâtel, 1946.—*Douze Ans de Fouilles dans la Nécropole menphite,* «Revue d' Histoire des Religions», París.—*Les Temples memphites et thébains, des Origines a la XVIII^e Dinastie,* París, 1920.—*Les Frises Objets de Sarco-phages du Moyen Empire,* «Mémoires de l'Institut Français d'Archéologie», T. XLVII. El Cairo, 1921.
KOLPAKTCHY, G., *Livre des Morts des Anciens Egyptiens.* París, 1955.
LARA PEINADO, F., *Libro de los Muertos,* Madrid, 1989.
LACAU, P., *Textes Religieux.—Sarcophages antérieurs au Nouvel Empire,* «Catalogue Général du Musée du Caire», El Cairo, 1904.
LANGE, H. O., *Der Magische Papyrus Harris.* Copenhague, 1927.
LANOË-VILLÈNE, G., *Le Livre des Symboles.* París.
LE PAGE-RENOUF, *The Book of the Dead,* facsímile de los Papiros de Ani y del British Museum. Londres, 1890.
LEFÉBURE, *Le Livre de l'Hadès,* Traducción de L., «Bibliothèque Egyptologique», T. I.—*L'OEuf dans la Religion cosmique,* «Revue d' Histoire des Religions», T. XVI.—*Les Yeux d' Horus,* «Bibliothèque Egyptologique», T. I.—*Etude sur Abydos,* «Bibliothèque Egyptologique», T. II.—*Le Livre de*

ce qu'il y a dans l'Hadès, l'Amtuat, «Bibliothèque Egyptologique», T. II.—*La Lumière zodiacale en Egypte,* «Bibliothèque Egyptologique», T. III.

LEFEBVRE, G., *Textes du Tombeau de Petosiris,* «Annales du Service des Antiquités», T. XXI, 1921.

LEGRAIN, G., *Le Livre des Transformations.* París.

LEPSIUS, *Todtenbuch der Aegypter.* Leipzig, 1842.

LICHTHEIM, M., *Ancient Egyptian Literature, A book of readings,* Berkeley, 1973-1980.

LIEBLEIN, *Dictionnaire des Noms hiéroglyphiques.* París.

LYTHGOOE, A. M., *The Treasure of Lahum,* «Bulletin of the Metropolitan Museum of Art», Par. II. New York, 1919.

MACE, A. C., *The Caskets of Princess Sat-Hathor-Junut,* «Bulletin of the Metropolitan Museum of Art», T. XV. New York, 1920.

MARIETTE, A., *Dendérah, Abydos,* París.—*Les Mastabas de l'Ancien Empire.* París, 1889.—*Le Sérapeum de Memphis.* París, 1882.

MASPÉRO, G., *Etudes d'Archéologie et de Mythologie Egyptienne,* «Bibliothèque Egyptologique». París.—*Mémoire sur quelques Papyrus du Musée du Louvre.* París.—*Le Rituel du Sacrifice funéraire.* París.—*Les Inscriptions des Pyramides de Saqqarah.* París, 1894.—*Le Double et les Statues prophétiques.* «Etudes de Mythologie et d'Archéologie Egyptiennes», T. I, París, 1893.

MAYASSIS, S., *Le Livre des Morts de l'Egypte Ancienne est un Livre d'Initiation,* «Bibliothèque d'Archéologie Orientale d'Athènes. Atenas, 1955.

MAYSTRE, *Les Déclarations d'Inocence.* El Cairo, 1937.

MERCE, Samuel A. B., *The Pyramids Texts.* Londres, New York, 1952.

MORET, A., *Le Rituel du Culte divin journalier.* París, 1902 —*Mystères Egyptiens.* París, 1913.—*Le Nil et la Civilisation Egyptienne.* París, 1926.—*La Mise à mort du dieu en Egypte,* París, 1942.—*Horus Sauveur,* «Revue de l'Histoire des Religions», París, 1915.—*Rois et Dieux d'Egypte.*

MONTET, P., *Les Scènes de la Vie privée dans les Tombeaux égyptiens de l'Ancien Empire,* París, 1925.

MUNRO, I., *Untersuchungen zu den Totenbuch-Papyri der 18. Dynastie,* London, 1983.

MURRAY, M. A., *Saqqarah Mastabas.* Londres, 1905.

NAVILLE, E., *Das Aegyptische Todtenbuch der XVIII bis zur XX Dynastie.* Berlín, 1886.—*Les Têtes de pierre déposées dans les Tombeaux égyptiens.* Ginebra, 1909.—*Les Amulettes du chevet et de la tête,* «Zeitschrift für ägyptische Sprach und Altertumskunde», T. XLVIII, 1910.—*Papyrus funéraires de Kamâra et de nesikhonsou.* París, 1912.—*The XIth Dynasty Temple at Deir el-Bahari.* Londres 1907-1910.

PETRIE, W. M. F., *The Royal Tombs of the First Dynasty.* Londres, 1900.—*The Royal Tombs of the Earliest Dynasties.* Londres, 1901.—*Denderah.* Londres, 1900.—*Abydos.* Londres, 1903.—*Qurneh.* Londres, 1909.

PEYRE, M., Atys et Osiris, París, 1926.

PIANKOFF, A., *The Tomb of Ramsses VI.* New York, 1954.—*Le Livre du Jour et de la Nuit,* «Institut Français d'Archéologie Orientale». El Cairo, 1492. —*Le «Caeur» dans les Textos Egyptiens.* París, 1930.
PIERRET. *Papyrus funéraire de Nebset.* París, 1872.—*Le Livre des Morts des Anciens Egyptiens.* París, 1882.
PLEYTE, W., *Chapitres supplémentaires du Livre des Morts,* Traducción y Comentario. Leyde, 1881.
POERTNER, B., *Die ägyptischen Totenstelen als Zeugen des sozialen und religiosen Lebens ihrer Zeit.* Paderborn, 1911.
RACHEWILTZ, B., *II libro dei Morti degli Antichi Egizi,* Roma, 1986.
RANDALI-MACIVER, D. y MACE, A. C., *El Amrah and Abydos.* Londres, 1902.
REVILLOUT, *Rituel funéraire de pamouth.* París.
ROSSISTER, E., *the Book of the Dead. Papyri of Ani, Hunefer, Anhai,* New York, 1979.
ROUGÉ, E., *Etudes sur le Rituel funéraire des Anciens Egyptiens,* «Revue Archéologique». París, 1860.—*Inscriptions de la Sépulture des Apis,* «Bibliothèque Egyptologique», T. II.
SMITH, G. E., *A Contribution to the Study of Mumification in Egypt,* «Mémoires de l'Institut Egyptien», T. V, El Cairo, 1906.
SPELEERS, L., *Textes des Pyramides Egyptiennes.* Bruselas.—*Textes des Cercueils du Moyen Empire Egyptien,* Bruselas, 1946.
SPENCER, A. J., *Death in Ancient Egypt,* London, 1982.

STEINDORFF, G., *Da Grab des Ti.* Leipzig, 1913.
Tombe de Ramsès IX., Memoria publicada por los miembros de la Misión Arqueológica Francesa de El Cairo, T. III. El Cairo.
VANDIER, J., *La Religion Egyptienne.* París, 1944.
VIREY, PH., *La Religion de l'Ancienne Egypte.* París, 1910.—*Le Tombeau de Rekhmâra.* París, 1889.
WEILL, R., *Le Champ des Roseaux et le Champ des Offrandes.* París, 1936.
WINLOCK, H. E., *The theban Necropolis in the Middle Kingsdom,* «The American Journal of Semitic Languages and Literature», T. XXXII.